

GRADIVA



II

Nº 1 - 2013

SOCIEDAD CHILENA DE PSICOANALISIS - ICHPA

Revista Gradiva
II Número 1 Año 2013
Publicación Oficial de la
Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

perteneciente a la Federación
Latinoamericana de Asociaciones
de Psicoterapia Psicoanalítica y
Psicoanálisis (FLAPPSIP)
e International Federation of
Psychoanalytic Societies IFPS.

Directora

Eleonora Casaula T.

Comité Editorial

Martha Elba López

Lilian Tuane

Valeria Ortíz

Agnese Marchetti-Italia

Leonardo Montecchi-Italia

Pablo Abadi-Argentina

Adriana Anfusso-Uruguay

e mail: revista.gradiva@gmail.com

casaula@gmail.com

Directorio de la Sociedad
Chilena de Psicoanálisis - ICHPA

Presidente

Hugo Rojas O.

Vicepresidenta

Eleonora Casaula T.

Secretaria

Lilian Tuane S.

Tesorero

Franz Díaz

Directora Instituto

Martha Elba López

Directora Extensión

María Luisa Azócar

Director Consultorio

Raúl Ovalle

ISSN 0717-6600

Diagramación e Impresión

Covisual

Portada

Eleonora Casaula

GRADIVA



II

Número 1 - 2013

Revista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA



Indice

Editorial

5

Temáticas

7

El superyó o la psicosis en la moral de uno mismo

Willingthon Acuña

9

Psicosomática y adolescencia: cuando el cuerpo habla

Daniela Carrasco

23

Diferencia y desigualdad en su relación con el psicoanalista

Jaime Coloma

39

Desórdenes del apetito: ¿Una forma de histeria post moderna?

Carmen Gloria Fenieux / Alex Oksenberg

53

El Cuerpo y el Síntoma no mienten

Liliana Messina

63

Espacio Institucional

69

Sobre la formación de los analistas

Hugo Rojas

71

Epistolario

G. Groddeck / S. Freud

77

Convergencia

91

Entre literatura y psicoanálisis

Carlos Pérez

93

De Libros

103

Parejas Lésbicas

Martha Elva López

105

Cartas a Gradiva

109

Autores

113

Difusión

117

Editorial

A partir del presente número de Gradiwa intentaremos potenciar un eje temático para cada volumen. Resulta mas enriquecedor para el abordaje de un tema la colaboración de varias voces que ofrezcan al lector diferentes miradas sobre algún aspecto en particular de nuestro quehacer.

En esta ocasión hemos elegido el tema del cuerpo en tanto vehículo de procesos emocionales diversos, seleccionando a Daniela Carrasco, quien da cuenta de aspectos diagnósticos y terapéuticos en los trastornos psicósomáticos mas frecuentes durante la adolescencia. A Carmen Gloria Fenieux y Alex Oksenberg, cuya contribución investiga las conexiones entre los trastornos alimenticios y una forma de histeria que los autores denominan post-moderna. A Liliana Messina, quien aborda la importancia y centralidad de las señales provenientes de la corporalidad en la evolución y comprensión de síntomas en un proceso terapéutico.

Otras contribuciones en este volumen son las de Willingthon Acuña, quien nos trae una reflexión acerca del concepto freudiano de superyo y sus vinculaciones con la psicosis, a través del caso del Hombre de las Ratas. Hugo Rojas, actual Presidente de nuestra Sociedad, reflexiona en torno a la íntima vinculación del psicoanalista con el objeto de su disciplina, que es el inconsciente, a lo largo de su formación. Carlos Pérez V. propone una lectura estructuralista y post-estructuralista del texto freudiano a través de Lacan, Lyotard y Derridà, proponiendo como tesis central que la teoría del inconsciente llega a nosotros como una versión de la doctrina del eterno retorno de lo mismo. Jaime Coloma A. revisa las nociones de desigualdad y diferencia en tanto concepciones pertenecientes al ámbito del Yo y del sujeto de lo inconsciente respectivamente.

Desde hace algún tiempo existía la inquietud por abrir una sección destinada a reseñas o comentarios acerca de diversas lecturas que nuestros colegas realicen y que pueden resultar de interés compartir. Así inauguramos la sección Comentario de Libros. Con la palabra Libros nos referimos tanto a aquellos propiamente psicoanalíticos (nuevas ediciones, nuevos autores, etc.), como a aquellos que en la medida que atañen al ser humano en el campo literario, científico o ensayístico, resulten de interés para los psicoanalistas. La reseña o comentario es un modo rápido y fluido de dar cuenta de textos, que facilita la información acerca de las múltiples contribuciones que la cultura actual provee y a las cuales resulta imposible acceder dada su inmensa amplitud. En esta ocasión Martha Elva López comenta el libro de Kena Lorenzini titulado "Parejas Lésbicas. Trama.....", con cuya publicación estuvo cercanamente vinculada.

En la misma línea de lo recién planteado y a riesgo de ser majadera, me atrevo a insistir en que nuestra institución desea fervientemente encontrar formas de estimular el diálogo entre pares. Cada día es mas difícil el encuentro directo, dadas las múltiples obligaciones que impone la vida actual. Esta es la razón de ser de la sección Cartas a Gradiva. Unos pocos párrafos en torno a temas de interés común, en este caso bajo la forma de Cartas es otro modo de proveer un vehículo de intercambio entre nosotros.

Esperamos, entonces, todas vuestras contribuciones, ya sea en forma de artículos, reseñas, comentarios y cartas.

*Eleonora Casaula T.
Directora
Revista Gradiva*

TEMATICAS



El superyó o la psicosis en la moral de uno mismo.

Willingthon Acuña Echagüe

Silvia Bleichmar, *in memoriam*

Resumen:

El presente trabajo se propone relacionar el funcionamiento del superyó y la psicosis. Valiéndose del caso del Hombre de las Ratas, se tratará de mostrar cómo los procesos psíquicos que Freud describe bajo el término de superyó, lo llevan del lado de la psicosis. En esta ausencia de represión, propia del superyó, donde reconocemos un factor característico de la psicosis.

Palabras clave:

Superyó-psicosis-inconciente-pulsión-culpabilidad-Hombre de las Ratas-fantasia-imperativo categórico-representación

Prolegómenos

Lo que aquí va a examinarse es la cuestión del vínculo entre el superyó y la psicosis. Se trata de plantear expresamente el problema del estatuto –psicótico o no, habrá que verlo– del discurso, de la palabra que prohíbe, de la voz interior que ordena y sabe hacerse oír en cada uno. Nuestro propósito es el de determinar en qué sentido esas *voces en la cabeza* del neurótico, del histérico, del obsesivo, o incluso de un hombre que se pueda llamar normal, merecerían ellas solas el título de psicóticas.

Sucede que el mundo de la psicosis no es precisamente exterior al superyó. Lejos de ello, al forjar el concepto de superyó, Freud refleja la necesidad de una teorización de los conocimientos relacionados con el «delirio de observación». Tal es, en efecto, nuestro punto de partida. Como lo recordaremos, el superyó hereda del delirio dos aspectos o dimensiones: la mirada y la voz. Más revelador es el hecho de que Freud reconozca en dichos fenómenos el signo que le permitirá desentrañar la génesis del superyó. Evaluado a la luz de su origen, el superyó remite a la palabra, por un lado, y, por otro, evoca el empuje de la pulsión. Ahora bien, es un modelo de moral muy particular el que se desprende de ahí. Lo podremos ilustrar por medio de la neurosis obsesiva. Función crítica, prohibición, culpabilidad, identificación: todo ello es lo que pondrá a nuestra disposición el superyó del Hombre de las Ratas. Pero lo cierto es que esta referencia clínica sólo va a interesarnos en la medida en que permita comparar el superyó, en el núcleo de su funcionamiento, a lo inconciente. La ambición es mostrar que el superyó pone en marcha los mismos procesos inconcientes que Freud (1900) individualizó en el sueño, y que sólo nos son conocidos en virtud de una suspensión temporal de la represión (Le Guen, 1992). La misma razón de fondo conducirá a pregun-

tarse si el superyó está, propiamente hablando, reprimido. Todo parece indicar que mientras la neurosis es siempre el retorno de lo reprimido en forma de síntoma (y no una irrupción de lo reprimido en persona), el superyó, por el contrario, posee la extraña capacidad de virar de lo inconciente a lo conciente, de fenomenalizar lo que suponemos reprimido y llevarlo en cierto modo ante los ojos. Sobre esto hay que reflexionar.

La mirada y la voz

El superyó es una adquisición relativamente tardía en la obra de Freud. Lo más preciso que puede decirse es que el psicoanálisis se las arregló bien para cosechar material clínico y desarrollar el conocimiento de los procesos inconscientes, sin acudir a ninguna «instancia moral». El término se impone cuando se trata de designar una división dentro del yo, que Freud despeja siguiendo las huellas del narcisismo. Impresión que habrá de confirmarse en el texto que lleva ese título, *Introducción al narcisismo*, de 1914. Tomemos nota de las consecuencias de este ensayo en el plano tópico. Asistimos a la aparición de una nueva instancia, el *ideal del yo* o *yo-ideal* (expresiones que Freud parece utilizar como sinónimas, mientras que en sus sucesores progresivamente se establecerá una diferencia); instancia verdaderamente identificatoria, que prepara el terreno para las modificaciones que en 1923 van a ordenar la tópica en la serie ello/yo/superyó. ¿Y el superyó? Sin utilizar la expresión, Freud manipula ya las primeras facciones. Interviene aquí explícitamente con el nombre de «conciencia moral». Y la realidad que se asocia a esta conciencia moral es puesta de manifiesto por la clínica de la psicosis. La referencia de Freud es el delirio de observación, donde se puede distinguir claramente voz que, de manera alucinatoria, expresa sonoramente una descripción y un comentario de los actos y pensamientos del enfermo. He aquí lo que Freud nos dice en *Introducción al narcisismo*:

Los enfermos se quejan de que alguien conoce todos sus pensamientos, observa y vigila sus acciones; son informados del imperio de esta instancia por voces que, de manera característica, les hablan en tercera persona. ("Ahora ella piensa de nuevo en eso", "Ahora él se marcha".) Esta queja es justa, es descriptiva de la verdad; un poder así, que observa todas nuestras intenciones, se entera de ellas y las critica, existe de hecho, y por cierto en todos nosotros dentro de la vida normal. El delirio de observación lo figura en forma regresiva y así revela su génesis y la razón por la cual el enfermo se rebela contra él. (1914, p. 91)

En primer lugar, allí se trata de una instancia *observadora*. La intuición es de alguna manera que el yo se halla bajo el peso de una mirada. El propio Freud subraya, en el mismo texto, que la instancia en cuestión observa sin cesar al «yo efectivo» y lo compara con el ideal. Pero en segundo lugar, la descripción del fenómeno delirante obliga a reconocer igualmente la existencia

de una voz. Y el hecho de que se trate de una voz revela —dice Freud— la génesis de esta instancia. Tan cierto es que la voz remite rápidamente a la palabra de los padres.

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública). (Freud, 1914, p. 92)

Hay en esta evocación de los orígenes auditivos del superyó, una idea cuyo rastro es posible seguir hasta *El yo y el ello* (1923). También aquí, se sabe, el superyó tiene su génesis en las huellas verbales, en los restos mnémicos de la palabra oída, de las prohibiciones y preceptos realmente pronunciados. Ahora bien, esto no arroja más que una determinación del superyó. Junto a ella, y en pie de igualdad, merece figurar la pulsión. Es en este sentido que Freud (1923) puede decir que el superyó es «el residuo de las primeras investiduras de objeto del ello, el heredero del complejo de Edipo después de su desaparición». Se comprende que es la pulsión, o sea un *afecto* y una *representación*, digamos —para simplificar— amor por el padre, o incluso una investidura ambivalente por el padre, trasformada en identificación, la que participa asimismo en el origen del superyó. Ésta temática se continúa además en el capítulo VII de *El Malestar en la cultura* (1927). En una puntualización, capital para el tema que se está desarrollando y, debemos agregar, manifiestamente bajo la influencia de Melanie Klein (1927), Freud escribe: *Cada renuncia pulsional deviene ahora una fuente dinámica de la conciencia moral (...)* (p. 124). Renunciar a la pulsión no significa, pues, dejar al superyó contento: es incluso exactamente lo contrario. La conciencia moral crece en razón directa al rehusamiento de la pulsión. Por lo tanto, cada renuncia pulsional alimenta al superyó, aumenta la conciencia moral —que exige más renunciaciones—, y para decirlo todo, aumenta el sentimiento de culpabilidad. A partir de este doble origen, tan aparentemente contradictorio del superyó, que parece referirse al mismo tiempo a la pulsión y a la palabra, hay que representarse el funcionamiento de esta instancia, antes de detallar sus consecuencias para la inteligencia de la psicosis. Para ello, nada mejor que acudir en ayuda de ese verdadero campeón de la culpabilidad y del superyó que es el Hombre de las Ratas.

El Hombre de las Ratas, campeón de la culpabilidad

Sin considerar la amplia cuestión del análisis de este caso de neurosis obsesiva, basta para nuestro propósito con una presentación parcial de algunos elementos bien conocidos del historial clínico, y, particularmente, del capítulo consagrado al «gran temor obsesivo». Habrá de recordarse que «el gran temor» consiste en la fantasía de que al padre del sujeto y a la dama

amada les suceda el suplicio de las ratas, una práctica de tortura que el Hombre de las Ratas ha escuchado contar a un capitán del ejército; hela aquí: una víctima es atada y sobre su trasero se dispone un tarro con ratas hambrientas, que terminan por abrirse camino a través de su ano. Lo notable es que, a los ojos de Freud, este tormento del que el Hombre de las Ratas –no sin dificultad– informa, es igualmente sensible en la forma de un placer que experimenta sin saberlo. *En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él mismo* (1909, p.133). Resulta poco decir que en la escena sadomasoquista «un hombre es atormentado por ratas», hay un sufrimiento provocado por el propio individuo, en nombre de la búsqueda de placer en otro lugar (si de todos modos es preciso recordarlo: la producción de «placer para una sistema, para otro es displacer»). El placer ignorado {unbekennen} por él: ¿es placer de sufrir o placer de hacer sufrir? Es que no nos dejaremos extraviar por esta forma desubjetivada de la fantasía, en la que el Hombre de las Ratas se representa a sí mismo como mero espectador. Aunque la propia persona del sujeto no figure en la fantasía, es él quien ha maquinado la escena, o sea que él es quien hace sufrir la tortura. En otras palabras, fantasear al objeto que sufre es, al mismo tiempo, hacer sufrir al objeto dentro de uno mismo. Así, instituida la posición sádica, esta fantasía de deseo choca con lo prohibido, y cabe pues esperar que el superyó vuelva la agresión contra uno mismo. Quizá sobre todo por la culpabilidad que entraña la agresión, hacer sufrir el objeto es entonces rápidamente *hacerse sufrir uno mismo como objeto*. Fórmula que, desde luego, supone el trastorno hacia lo contrario –el pasaje de la actividad a la pasividad– y, correlativamente, el retorno sobre la persona propia, vale decir, una identificación con el objeto. De esta manera es como se debe comprender la expresión de horror en el rostro del Hombre de las Ratas, identificado, como está, con las víctimas del suplicio, o sea identificado respectivamente con el padre y con la dama, que sufren la tortura. Ahora bien, más allá de esta posición masoquista a la que arribamos, la permutación de los papeles en el escenario erótico –que acaso no sea otra cosa que la marca del proceso primario en la fantasía– permitirá al Hombre de las Ratas, como veremos, identificarse con las propias ratas ¹

Para seguir avanzando, junto a la fantasía de las ratas, conviene volver a abordar el famoso problema de la *deuda* por el que el Hombre de las Ratas llega a consultar a Freud. El contexto inmediato viene dado por las maniobras que movilizan al Hombre de las Ratas como oficial de reserva, y donde pierde sus quevedos. Resolviendo hacerse enviar otros por su óptico de Viena, por correo le llegan esos quevedos contra reembolso. En su ausencia,

¹ La cita se impone: *Frecuentemente había sentido compasión por esas pobres ratas. Y él mismo era un tipejo así de asqueroso y roñoso, que en la ira podía morder a los demás y ser azotado por eso terriblemente (...). Real y efectivamente podía hallar en la rata la viva imagen de sí mismo.* (Freud, 1909, p. 169)

alguien recibe el encargo y paga por él. Así es como empieza el problema:

El teniente primero A. pagó el reembolso por ti. Debes devolvérselo a él. El paquete contenía los quevedos encargados por vía telegráfica. Pero en ese mismo momento se le plasmó una «sanción»: *No devolver el dinero*, de lo contrario sucede aquello (es decir, la fantasía de las ratas se realiza en el padre y la dama). Y según un tipo que le era consabido, en lucha contra esta sanción se elevó enseguida un mandamiento a modo de un juramento: «*Tú debes devolver al teniente primero A. las 3,80 coronas*», cosa que se espetó a sí mismo casi a media voz. (Freud, 1909, p. 134)

Lo que aparece en primer plano es un extraordinario recurso del obsesivo: a un pensamiento le sigue inmediatamente en el tiempo su pensamiento contrario; se trata, con eso, de *anular* o deshacer mágicamente el pensamiento primero, o sus consecuencias. Es, como se sabe, expresión de la ambivalencia de la neurosis obsesiva, ejemplar del conflicto pulsional. Pero esto no permite ahorrarse la pregunta: ¿adónde estaría exactamente el superyó: en el mandato, tan exigente como problemático, que ordena no pagar la deuda, o bien en la segunda sentencia, no menos imperiosa, que obliga a hacer devolución del dinero? Sería hacer muy poco caso al Hombre de las Ratas no ver que uno y otro reclamo, la orden y la contraorden, están marcados con la misma angustia de la conciencia moral, con la misma culpabilidad. El superyó asoma la nariz por todos lados, en la sumisión al mandato («*Tú debes devolver...*») o a la prohibición («*No devolver el dinero*). Entre «Escila» y «Caribdis»: haga lo que haga el Hombre de las Ratas, incluso no haciendo nada, es igualmente culpable. Encontramos en Freud, en esos mismos términos, esta moral tortuosa y, en un sentido, contradictoria del superyó, que el Hombre de las Ratas descubrió para el psicoanálisis: «Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: «Así (como el padre) *debes ser*», sino que comprende también la prohibición: «Así (como el padre) *no te es lícito ser*, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» (1923, p. 36).

En este punto estaríamos tentados a evacuar la contradicción separando el superyó del *ideal del yo*. Autores como Janine Chasseguet-Smirgel (1975) y Daniel Lagache (2005), se han dedicado a esta empresa de distinguir entre la prohibición y el ideal narcisista. Y si se trata únicamente de aplicar esta diferencia, tendríamos que la formulación «Así (como el padre) *debes ser*» (o en su versión obsesiva: «*Tú debes devolver...*») es planteada como aquello hacia lo que el yo se dirige en último análisis, o sea como ideal o modelo a seguir. Mientras que el enunciado «Así (como el padre) *no te es lícito ser*» (o «*No devolver el dinero*») es puramente negativo, y acaso resulte más exacto localizarlo del lado de la prohibición, del superyó. A nuestro parecer, sin embargo, no se puede escindir el planteamiento de la moral del superyó sin olvidar que el inconciente no conoce la lógica de la *contradicción*. Quien dice

que el superyó opera como lo inconciente, dice asimismo que el superyó es una instancia donde las exigencias morales de *ser y no ser* como el padre, *devolver y no devolver* el dinero, «subsisten una junto a la otra sin influirse y sin contradecirse entre ellas». Una verificación complementaria radica en el fracaso del trabajo del sueño para figurar la alternativa, el «o bien o bien». «Se ruega cerrar los ojos o bien se ruega cerrar un ojo», es el ejemplo freudiano que Didier Anzieu ha sabido desarrollar a fondo en *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (1959). El razonamiento es el siguiente: una vez que los pensamientos del sueño se vuelven objeto de elaboración por el proceso primario, toda relación disyuntiva entre ellos «o», es remplazada por un «y». Lo que desemboca en una moralidad tortuosa, aberrante desde un punto de vista lógico, y hasta imposible de observar.

Tomando en cuenta lo que precede, un último comentario del Hombre de las Ratas es aquí de rigor. Ya hemos visto cómo contrajo la deuda; agregamos ahora: al convertirse en deudor prolongaba los pasos de su padre. En efecto, siendo suboficial, el padre había perdido una pequeña suma de dinero, comportándose en aquel tiempo, nos dice Freud siguiendo al Hombre de las Ratas, como una *Spielratte* (*Spielratte* = rata de juego), como un jugador empedernido. Sin adentrarnos más en los detalles, señalemos que esta deuda de juego jamás fue saldada. En consecuencia, hay en el hijo recuperación de la misma problemática. Lo que es una deuda para el Hombre de las Ratas se vuelve inmediatamente la huella de una identificación. Se habrá de notar que si el superyó remite a la identificación paterna, el conflicto moral del Hombre de las Ratas, «devolver y no devolver el dinero», lo confronta automáticamente, de manera inevitable por tocar ese punto identificadorio de la deuda, a la contradicción de «ser y no ser como el padre». Vayamos más lejos: entre una deuda y otra, entre el dinero que debe el padre y el que adeuda el hijo, es preciso hacer sitio a la representación de las *ratas*. Resulta fundamental subrayar que éstas tienen el alcance de objetos parciales, objetos de intercambio, y Freud llega incluso a establecer —anticipando los desarrollos del texto más significativo al respecto: *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal* (1917)—, a raíz de varias asociaciones del Hombre de las Ratas, una continuidad simbólica entre esos objetos que son las ratas y otros objetos parciales, a saber: el pene, el excremento, el niño, el dinero, etcétera. Según veíamos más arriba, el propio Hombre de las Ratas pudo identificarse con una rata así, sucia y excremental. No aventuramos demasiado apuntando que por esa vía confirmaba su identificación con esa *Spielratte*, con esa «rata de juego que es el padre». Más aún: a partir de esta identificación al padre, el superyó deviene él mismo esta rata asquerosa. Se le reconoce a Sandor Ferenczi (1932) el mérito de haber introducido en psicoanálisis la noción de «moral esfinteriana». Sin afirmar que el superyó toma el carácter impositivo de las necesidades esfinterianas (lo que quizá es decir mucho), señalemos que la pulsión anal, que se ejerce desde una zona erógena y una función

bien acotada, puede separarse de ellas para conservar ya lejos de su origen el esquema de una acción, particularmente la de retener o expulsar algo. Armoniza con esto el hecho de que el Hombre de las Ratas se identifica con la rata que *entra y sale* (decimos bien: que entra y sale, por cuanto toda acción es completamente reversible en lo inconciente) del ano del torturado, y que entra y sale también de él, identificado con la víctima. Así pues, este desdoblamiento interno, ligado a la identificación, siempre posible, con una u otra de las posiciones de la fantasía, *sitúa necesariamente a la rata como representación del superyó*. Si en el Hombre de las Ratas las posiciones interiores sádica y masoquista están co-presentes, es imposible para el yo situarse como torturado sin que la otra posición subjetiva, la de torturador, sea ocupada por la instancia del superyó. Y el superyó, en efecto, no es menos sádico ni menos cruel de lo que lo son las ratas: ataca al sujeto desde el interior, lo critica, lo agrede y lo convierte, en suma, en verdugo de sí mismo. Es que no estamos lejos de comprobar que los mandatos del superyó se hallan infiltrados por la pulsión sádica. El Hombre de las Ratas es habitado, en efecto, por esa compulsión irresistible de la deuda, y por enunciados superyoicos que surgen de manera repentina, incoercible y culpabilizante. Hasta el punto de que el conflicto moral, torturante, donde el castigo se confunde con el placer, tiene como característica una especie de *negativo* de la represión (en el sentido en que se habla de la perversión como negativo de la neurosis), una *desrepresión* de las mociones pulsionales que, para el superyó, representan su contenido primario.

Había que demorarse en este punto pues tenemos razones para sospechar que el superyó, a pesar de ser algo dotado de las propiedades del inconsciente (ausencia de contradicción, movilidad primaria de la investidura, primacía de la realidad psíquica sobre la realidad material, etc.), no está reprimido. Lo que plantea la cuestión de saber dónde hay que situar al superyó en la tópica psíquica.

El estatuto tópico del superyó

Digámoslo enseguida: el superyó es inconciente pero no está reprimido. Es que a esa represión se opone una característica mayor del propio superyó. Freud nos coloca sobre esta pista en el capítulo V de *El yo y el ello*, dedicado a «Los vasallajes del yo». Allí leemos: *Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó* (1923, p. 49). Que Freud utilice la expresión kantiana para aplicarla al superyó, esto no puede sino tener un sentido profundo. El texto publicado en 1785, la Fundamentación de la metafísica de las costumbres, sirve para encarar el proyecto kantiano del imperativo categórico: (...) *obra sólo según aquella máxima que puedas querer que se convierta, al mismo tiempo, en ley universal* (p. 92). Querer la universalidad de la máxima, o sea querer que el principio subjetivo de nuestra acción

valga universalmente como ley moral, es la forma del imperativo que manda categóricamente. En este sentido, el imperativo categórico no manda seguir una ley que justificara el imperativo; no: lo que prescribe es hacer leyes; el imperativo es la ley de la máxima de convertirse en ley. En efecto, para Kant el principio de autonomía es el único principio de la moralidad. Si hubiera que resumirlo, cualquiera sea la forma que adopte la heteronomía, transforma inevitablemente la exigencia moral en un imperativo que Kant llama *hipotético*, y que admite la forma lógica *si «p» entonces «q»*. Si quieres tal cosa, entonces *debes* hacer tal otra. Por el contrario, el imperativo categórico no es limitado por ninguna condición. Entendemos que el imperativo determina la voluntad al margen de cualquier contenido; en particular, porque el imperativo no es más que una forma de querer, una forma, sin un contenido moral concreto. El imperativo se impone categóricamente como puro deber de *hacer* la ley. Se trata de una obediencia por deber, un deber que no se justifica porque no es en esencia diferente del imperativo: el hacerse ley de la máxima impone el deber de la máxima en cuanto se percibe su deber en la posibilidad misma de su universalización. Retengamos la idea de que el imperativo categórico es una obligación absoluta, incondicional, en tanto manda exclusivamente que la máxima del acto sea universalizable, y eso es todo: es un *debes «q», y punto*.

Y bien, no hay que dar un salto muy grande para pasar de este carácter imperativo del superyó a la psicosis. En una de sus conferencias de 1981, *La clínica del superyó*, Jacques Alain Miller nos proporciona una valiosa indicación al poner en continuidad el superyó y el deseo materno, tal como fuera conceptualizado por Lacan al interior de la «metáfora paterna». De este modo hace alusión a un deseo con fuerza de ley, pero una ley incontrolada, omnipotente, ley del capricho del deseo materno; se trata, en resumen, de una ley insensata que llega hasta el desconocimiento de la «Ley». Esto equivale tanto a pensar en la forma de existencia del «Deseo de la madre» antes de ser metaforizado por la introducción del significante del «Nombre-del-Padre», o sea en espera de la sustitución, como el eventual fracaso de la metáfora. Éste es, cabe observarlo, el punto de partida de la interpretación lacaniana de la psicosis, cuyo desarrollo se encuentra en el texto intitulado *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1958). Es preciso tomar prestada abiertamente la idea de que hay elementos integrantes de la tópica que no están simbolizados, y que son incluso rebeldes a la sustitución y a la metáfora. Si el superyó es forzosamente tributario del deseo de la madre, lo es como significante unario, aislado, suelto, una voz en suspenso, un mandato loco que no tiene justificación (*debes «q», y punto*), pues no hay otro significante que ayude a determinar su significado (por donde hay que entender la falta del principio diacrítico del significante en Saussure).

Encontramos a ese nivel la importancia del esquema clásico del trauma

tismo, haciendo aquí concretamente referencia a lo que Freud sugirió en el *Proyecto de psicología* (1895) como *proton pseudos*. Se habrá de recordar que es el caso en que «(...) es reprimido un recuerdo que sólo con efecto retardado {*nachträglich*} ha devenido trauma» (p. 403), pues entretanto cobraron vuelo los respondientes que hacen a la adjudicación de sentido. De ahí que el traumatismo quede apresado entre dos escenas, a título de mediación. Un primer tiempo definido por la impreparación del sujeto infantil que se ve confrontado a una experiencia prematura de «seducción» o, si se quiere, al deseo del Otro, sin contar empero con las condiciones para integrar en el entramado asociativo la escena sexual o, mejor dicho, «sexual-presexual». Subsistiendo como «a la espera» del trauma, el recuerdo no es *per se* traumático, no suscita reacción ni defensa. Según se advierte, la pregunta por el incierto estatuto tópico de esta primera escena es, simultáneamente, una interrogación por el superyó. Y es que esta primera escena no es verdaderamente conciente, ni tampoco exactamente reprimida; se mantiene en la indeterminación, en la oscuridad, alojada en un punto del espacio psíquico que sirve, si no para delimitar, al menos para identificar el superyó. Candidata a la reminiscencia, la escena está destinada en un segundo tiempo a la represión. Pero allí finaliza la semejanza. A este primer tiempo le sucede otro, una segunda escena: toda vez que una impresión actual re-actualiza –en virtud de una conexión o enlace– la primera escena, su recuerdo deviene fuente de excitación de la cual es imposible huir, traumatismo interno, o externo-interno. Asistimos entonces a la represión del recuerdo de la primera escena, viniendo a ocupar su lugar un *Ersatz* bajo la forma de síntoma, que no es otra cosa que un símbolo (el famoso «símbolo mnémico»), un *sustituto* del recuerdo reprimido, totalmente accesorio y hasta extrínseco con relación al recuerdo. Vemos hasta qué punto nada se inscribe en el inconciente si no hay al menos dos tiempos para hacer una represión, si de manera precisa una representación no puede ser sustituida por otra, si la representación de base no está simbolizada, metaforizada. Ésta razón hace cabalmente del superyó un elemento irreprimible. Y con motivo: querer fundar el debes «q» en algo distinto del debes «q» equivaldría a deducir el imperativo de otra cosa. No cabe allí sustitución alguna: el imperativo impone actuar por deber, sin otro interés que el deber, de suerte que el deber no obliga más que a sí mismo. Esto es incluso lo que Jean Laplanche ha observado muy pertinentemente acerca del superyó. En su libro *La prioridad del otro en psicoanálisis* (1992), apunta que el superyó o, mejor dicho, su mensaje, impone algo así como su propio código de traducción, que finalmente no es más que el mensaje mismo. Con todo, es preciso pensar al superyó como algo que es irreductible a la simbolización. Si prolongamos un poco más la perspectiva abierta por el traumatismo, se puede percibir sin problemas que la ausencia de simbolización, propia del primer tiempo, sirve para caracterizar al superyó. Debiendo nosotros preguntarnos: ¿no es este superyó entonces, que subsiste como no-simbolizado, una figura apropiada de lo que –según una bella fórmula– no siendo admitido en lo simbólico (a enten-

der aquí: lo que fue forcluido), reaparece en lo real? No creemos aventurar demasiado si suponemos que en la psicosis el encuentro con el deseo del Otro pone en el «interior» de la tónica un *real* que resiste a cualquier forma de simbolización posterior, de donde el fracaso en el intento de retomarlo, del que tenemos noticia mediante el delirio o el episodio alucinatorio. Esto no quiere decir que el superyó requiera el *après-coup* para *psicotizarse*. El superyó toma prestado una parte de sus caracteres del sistema inconciente y otra parte de la conciencia, logrando así que procesos de otra manera inaccesibles a la percepción conciente, aparezcan allí a «cielo abierto». Esto es lo que importa pensar para asumir el carácter en cierto modo psicótico del superyó. La fecunda paradoja del superyó consiste en que es, *sit venia verbo*, un inconciente... conciente. Con el Hombre de las Ratas hemos visto hasta qué punto el superyó funciona en sí mismo como el inconciente: sea sometiendo los mandatos, las normas, las prohibiciones, a la economía —se trata del empuje psíquico— de la pulsión; sea elevando la ley moral a la ausencia de contradicción; sea incluso evaluando la realidad bajo a la supremacía del principio el placer, de la libre circulación de energía: de ahí la culpabilidad absoluta del superyó, que hace equivaler el pensamiento a la realización y, sobre todo, la representación (de la tortura) a la trasgresión. Un inconciente... conciente en el programa del superyó: ¿no bastaba, para hacer verosímil la idea de que el superyó no está reprimido, con recordar que la esencia de la represión consiste únicamente en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella (Freud, 1915c)? Por el sesgo de esta pregunta volvemos a encontrar el doble origen del superyó (*supra*). Por un lado, el devenir conciente del superyó —dirá Freud en 1923—, como cualquier otro devenir conciente, está supeditado a la palabra. Por otro, la palabra del superyó es entregada a la elaboración inconciente, y es el resultado de esta elaboración lo que aprehendemos en la percepción conciente como moralidad.

En todas estas constelaciones, el superyó da pruebas de su independencia del yo conciente y de sus íntimos vínculos con el ello inconciente. Teniendo en vista la significatividad que atribuimos a los restos preconcientes de palabra en el yo [págs. 22-23], surge una pregunta: el superyó, toda vez que es *icc*, ¿consiste en tales representaciones-palabra, o en qué otra cosa? La respuesta prudente sería que el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones-palabra (conceptos, abstracciones), pero la energía de investidura no le es aportada a esos contenidos del superyó por la percepción auditiva, la instrucción, la lectura, sino que la aportan las fuentes del ello (1923, p. 53).

El superyó sólo alcanza la conciencia por la vía de la reproducción de la representación-palabra, que lo torna perceptible. Ello se debe a que las palabras pueden ser (re)pronunciadas y en cierta forma actualizadas;

punto en que, la verbalización alcanza la cualidad de percepción, y la reviviscencia de las concomitantes verbales de la representación admite la toma de conciencia. Pero esto lleva a plantearse el problema de saber qué sucede con la palabra del superyó cuando es sometida a la investidura del ello, a los procesos inconcientes. No nos sorprenderá escuchar que los fragmentos de lenguaje, las representaciones-palabra que constituyen al superyó, participan del inconciente solo a título de representaciones-cosa (*Sachvorstellung*). El superyó recibe el mismo tratamiento que las palabras en el sueño. Como Freud lo expresara en el *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* (1915a), las palabras que aparecen en el sueño no lo hacen por su valor lingüístico, sino que vienen a ocupar el lugar de la cosa-referente, de la situación diurna en que se percibieron. Mejor aún: la representación-palabra ha perdido todo sentido o significado asignable por el código lingüístico y, en estas condiciones, se pone a hacer las veces de la cosa, dejando de representarla. La palabra del superyó, a partir del preciso momento en que cae al inconciente, es tratada como cosa, como representación-cosa; ya no tiene más lado de afuera, pues la cosa-referente se pierde (se introyecta) no bien la representación es sometida al funcionamiento del inconciente. Y se puede presentir que las palabras entregadas al proceso primario componen un lenguaje de una rareza muy singular. Es así como Freud propone: *En la esquizofrenia las palabras son sometidas al mismo proceso que desde los pensamientos oníricos latentes crea las imágenes del sueño, y que hemos llamado proceso psíquico primario* (1915b, p. 196). Entendámonos: en el nivel del lenguaje preconciente, el de la representación-palabra, el proceso secundario hace las veces de una *gramaticalización* que frena la libre circulación de sentido, lo que en términos lingüísticos equivale a decir que retiene una unidad convencional de significante y significado (dejándose ver el significante como un verdadero signo). Pero en el nivel inconciente no hay más que representaciones-cosa, representaciones que sólo refieren a sí mismas, sin *intencionalidad*, funcionando a la vez como significante y significado. La palabra del superyó vale como un significante que remite a sí mismo en materia de significado, que se significa a sí mismo. Esto es lo que nos enseñó el imperativo. ¿Quiere decir que el superyó tiene una organización esquizofrénica? Después de todo, por qué no. Si el superyó hace causa común con la pulsión, y aprovecha las propiedades del sistema inconciente, está lejos de ser una instancia ordenada y reguladora, justamente, *neurótica*. Es que el trabajo sobre el superyó acaso no sea otra cosa que el gesto fallido consistente en domeñar, simbolizar, hacer entrar en la *constancia*, en el principio de constancia, esta especie de núcleo psicótico de la neurosis. Y, ¿es completamente seguro que el superyó responda a una identificación, mecanismo del yo? ¿No habrá que pensar más bien en el superyó como una voz plantada en la tópica que se pone a hablar por su propia cuenta más allá del yo, o incluso en desafío al imperio del yo y a la unidad que pretende ser? Aun si no tiene un carácter propiamente alucinatorio, regresivo, la voz del superyó que percibimos en

la autocrítica del melancólico, en la duda obsesiva, en el remordimiento y hasta en el mínimo reproche moral, es una voz tan injustificable, tan obscena y poco flexible, como una voz no simbolizada, como la voz del otro en nosotros, que es lo que llamamos inconciente. Y en el trato clínico con la culpa, que es una de las caras más visibles de la experiencia del superyó, y tal vez de nuestro propio superyó, ¿hay alguien inocente? Si todo afecto de culpabilidad está realmente justificado, si no se puede (o debe) reducir a ilusión la causalidad inconciente diciéndose (es aquí el yo quien habla) o diciendo que «en realidad» no hay razones para sentir culpa, buscando así tranquilizar o tranquilizarnos; y bien, si podemos concebir que el deseo inconciente equivale a su realización, que el deseo se realiza allí como el *noema* sobre la *noesis*, y la culpabilidad que entrañan los deseos que nos animan puede estar desplazada, condensada, deformada, neutralizada y reducida apenas a un vago sentimiento de displacer, pero justificada de todos modos... debemos a esta altura decir que la voz del superyó, se halla, en un sentido escasamente metafórico, parasitada por un inconciente que la psicotiza y la hace delirar.

Referencias

Anzieu, D. (1959/2004). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. Vol. I. México: Siglo Veintiuno. Chasseguet-Smirgel, J. (1975/1991). El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la «enfermedad de idealidad». Buenos Aires: Amorrortu.

Ferenczi, S. (1932/1988). Efecto duradero de las exigencias genitales activas y pasivas impuestas, «obligatorias», sobre niños pequeños. En *Diario Clínico* (pp. 121-122). Buenos Aires: Conjeturales.

Freud, S. (1895/2003). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. I (pp. 323-441). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1900/2003). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu.

– (1909/2003) A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. X (pp. 119-185). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1914/2003). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. XIV (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1915b/2003). Lo inconciente. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* V. XIV (pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1915c/2003). La represión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. XIV (pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1915a/2003). Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* V. XIV (pp. 215-234). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1917/2003). *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* V. XVII (pp. 113-123). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1923/2003). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. XIX (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.

– (1930/2003). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* Vol. XXI (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.

Kant, I. (1785/1994). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Espasa-Calpe.

Klein, M. (1927/1987). Simposium sobre Análisis Infantil. En *Obras Completas* V. I (pp.148-177). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958/1987). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos II* (pp. 513-564). México: Siglo Veintiuno.

– (1959/2003). En *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J. (1992). Implantación, intromisión. En *La prioridad del otro en psicoanálisis* (pp. 103-107). Buenos Aires: Amorrortu. Lagache, D. (1961/2005). *Psicoanálisis y Estructura de la Personalidad*. Buenos Aires: Lucerna.

Le Guen, C. (1992). *La represión*. Buenos Aires: Amorrortu.

Miller, J-A. (1981/1987). Clínica del superyó. En *Recorrido de Lacan: ocho conferencias* (pp. 149-160). Buenos Aires: Manantial.

Psicosomática y adolescencia: cuando el cuerpo habla*

Daniela Carrasco Dell'Aquila

En el presente capítulo me interesa analizar desde una mirada clínica psicoanalítica los fenómenos llamados psicosomáticos y relacionarlos con las características propias de los adolescentes de nuestro tiempo. Tiempo que se caracteriza por el constante cambio, por la inestabilidad de los contextos tanto familiares como planetarios, todo lo cual lanza al sujeto a la incertidumbre, lo que en el caso de los adolescentes se profundiza aún más por las características propias de esta etapa, lo cual puede aumentar significativamente la vulnerabilidad de los mismos. En la adolescencia se despliega un nuevo escenario, aparece una forma de estar en el mundo que de algún modo hace un llamado inquisidor a los adultos que les rodean. Winnicott (1960) dirá que donde exista un adolescente desafiante debe también estar presente y hacerse oír un adulto que acepte el desafío. El sujeto adolescente debe transgredir su propia historia, revertir lo inscrito y la hipótesis a desarrollar en este capítulo es que el adolescente debe reinventar un cuerpo, debe reinscribirlo, para de esta forma lograr refundar sus imágenes que, tal como las describe Nassio (2008), son muchas, son diversas y son históricas.

Notaremos de qué manera esta hipótesis se ve interferida cuando surge lo psicosomático, entendido precisamente como la expresión sintomática de la falla que experimenta el sujeto adolescente para lograr esta nueva reinscripción. El cuerpo no logra ser el anclaje desde el cual se recorran los conflictos no resueltos en la infancia.

El otrora niño se enfrenta a un nuevo cuerpo, que es portador, al mismo tiempo, de toda la historia vivida por ese sujeto, pero de la cual ese mismo cuerpo se nos aparece como el representante de todo lo que no pudo ser nombrado y quedó inscrito allí, ante el silencio de la palabra. Al fallar este apoderamiento de su historia, el adolescente se queda con un cuerpo-robot, deshabitado subjetivamente' y que comienza a expresarse en su propio lenguaje, o sea, a través del síntoma somático.

Concepto de cuerpo desde el psicoanálisis

El yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como

* El presente texto forma parte del libro (capítulo 12) *Temas de Psicología Clínica Infanto-Juvenil. Aportes y Reflexiones* de Eds. Cecilia Aretio A. y Mónica Heresi A., Colección Psicología, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.

la proyección psíquica de la superficie del cuerpo (Freud, 1923, p. 27. 28). Con esta cita, Freud establece la estrecha y, al mismo tiempo, enigmática relación entre el cuerpo y la psique. El yo es primero un yo corporal, y como tal lo podemos considerar como el heredero de la prehistoria de un cuerpo, es el heredero de lo que allí tuvo que inscribirse y que se constituyó en la base, en el primer texto a partir del cual se inscribirá el sujeto.

Con las llamadas por él “neurosis actuales”, Freud establece la diferencia con las psiconeurosis enfatizando que las primeras no estarían siendo causadas por un conflicto infantil reprimido, sino por una acumulación de carga de origen actual somático, que para Freud proviene de una falla en la descarga sexual. Es decir, se relacionan directamente con el soma. El infante humano es primero soma, y por lo tanto primero se es bienestar o dolor físico, se es necesidad. Posteriormente seremos sujetos, podremos acceder al dolor psíquico y tendremos la capacidad de desear. Por lo tanto, nos enfrentamos a una historia que originalmente fue escrita en el soma, sensaciones, aromas difusos que marcaron nuestro aparato mental al estilo freudiano de huellas mnémicas y cuyo origen se relaciona con la pulsión. Historia que se graba repleta de misterios, uno de los cuales es lo que J. McDougall (2004) llamó el “salto misterioso del cuerpo a la mente”. ¿Podrá el psicoanálisis resolverlo algún día? ¿Podremos alcanzar ese punto fundante donde surge lo psíquico? Por el momento, podemos plantearnos hipótesis, instalar preguntas y esperar futuras respuestas.

Retomando el concepto de neurosis actuales, Freud señala un aparato psíquico que se ve sobrecargado con montos de libido no ligadas: será la pulsión el lugar desde donde debemos empezar a entender el porqué de esta sobrecarga. Es decir, la energía pulsional al no estar ligada permanece muda en su expresión y solo le queda el camino de la descarga a través de los caminos que el inconsciente utiliza: sueños, actos fallidos y principalmente síntomas.

El cuerpo necesariamente requiere de una suerte de trabajo subversivo donde lo físico quede ligado a lo psíquico; solo allí podríamos empezar a hablar de un cuerpo habitado, de un cuerpo erógeno, para diferenciarlo del cuerpo de la medicina, el biológico, el que se identifica con el trozo de órgano, de carne viva. En la medida que ese cuerpo/carne se vaya erogenizando comenzará a ser el lugar desde donde puede habitar lo psíquico. Winnicott, al enfatizar la importancia de la relación con el objeto primario de amor (madre), destaca que es esa madre la que permite que el niño se vaya constituyendo en otro diferente por medio del reflejo de su mirada, la cual le permite ir internalizando una representación de sí mismo fruto de la misma diferencia que le refleja esta mirada materna. De ahí que podamos afirmar que la mismidad surge inevitablemente de experimentar las diferencias. Diferencia que se origina en una madre que lo reconoce como diferente y separado de ella.

El narcisismo patológico de una madre que mira al hijo como su propio reflejo, como una extensión de sí misma, provocará la creación de límites difusos, para lo cual la piel deberá rigidizar sus funciones, tornarse impermeable cual coraza ante los estímulos o diluirse en la fusión con el cuerpo de la madre, que los llevará a vivir lo que McDougall (1991).. llama la fantasía de "un cuerpo para dos". Es decir, dos sujetos viviendo la realización de la fantasía primigenia de habitar un mismo cuerpo, lo que provocará una relación gravemente distorsionada entre el cuerpo y la psique. *El funcionamiento psíquico de la madre, sus fantasmas, su sexualidad, su historia, sus neurosis infantiles marcarán de manera muy singular el diálogo que establece con el niño, hasta el grado de inscribir en la carne de este último las marcas de su propio inconsciente* (Christopher, 1992, p. 108).

Madre e hijo deberán ir reconociéndose en sus semejanzas y diferencias, renunciando a la fantasía onnipotente de constituirse en una simbiosis perfecta que niegue la necesidad de un tercero. Ese será el camino que lleve al infante humano a apoderarse de este cuerpo meramente biológico y lo convierta en el refugio desde donde va creando lo propio, desplegando su singularidad.

La falla en el surgimiento de este cuerpo erógeno en estas primeras etapas sentará las bases para que al posterior adolescente le sea más difícil re-apropiarse de sus sensaciones y así reinvestir este nuevo cuerpo que tiene de antiguo lo logrado, lo ya vivido y de nuevo la multiplicidad de nuevas sensaciones claramente sexuales que comienzan a hacerse presentes.

Cuerpo y adolescencia

Los cambios que conlleva la adolescencia deben apoyarse en una subjetividad que se replantea los procesos de identificación, definidos como el resultado de la muerte simbólica del objeto que nos hacen concebir la adolescencia como la segunda oportunidad, la segunda vuelta por la conflictiva edípica que implicará la resolución definitiva de esta, o el anclaje del sujeto desde un Edipo que no queda resuelto y facilita la patologización del sujeto. Ante esta llamada segunda vuelta, el adolescente tiene la posibilidad de liberar ataduras de su propia historia y además enfrentar el llamado de la especie, ya que ahora, producto de su desarrollo biológico, es poseedor de una sexualidad que sí puede hacer realidad las fantasías de otrora niño edípico. Solo la constitución de un superyo integrado le posibilitará contar con las herramientas necesarias para hacer propia la prohibición del incesto. Superyo que debe también implicar la presencia de una ley paterna aceptada por la madre. De esta manera, el adolescente podrá realizar el salto hacia la exogamia y no sucumbir a la encerrona edípica.

Esto último hace atender a la necesidad que los adultos significativos para ese adolescente se planteen desde un escenario que marque las diferencias, sin las cuales y siguiendo a Meltzer (1997), el adolescente podría caer en

la confusión. Sería como quedarse sin piel.

La presencia del adulto corresponde en términos simbólicos a la capacidad de representarse a un otro diferente que lo convoca a la mismidad. Es decir, el adolescente requiere la marca externa, la ley que impone el adulto para poder encontrarse con lo que es propio, aquello por lo cual está dispuesto a defender y confrontar a la generación anterior. La presencia del adulto facilitará el surgimiento de representaciones simbólicas, las cuales le permitirán lograr la capacidad de representarse a un otro diferente, diferencias que lo convocan a la mismidad.

Las diferencias serán las marcadoras de una subjetividad, la cual debe seguir buscando encontrar las respuestas a lo que el preescolar en forma más esquemática ya se había planteado: ¿quién soy?, ¿qué me diferencia del otro? Preguntas que desde el psicoanálisis se estructuran teóricamente como: ¿qué es el yo?, ¿cuál es el anclaje del yo?, ¿puede el cuerpo ser concebido como el punto de encuentro de la subjetividad con los otros?

El adolescente aparece entonces como un sujeto que, desplegando su sexualidad y siendo de alguna forma invadido por sensaciones —muchas de ellas nuevas, muchas de ellas intensas y en más de una oportunidad terroríficas—, debe seguir reencontrándose, es decir, reconociéndose en sus diferencias, ya que al parecer es solo la aceptación de estas las que nos permite definirnos uno.

Si nos detenemos en esto último tendríamos que intentar comprender cómo resuelve el adolescente esta invasión de sensaciones, que en general se expresan de forma intensa e imprevista. De algún modo, podemos tomarlo como una suerte de asalto desde la sorpresa, siendo el lugar donde ocurre dicho asalto el cuerpo en toda su erogeneidad.

Esto podría facilitar que el cuerpo se transforme en algo extraño y ajeno, acercándonos con ello a lo que Freud definió como lo ominoso. El cuerpo del adolescente se le representa como un verdadero engendro de lo nuevo y lo antiguo, como un desafío donde debe rescatar lo propio diferenciándolo de lo ajeno, aquello que tal vez pertenece a los padres.

Lo ominoso de ese cuerpo se relaciona con que lo nuevo que aparece en él le recuerda y lo asemeja al cuerpo de los padres, todo lo joven que en ellos ya fue es en el adolescente un presente que, de alguna manera, hiere al hacer inevitable el acercamiento a ese lugar que en la niñez se vivió a través de la idealización de esos padres, portadores ahora de la noticia de la muerte. El adolescente intenta hacerse cargo de la nueva etapa que la vida le impone, el momento de relevo con la generación de sus padres se acerca y con ello la posibilidad de una sexualidad activa, tal como la fantaseó en la infancia, se hace una posibilidad real. Posibilidad que lo lleva a tener que

resolver diversos duelos y frustraciones, ya que si bien ahora puede acceder al secreto que los padres tenían, comprende que este era solo un saber acerca de la sexualidad y que el misterio se relaciona y continúa más allá de esos padres, más allá de su propia iniciación sexual, ya que está en la aceptación que por ser sujeto se es al mismo tiempo falta, falta que habla finalmente de los límites de ser un ser humano.

Pero no solo debemos pensar en este adolescente desde esos padres, también podemos entender de qué manera en este intento que hace él por reinscribirse en una historia, que por momentos se le vuelve ajena y peligrosa en su búsqueda de habitar y encontrar el anclaje en el propio cuerpo, empieza a ocupar un lugar importante el momento histórico y social en que se inserta. Nuestros adolescentes se introducen en una sociedad y un mundo que los reconoce a través de sus imágenes, lo que hace que dependan y proyecten en la superficie de sus cuerpos la posibilidad de ser aceptados o no por sus grupos de pares. El ser reconocido como un otro significativo se convierte en esta etapa en lo que estructura y posibilita la salida de lo endogámico, sin lo cual el adolescente se queda eternamente capturado por sus mecanismos de regresión, que se yerguen como la posibilidad más conocida cuando este acercamiento y encuentro con el grupo falla.

El adolescente debería recurrir a lo que en palabras de Aulagnier (1977) es en lo que se ha transformado el niño: una "sombra hablada", que corresponde a la inscripción que en el niño hizo el objeto primario con el "baño de la palabra". Palabras que facilitan o dificultan la construcción de una unidad y que implica el ser reconocido como un sujeto. Será a partir de este ser nombrado, de este ser hablado por otros, que se va creando en el niño un lenguaje interno que intenta dar cuenca de sus sensaciones y con ello va surgiendo la imagen de un cuerpo que podrá ser el facilitador de un sentimiento de mismidad o transformarse en lo que Freud llamaba "el camino falso que recorre el síntoma".

La imagen que el adolescente tiene de sí mismo se funda principalmente en los sentimientos que su cuerpo le provoca, sentimientos que debe ser capaz de tolerar, reconocer y poder enlazar en su discurso. Hablar de la imagen de sí mismo es referirse directamente y más que nunca en la adolescencia a lo que es la imagen inconsciente del cuerpo (Dolto, 1979), la cual reúne desde las primeras huellas mnémicas inscritas en el inconsciente del bebé a través de la forma en que fue acariciado, mirado y nombrado. Esta imagen condensa los aromas, los sonidos en que ese cuerpo se fue experimentando, de ahí que sea también determinante en la formación de esta imagen la relación con la madre y de esta con el padre para poder dar cuenta de cuán diferenciada y "legalmente" inscrita quedó esta imagen en lo inconsciente. Según Nasio (2008) no seríamos nuestro cuerpo de carne y hueso, sino lo que sentimos y vemos de él. Si junto con esto aceptamos la idea lacaniana de que la imagen miente, ya que siempre es el doble de algo, nos enfren-

tamos al enorme desafío que vive el adolescente al intentar reencontrarse con un cuerpo o, más certeramente, una imagen de un cuerpo desbordada por los cambios y demandada por el grupo y por la sociedad a calzar en ciertos cánones de belleza específicos, los cuales le llevan muchas veces a intervenir estos cuerpos de manera que aparezcan a la mirada de los otros como atractivos y “hermosos”.

Desde ahí podríamos entender el desesperado recorrido que muchos de nuestros adolescentes realizan, tratando de esculpir en sus cuerpos la imagen que los otros le devuelven como el ideal, recurriendo a dietas excesivas e incluso a cirugías estéticas que se hacen cada vez mas frecuentes y precoces.

Trastornos psicosomáticos

Alexander (1979) describió las llamadas “Chicago seven” como una lista de siete trastornos o enfermedades que, según este autor representante de la Escuela de Chicago, serían propiamente psicosomáticas:

- Asma bronquial
- úlcera gástrica
- Artritis reumatoide
- Rectocolitis hemorrágica
- Neuro-dermatosis
- Tirotoxicosis
- Hipertensión arterial

En todas ellas nos encontraríamos con un cuadro clínico con daño comprobable del órgano específico y carente de significado simbólico. Esto nos indica que en las afecciones psicosomáticas el daño físico es real y el conflicto es neurótico o psicótico. El sentido es de orden presimbólico e interfiere en la representación de la palabra.

Estaríamos frente a cuadros en los que, a diferencia de los cuadros psicóticos propiamente tales, no estaría una “inflación delirante” del uso de la palabra como modo de llenar espacios de vacío aterrador que tiene el sujeto, sino todo lo contrario: en los procesos donde el cuerpo es el terreno de los síntomas, los procesos de pensamiento estarían al servicio de intentar vaciar la palabra de su significado afectivo. De esta manera, nos enfrentamos a un cuerpo que se comporta en forma delirante; no es la mente la que enloquece, es el cuerpo el que lo hace.

McDougall considera que los fenómenos psicosomáticos no deben limitarse a las enfermedades del soma, sino incluir todo lo referente al cuerpo real, por lo tanto, todo atentado contra la salud o a la integridad física podría ser entendido desde esta mirada. Estos nos parecen de suma importancia y de utilidad clínica cuando trabajamos con adolescentes que despliegan en

sus cuerpos desde la marca del tatuaje hasta la muerte real en frecuentes accidentes.

Incluiremos entonces a lo anterior como fenómenos psicosomáticos:

- Predisposiciones a los accidentes corporales.
- Brechas en el escudo inmunitario.
- Investigación industrial (burra-out, estrés).
- Adicciones.

Pareciera ser que una de las preguntas más frecuentes en la clínica de lo psicosomático tiene relación con lo que aún sigue siendo bastante misterioso, esto es: ¿por qué se “elige” un determinado órgano o una determinada enfermedad para expresar la dificultad de reconocer y saber nombrar los afectos? Es decir, es el antiguo cuestionamiento acerca de la “elección” del tipo de patología.

Los clínicos pareciéramos estar de acuerdo en que más que llegar todavía a responder en forma definitiva esta pregunta, nos encontramos con que sí podemos responder acerca de cómo se organiza el psiquismo de los pacientes psicosomáticos y específicamente si estos son adolescentes. Es decir, es posible diferenciarlos tanto de los llamados cuadros neuróticos como de la psicosis.

Las investigaciones han ido demostrando de qué manera surgen estructuras y mecanismos de defensa diferentes en este tipo de trastornos. El cuerpo aparece como el vehículo a través del cual se expresa lo que no ha podido ser mentalizado, como si a través de estas fallas se mostrara la carencia de un código capaz de dar cuenta no solo de las pulsiones y necesidades propias de la especie, sino también de los deseos que se han ido desarrollando como propios de ese sujeto en particular.

El sello de lo propio, lo distintivo de cada sujeto, pareciera no estar presente en este tipo de pacientes. Es frecuente que cuando se refieran a lo que sienten nos encontremos con vacíos en el discurso, silencios acompañados de un cuerpo aplanado en sus expresiones. Cuerpos que cuando “hablan” lo hacen de una forma totalizadora; cual bebés indiferenciados movilizan sus cuerpos de maneras masivas, donde lo particular desaparece y el cuerpo todo responde en forma global en una descarga o en un distanciamiento del objeto, lo que se muestra como una forma primitiva de protegerse contra angustias cercanas a la desintegración (McDougall, 1991).

Lo psicosomático aparece primitivamente más cercano al límite entre vida y muerte, el síntoma no cumple la función de rescatar o camuflar una sexualidad no resuelta, sino más bien lo que en estos pacientes surge es de un carácter mucho más impositivo y extremo, ya que tiene relación con la posibilidad de vivir o morir. Esto diferencia lo psicosomático de los fenó-

menos conversivos descritos por Freud.

En lo psicosomático no hay conversión, en el sentido que no hay mediación por parte de lo simbólico. Lo que observamos es un cuerpo que habla en un lenguaje de órgano, el cual se daña en lo concreto de su esencia con lo cual se pone en riesgo extremo la salud del sujeto que lo padece.

Es precisamente la tramitación a través de lo simbólico de lo que carece el paciente psicosomático. Esto nos hace enfrentarnos en la clínica de estos pacientes adolescentes con serias dificultades para transmitirnos sus sentimientos, el lenguaje carece de carga libidinal, “no encuentra las palabras” que representaría lo que Marty (2003) denominó como “pensamiento operatorio” y/o se muestran incapaces para decodificar lo que sienten y poder comunicarlo (“no sabría decir lo que siento”), aludiendo con ello a lo que Sifneos y Nemiah (1970) describieron como lo “alexitímico”, donde queda obstruida la capacidad de expresar las emociones, ya que se carece del código necesario. O sea, nos encontramos con un lenguaje concreto, con una evidente precariedad para describir o poder comunicar lo que siente.

Junto con ello, son pacientes donde la fantasía y el soñar aparecen también en forma muy rudimentaria o directamente no aparecen. El espacio del juego descrito por Winnicott (1993) como el espacio para la creatividad está resentido y el paciente se queda sin expresión, doblemente mudo tanto por lo “operatorio” de su pensamiento como por el tránsito que necesariamente, como adolescente, realiza de un pensamiento más apegado al hacer que a uno de carácter más simbólico y abstracto.

En su mudez, el adolescente se refugia en lo que su momento social histórico le ofrece, el grupo se convierte en la posibilidad de encontrarse con su mismidad. El grupo, al tiempo que lo camufla, le permite ensayar y buscar lo que podría serle propio, pero ¿cómo puede distinguir algo que siempre le fue ajeno? Liberman (1993) describe de qué manera la sobreadaptación ha sido el único camino posible para sobrevivir; Winnicott (1960) hablará de un “falso self”, de niños que sobremaduran, adelantándose en sus etapas y de esta forma se camuflan en un lenguaje que aparece de un alto nivel intelectual, pero carente de la sonoridad y el colorido que aportan las sensaciones, las fantasías y los afectos.

El proceso de búsqueda de una identidad propia de esta etapa aparece en estos adolescentes poco facilitado por lo que fue él como niño, se asienta en un ser que más bien corresponde a un “deber ser” y que vino a ser la forma en que ese bebé/niño se aferró a la vida, aunque solo sea para sobrevivir. Esta forma de defenderse se estructura y, de alguna manera, se centraliza en lo que es para el psiquismo un conglomerado de diversos ingredientes: la imagen de sí mismo, la cual aparece de algún modo fracturada. Es interesante cómo en la clínica escuchamos discursos que dan cuenta de esta

fractura: *Yo siempre me he sentido rara, me pasa que cuando me miro en el espejo es como ver a otra persona*", dice una adolescente de dieciséis años. Otra agrega: *"Lo peor es cuando me encuentro con alguien, me escondería, me carga que me miren. Y si me llegan a tocar me da asco..."*. Como si algo de lo siniestro, de lo rechazado quedara en esa mirada del otro, algo que no se quiere ver y para lo cual se recurre a la escisión, el rechazo del encuentro con otra piel.

En estos adolescentes aparece frecuentemente la tensión entre depender y ser independiente, entre estar acompañados y estar a solas, pero a diferencia de otros adolescentes esta tensión toma el carácter del conflicto, y se caracteriza por la presencia de altos montos de angustia cuyo contenido se asocia con vida o muerte. Se aferran a sus figuras de amor como un bebé se aferra a su objeto transicional, la separación es vivida como el abandono y la caída en la nada.

Esto se vincula a fallas en la relación temprana con la madre. Spitz lo observó en aquellos bebés que, al carecer de la presencia materna, se tornaban incapaces de explorar su propio cuerpo, en especial sus genitales, (McDougall, 2004).

La dependencia necesaria se transforma en algo temido y que debe ser negado, ya que, al no mediar un objeto simbólico, la no presencia se hace imposible de tolerar.

Esto nos lleva a *plantearnos* que el cuerpo del adolescente se transforma en terreno que enfrenta sus mecanismos más primitivos de defensa. Para ellos, la escisión surge como una de las posibilidades con las cuales el adolescente transforma lo siniestro que puede resultarle la necesaria regresión que implica el encuentro sensual cuerpo a cuerpo con otro y se entrapa en la dificultad de quedarse pegado en lo endogámico, que al mismo tiempo aparece negado como posibilidad de salida.

Son adolescentes donde la regresión no es al pecho, es decir, no es a un comportamiento más infantil con un tipo de relación más dependiente, sino que la regresión es al ámbito del "antes de la palabra" (Alízade, 1992). A ese momento en que el recién nacido está "en carne viva", sin protección, sin las envolturas que permitan la unidad y desde ahí la identidad. Se regresa a un espacio donde los sentires tienen relación con lo depresivo. Podríamos pensar en "depresión esencial" de la que habla Marty (2003), o en el concepto de "histeria arcaica" de McDougall (1991).

El síntoma somático aparece como lo que taponea la falta de la palabra, la ausencia de una especie de cavidad interna que cual útero anidante permite el crecimiento de un sentimiento de seguridad que traspase a la presencia o no presencia del objeto.

Enfermedades como las alergias y, en especial, el asma se constituyen en el modelo principal para entender este tipo de patología (Winnicott, 1979). Nos encontramos con un sujeto que se ha quedado sin espacio, como si esta cavidad se hubiese representado como un lugar que asfixia. La piel, principal canal vinculante con que cuenta el infante humano, se despliega como el lugar desde donde se debe expandir una batalla contra el contacto, ya que lo irrita, hiere y enfrenta al temor de perder los límites y desintegrarse.

Abordaje clínico

¿Qué hacer? ¿Es posible esperar que surja una demanda en estos discursos sin palabras? ¿O son sus cuerpos repletos de tatuajes, a veces con obesidad o específicamente con una enfermedad sus demandas? ¿Podríamos pensar en un cuerpo ominoso? ¿Tenemos algo para ofrecerle?:.

La clínica en adolescentes con síntomas psicossomáticos nos hace asistir lentamente a sesiones donde comienza a aparecer una suerte de síntomas somáticos, de los cuales generalmente hablan desde la distancia, como si los mencionaran al pasar, o muchas veces me entero después que han ocurrido, nunca en el momento, siempre me encuentro con una sensación de haber llegado tarde, de haber estado ausente.

En muchas de esas sesiones se muestran visiblemente entorpecidos para hablar, apareciendo con mayor claridad la dificultad enorme que tienen para escuchar sus propios silencios, ante los cuales generalmente aparece el rechazo y las ganas de no venir más.

Desde esta experiencia clínica, nos encontramos con el desafío de ir adecuando la técnica de trabajo con una invitación a ser terapeutas, más activos, sin por eso dejar de respetar los tiempos y el camino que estos adolescentes nos señalan. Esto ha facilitado que muchos de estos adolescentes comiencen a mostrarme sus cuerpos, en los cuales han ido inscribiendo diferentes huellas a través de reiterados tatuajes y piercings, o verdaderas heridas productos de enfermedades a la piel; Otras veces me muestran sus medicamentos para aliviar un "ataque de asma". Recuerdo a una adolescente que siempre en las sesiones se sentaba y sacaba de su pequeño bolso su inhalador y lo ponía en la mesita al lado de su asiento. Cuando después de algún tiempo logró hablar de su llamado por ella "puf", me llamó la atención la manera en que lo hacía, como si hablara de un objeto casi con vida, algo que la había acompañado siempre, algo de lo que dependía cuando le daban sus ahogos, algo que la aliviaba pero, al mismo tiempo, le recordaba lo dependiente y vulnerable que era y que finalmente la agotaba en una suerte de ¡puff!. Como lo que sentía frente a una madre claramente intrusiva y con serias dificultades para aceptar el tránsito hacia una nueva etapa en la vida de la hija. En la mayoría de estos casos, mi contratransferencia me acercaba a un enorme vacío, a sensaciones más cercanas a la muerte que a la vida.

Reflexiones

Inevitablemente, tantos pacientes me han hecho repensar lo que muchos autores llaman la "clínica del vacío" (Recalcati, 2003), que me permite profundizar en lo psicosomático que se presenta en dichos pacientes. Todos ellos me llevan a cuestionar la forma en que inscriben sus subjetividades; en cómo estos adolescentes de hoy, que están constantemente viviendo en la incerteza, logran subjetivarse.

Ellos intentan encontrar la estabilidad en una sociedad marcada por la incertidumbre, demandados por tener que calzar en una imagen prefabricada que les promete de esa forma la felicidad y el éxito. Frente a esto, nuestra escucha como clínicos nos permite plantearnos que, más allá de las tradicionales enfermedades psicosomáticas señaladas por Alexander (1979), tendríamos que considerar, al estilo de McDougall (1991), que el trastorno psicosomático surge allí donde hay un cuerpo que responde en el lugar que debería haberlo hecho la psique. Por lo tanto, los accidentes reiterados, tanto como los cortes y los tatuajes son espacios donde la mente se expresa en el llamado por esta autora "teatro del cuerpo" (1991).

De esta manera, nuestra escucha y nuestra técnica toda se tornan un espacio desde donde ir regresando a estos cortes simbólicos no realizados, a la confrontación de un sujeto que tiene la no menos trabajosa tarea de subjetivarse, de habitar un cuerpo que pase de ser un órgano a un cuerpo que siente, que necesita y principalmente que desea.

Muchos pacientes, cuando logran empezar a hablar con sus propias palabras, cuando de alguna manera comienza a surgir la demanda, expresan frases como es como encontrarme con un vacío, no hay nada...". Con esto nos es posible repensar el sentido que tiene el vacío que muchos de nuestros pacientes refieren. Hay un vacío donde queda claro que existe la ausencia del objeto que previamente estuvo presente. Podríamos decir que queda aún algo de su aroma, se percibe todavía la sombra de algo que ocupó ese espacio, pero luego; este objeto falló y ya no estuvo. Pero también necesitamos pensar en otro tipo de vacío, donde el hueco ni siquiera podría tener contornos, casi como si pudiéramos imaginar un símil de un hoyo negro que no sabemos mentalizar en nuestra lógica consciente y racional. Allí la presencia del objeto nunca fue representada, ya sea por fusión con el objeto o por ausencia.

Tendremos que pensar que en la clínica psicosomática de la adolescencia hay un cuerpo que si bien borra una historia ésta no es la escrita y simbolizada, sino aquella que quedó al margen como en una realidad paralela, producto de la escisión que se ha producido.

Es una clínica que requiere una escucha que tolere trabajar con alguien

que no está anclado en ningún lugar específico, más bien se mueve en diversas comunidades como le gusta llamarlas a Meltzer (1988). Es tolerar un extraordinario *splitting*, donde los sentimientos tienden a moverse en verdaderas polaridades, por un lado, la envidia, egocentrismo, la falta de piedad y, por otro, el altruismo, la sensibilidad.

En la medida que el adolescente comienza a conectarse con otros, que en sus discursos aparecen otros, otros que en un principio son "sin nombre", casi sin rostros, nos acercamos a un momento de riesgo. Son personajes de un teatro, donde importan muy poco sus identidades y en un comienzo queda claro que se trataría de objetos parciales y no integrados. Es allí donde el adolescente debe resignificar un pasado, donde revive sus objetos de amor y de odio y donde podrá resolver o profundizar en sus conflictos.

Pero dado lo profundo del vacío, la emergencia de estos trozos de sujetos que surgen en las sesiones cual caleidoscopios humanos requieren una atención flotante muy especial. Muchas veces nos ha tocado vivir esta experiencia con estos pacientes, como si uno necesitara dejarse llevar casi en una especie de sopor para desde allí entender cuán difícil les resulta tanto estar con otros como estar solos. Recuerdo a una paciente que durante mucho tiempo se dormía en sesión y con ello mi sensación de irme yo también adormeciendo era muy fuerte. En la medida que pude sobreponerme a eso (para ella podríamos pensarlo como en la medida que pude sobrevivir a eso), la paciente pudo conectarse con un deseo infantil de que la madre le cuidara su dormir y no al revés, que fuera ella la que cuidaba el sueño de la madre. Recuerdo el momento en que ella, sobresaltada, abrió los ojos y al verme despierta logró sonreír en sesión casi por primera vez. Recordando a Winnicott, cuando dice que el logro de la capacidad de estar a solas depende del logro previo de haberse sentido acompañado, de lo contrario tanto lo uno como lo otro será vivido con angustias desestructurantes.

Es decir, la compañía de los otros no es vivida como compañía, sino, como decía una paciente: "Hay otros por ahí dando vueltas, pero ellos no tienen nada que ver conmigo".

Ante un cuerpo que sufre, se enferma, se accidenta o se autoagrede, tendremos a querer frenarlo, a quitarle espacio para evitar, en definitiva, la muerte. Pero también debemos ser conscientes que con ello liberamos en el sujeto sus partes más primitivas y debemos estar preparados para lograr sostenerlas en un *holding* terapéutico adecuado, que sin perder el encuadre sea capaz de hacer de él un medio ambiente que en un comienzo se adapte a las necesidades del "bebé/paciente" y no al revés.

Así, irá apareciendo lo verdadero de la demanda y lo auténtico del sujeto, y entonces probablemente nos encontremos con un bebé hambriento, un bebé que exagera la demanda, que no tolera la frustración y no es capaz de

conectarse con los sentimientos de preocupación por otro.

Son pacientes que nos “invitan a actuar” de la misma manera que sus padres lo hicieron y no a contener y frustrar de manera paulatina, de forma tal de favorecer que aparezca la capacidad de mentalizar y de imaginar lo que le ocurre. De ahí el desafío maravilloso, de ahí la propuesta siempre abierta a crear junto a estos pacientes, nuevos caminos que nos permitan entretejer lo que en algún punto de sus historias quedó desarticulado, mudo y escindido. Para eso hacemos terapia, para eso trabajamos en lo clínico y por ello nos motivamos, nos angustiamos y nos sentimos cada día más humildes y al mismo tiempo más omnipotentes. En otras palabras, gracias a todos nuestros pacientes nos hacemos más humanos.

Referencias

- Alexander, F., Ross, H.** (1979). *Psiquiatría psicodinámica*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Alizade, A.** (1992). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- Aulagnier, P.** (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- Dejours, Ch.** (1992). *Investigaciones psicoanalíticas sobre el cuerpo*. México D.F., México, Siglo XXI.
- Freud, S.** (1986). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia". En *Obras completas, vol. III* (94-102). Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- (1986). Lo ominoso. En *Obras completas, vol. XVII* (215-251). Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- (1986). El yo y el ello. En *Obras completas, vol. XIX* (2701-2703). Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- Lenarduzzi, H** (2005). *Entre biología y cultura: un estudio de la psicosomática en la infancia y la adolescencia*. Buenos Aires, Argentina, Biblos.
- Libermann, D.** (1993). *Del cuerpo al símbolo*. Santiago, Chile, Colección PSI, Ananké.
- Marty, P.** (2003). *La psicosomática del adulto*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.
- McDougall, J.** (1991). *Alegato por una cierta anormalidad*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- (1991). *Teatros del cuerpo*. Barcelona, España, Julián Yébenes.
- Meltzer, D.** (1997). Sinceridad y otros trabajos. En *Obras escogidas* (343-356). Buenos Aires, Argentina, Spatia.
- Meltzer, D. y Harris, M.** (1988). *Adolescentes*. Buenos Aires, Argentina, Patia Editorial.
- Nasio, J.D.** (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Nemiah, J.C. y Sifneos, P.E.** (1970). Psychosomatic illness. A problem in communication. *Psychotherapy and psychosomatics, volumen 18*, (154-160)
- Recalcati, M.** (2003). *Clínica del vacío*. Madrid, España, Síntesis Editor.

Winnicott, D. (1979). La mente y su relación con el psicomá. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (331-346). Barcelona, España, Editorial Laia.

– (1958). La capacidad para estar a solas. En *Obras completas* (4-12). Barcelona, España, Planeta.

– (1960). La adolescencia. En *Obras completas* (1042-1049). Barcelona, España, Planeta.

– (1960). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En *Obras completas* (919-927). Barcelona, España, Planeta.

– (1992). *Realidad y juego*. Barcelona, España, Gedisa

– (1993a). *La naturaleza humana*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.

– (1993b). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.



Diferencia y desigualdad en su relación con el psicoanálisis.*

Jaime Coloma Andrews

Resumen:

En este artículo se hace referencia a las ideas de desigualdad y diferencia como concepciones pertenecientes la primera al ámbito del Yo y la segunda, tanto al mismo Yo, como al Sujeto de lo Inconciente. Esta distinción se requiere para asumir, en la práctica psicoanalítica, la asimetría diferencial propias de las funciones psicoterapéuticas que atañen tanto al psicoanalista como al paciente. Se distingue esta asimetría de la noción de desigualdad valórica que puede invadir al psicoanalista en su concepción de tal, por obra de la penumbra de asociaciones que arrastra la idea de diferencia.

Palabras clave:

Sujeto de lo Inconciente – Yo – penumbra de asociaciones

Estas dos palabras, desigualdad y diferencia, abren ámbitos semánticos que pueden aludir tanto a lo ideológico o lo político, como a la estructura del discurso. La pregunta es: ¿cómo se insertan en lo psicoanalítico? Sin duda, en lo específico de estos abordajes, hay diversas maneras de acceder a ello, en tanto el psicoanálisis es apto para abordar aspectos culturales y lingüísticos desde su particular conceptualización obtenida de la clínica. Es cierto que el objeto de su estudio e intervención no es la ideología o la política, pero puede complementar el entendimiento de estas actividades con sus nociones sobre el comportamiento humano de una manera atinada y profunda. El problema surge cuando aparecen inclinaciones, dentro de esta orientación, que surcan cauces ideológicos y políticos destinados a obtener poder interpretativo correcto respecto de otras interpretaciones. En lo concerniente al discurso, esta temática, desde la influencia de Lacan ha pasado a formar parte de la esencia del enfoque iniciado por Freud.

Es propio de la historia de este sistema de hipótesis sobre Lo Inconciente, que aquellos autores que se destacan por la profundidad de sus ideas, generen Escuelas Teóricas y adeptos a ellas. Estas, naturalmente se transforman en fuentes de desigualdad y diferencia al interior del psicoanálisis. Es característico de estas orientaciones que desborden el campo de las diferencias y desigualdades conceptuales, arrastrando en su despliegue algo que supera la escueta estructura del discurso, para calificar valorativamente la propia interpretación del pensamiento freudiano en desmedro de otras

* Ponencia presentada en la Jornada de Cultura y Psicoanálisis de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA, en Octubre de 2011.

interpretaciones. Se accede así a la mencionada inclinación ideológica y política dentro del psicoanálisis. La confusión entre valor y concepto, entre axiología y epistemología, abre caminos indeseables para la evolución de una disciplina que pretende investigar por medios propios el sentido del comportamiento humano. Todo lo que encorsete el pensamiento me parece poco atinado a este objeto de estudio. Su fertilidad y creatividad están inmersos en la determinación de un sistema inconciente como base del pensar, siendo este sistema un abanico de posibilidades abiertas para el despliegue preconciente de las ideas. Es por esto que considero a una Escuela Teórica como una denominación que define a un grupo que considera fecundos los aportes de un determinado autor, sin que esta identidad implique otra cosa que una delimitación de criterios complementarios con otras formas de entender el legado de Freud.

No obstante, pese a esta supuesta autonomía del psicoanálisis ante el dominio de la Razón, como rectora de lo atinado y verdadero, ha prendido la tendencia a asemejar una comprensión particular de la propuesta proveniente de Freud, con lo que podría entenderse como el desciframiento correcto de lo expresado por este autor, vale decir el desciframiento racionalmente correcto. La noción de lo co-rrecto me ha resultado interesante de revisar. De hecho he dedicado otro artículo a propugnar la conveniencia de mantenerse en lo "in-correcto" para favorecer la creatividad del pensar.

Tendencia inevitable hacia lo académico.

La co-rrección propia de los adscritos a Escuelas Teóricas proyecta una reflexión que implícitamente instala una posición política parcial, pero de intenciones totalitarias, dentro del psicoanálisis. Precisamente porque "lo correcto" se instala como un verdadero "*retorno de la Razón*" en este pensamiento, al modo de lo que se ha descrito como *retorno de lo reprimido*.

Intentaré, en lo que viene, fundamentar la conveniencia de amparar criterios teóricos que sean fuente de diferencias fecundantes en la reflexión de esta enseñanza. Vale decir promover una actitud política que proteja la rigurosidad del carácter interpretativo propio de lo psicoanalítico, restringiendo a ese valor la única axiología válida para el psicoanálisis, el valor del pensar en incertidumbre. Y creo que esta propuesta requiere ser consecuencia de las bases epistemológicas en que se asientan estos postulados freudianos. La validez del conocer en lo psicoanalítico se asienta, en mi criterio, en la predominancia del interpretar como fuente privilegiada del pensar, lo que amplía el campo de lo cognitivo a zonas sostenidamente hipotéticas, restringiendo cualitativamente el ámbito de las certezas.

Dentro de otras zonas se destacan, en este apoyo en la incertidumbre, la corriente lacaniana, la bioniana y la winnicottiana. Escojo éstas porque, a

mi parecer, ellas, sin perder el sentido psicoanalítico, profundizan en este pensamiento manteniéndose dentro de su epistemología radical: el fundamento inconciente de toda conducta.

Seleccionaré, para tratar este asunto, la red teórica que surge desde la vertiente lacaniana, cuando se establece la diferencia entre Yo y Sujeto y sus registros simbólico, imaginario y real. Tendré también presente, en lo que viene, lo referido a las preconcepciones y la penumbra de asociaciones que conceptualiza Bion. Asumiré así el *carácter estructuralista* de los postulados de Lacan, destinando al pensamiento de Klein/ Bion lo propio de una *teoría de las funciones*, que define el mismo Bion en el libro "Aprendiendo de la Experiencia" (1966). Para él una teoría de las funciones facilita la correlación entre las hipótesis y los hechos que la representan. Le otorga así a esta concepción un lugar intermedio entre lo interpretable y lo observable, un terreno, por tanto, de lo incierto. Agregaré a esta selección de tendencias psicoanalíticas lo atingente al pensamiento de Winnicott al que atribuiré, en la línea de Heidegger, un rango existencial, en tanto sus reflexiones se procesan tendencialmente a lograr una mejor vida en la cotidianeidad de la existencia.

De esta manera intento revisar mi propio pensamiento "academiforme" con recursos propios de lo psicoanalítico. Lo psicoanalítico, a mi entender, se resiste a lo académico, por el contenido de su teoría, pero no puede evitar la necesidad de formularse de un modo similar a lo académico. Por ejemplo, el nacimiento de estas Escuelas teóricas con apellido, inclina a un esfuerzo academizante, vale a decir a situarse en una posición desde donde se estipula por tradición cómo son las cosas: "*eso no es lacaniano*", "*no entiendes a Bion*", "*eso es kleiniano*" (dicho como un defecto), son frases que, en lo coloquial tanto como en lo intelectualmente formal, remedan la Academia.

La academia en lo teórico, en lo universitario, estipula cuál es, tanto la tradición justa de los conceptos, como lo atinado de su empleo. Es el reflejo del adulto, del profesor, del que "sabe". Entre nosotros, del psicoanalista que enfoca y entiende ya sea según su propia determinación, o por pertenencia a una institución rectora, la rigurosidad de lo que es psicoanálisis y, muchas veces lo pobre que es todo lo demás. Aún lo pobre que son aquellos psicoanalistas que no han llegado a comprender la fina sutileza de la escuela teórica psicoanalítica a que se pertenece. La academia así jerarquiza a la intelectualidad humana en quienes vale escuchar y quienes no. Por ejemplo, es frecuente que los psicoanalistas que practicamos la docencia universitaria tengamos que escuchar que el psicoanálisis es inválido como propuesta, por ser especulativo y poco científico. Heisenberg es irreflexivamente desechado en estos juicios académicos.

En mi caso no pretendo hablar con la verdad. Deseo sólo hacerme respon-

sable del modo como entretejo el uso, no cabe duda incorrecto, de ideas de autores cuyos seguidores son, imagino, los depositarios de una interpretación, ajustada a derecho, del enfoque que profesen. Y me refiero, con esto, al uso que hago de autores plenamente psicoanalíticos, cuya interpretación acertada la dejo en manos de sus continuadores.

El Sujeto y el Yo.

A mi entender, la corrección en psicoanálisis es antipsicoanalítica por definición, en la medida que el psicoanálisis se fundamenta en un Sujeto de lo Inconciente, donde el centro que hace nacer la Ley que posiciona a ese Sujeto, está fuera de sí, enajenado en un Gran Otro, dirá Lacan. Está también fuera del Yo. Tal excentricidad conlleva que "lo correcto" esté siempre en otra parte, fuera del individuo. Individuo constantemente remitido a esa "corrección", propia de los procesos secundarios, desde una "incorrección" nuclear, característica de los procesos primarios.

La idea de Sujeto de lo Inconciente, entonces, no puede, por definición, apelar a lo correcto. Está siempre alienado en Otro que determina donde se sujeta el Sujeto. Donde se posiciona. El Sujeto, por tanto no sabe lo que sabe, es el Otro el que dice cómo son las cosas, haciéndolas brotar desde el lenguaje que sistematiza las diferencias.

Las diferencias, al parecer, imantan un ordenamiento, un sistema de relación entre sí, que se configura como Realidad en lo propio del Yo, no del Sujeto. Si no fuere así, el registro de la diferencia, la diferencia pura, la sola diferencia en el origen -dirá Derrida- se volatizaría en un enjambre sin sentido que flotaría en una dispersión sin límite. Se podría decir que el Yo sujeta al Sujeto.

Podría pensarse, en torno a esto, que hay un momento evolutivo temprano en el que se registra de alguna manera la diferencia entre esa materialidad orgánica que proporciona alimento y su experiencia previa de ansiosa necesidad. Es posible también especular que esa diferencia experimentada en un estado de indiferenciación con el medio, será fuente de asociaciones que evolucionarán como sistema ya que espontáneamente se jerarquizarán, se clasificarán, produciendo paulatina y progresivamente el sistema del Yo y su corolario, la realidad. Este proceso debería incluir algún registro temporal por obra de la diferencia entre un estado previo y un estado posterior. Sin duda la vivencia emocional va cooperando progresivamente en el logro y el sentido de estas sistematizaciones.

Afirmo esto porque me interesa sustentar que entre el Yo y el Sujeto hay una distinción radical. El Yo funciona como sistema. El Sujeto es una estructura. Un sistema incluye en su organización la forma automática de corregir su falla. Una estructura, entendida como excéntrica por definición lacaniana,

se ordena en torno a la falta, presente, precisamente en esa excentricidad que la sujeta desde un Lenguaje exterior a ella, Lo Otro.

La alienación, la enajenación, el estar fuera de sí, se identifica en nuestro lenguaje corriente con la locura. Es la instancia del Yo la que intenta resolver esta locura radical del Sujeto enajenado en lo Otro. El Yo lo centra, lo hace pensar y actuar de acuerdo a fines, le disfraza su enajenación en el Otro, lo articula en *significados*, no en *significantes*, confirmando paradójicamente su núcleo narcisístico interpretativo como el logro de un acertado examen de la realidad. Realidad que se examina imaginariamente como una objetividad externa, aunque la realidad, en rigor, sólo puede concebirse como un constructo yoico. Esto es lo paradójico.

Vale decir, cuando el Yo hace un examen de la realidad, lo que logra es comprobar que está ajustando bien su funcionamiento al producto que es reflejo de ese funcionamiento. Podría decirse que la realidad de lo visto es más ojo que objeto mirado. "Veo lo 'ojeable' "

¿No será mucho lo que estoy diciendo? Por este camino puedo llegar a quedar pataleando en el vacío, con un discurso que se dispersa hasta el infinito, ordenado sólo por la una ficción, que es la ficción yoica. Corro el riesgo de afirmar que nuestra cotidianeidad es sólo ficción. Y, en ese riesgo, pese a todo, caigo en sospechar que hay mucho de cierto al afirmar que la cotidianeidad de lo real, vale decir la realidad, es, en gran medida, ficción yoica.

La facticidad, lo Real y lo Imaginario

Pero algo no es así, algo es Real, es apoyo impensable, pero substancial de nuestra posibilidad de ser en el mundo. Ser que se da de facto, no desplegable en representaciones. De facto caminamos por un suelo que no se transparenta, por un suelo en el que no nos hundimos. De facto estamos donde estamos y no en cualquier parte. De facto hablamos en castellano y no entendemos japonés, excepto los que lo entiendan. De facto nos comunicamos, aunque en un análisis riguroso, podamos afirmar que no nos comunicamos.

Es la facticidad y no la reflexión la que nos permite asumir y pensar en los modos de la existencia. Ser "de hecho", más que por aquello que podamos pensar sobre nuestro ser. Ser ineludible en el acto de ser. Desglosaremos intelectualmente un hecho, su sentido, su despliegue lingüístico y, al hacerlo, no podemos evitar que nuestra existencia se dé de golpe en cada acto, abarcando también en ese acto el hecho que lo pensamos. Somos fácticamente pensantes y nuestro pensamiento es comportamiento, tanto como mover un brazo. Esto es algo que, a mi entender, surge de los planteamientos de Winnicott. En este autor vislumbro su intención de darle más peso a la

facticidad de la existencia que a lo que se deduzca conceptualmente de ella. Su defensa de la legitimidad de proteger un ser propio me sugiere una posición en la que el ser se da como ser en el mundo plenamente existencial.

En todo caso, para decir lo que estoy planteando no puedo evitar hacerlo desde una reflexión. Es inevitable, como es inevitable traducir en imaginario, la vislumbre de lo que podría darse como Sujeto de lo Inconciente. Lo fáctico y lo simbólico son siempre mediatizados por un imaginario que se articula en significados. Desplegamos un pensamiento que re-presente el instante en que van dándose posiciones fácticas. Lo fáctico de Heidegger, a mi entender, se asimila a las posiciones significantes del Sujeto de lo Inconciente, que es un concepto que se llega a pensar entre Freud y Lacan

La reflexión racional induce la ilusión de la claridad conceptual y perceptual yoica, relacionándonos con objetos, orientándonos en la vida cotidiana, con clasificaciones, con perspectivas. Diferenciando y, de esa manera, permitiendo la instalación de un lenguaje, de ese discurso fundante que nos llega desde el registro inicial de lo diferenciado que tiende naturalmente a sistematizarse, a instalarse como el sistema del Yo.

El Yo se alcanza por procesos de disociación que re-presentan lo experiencial de este existir. Esas representaciones que implican un distanciamiento cognitivo de la vivencia de estar vivos nos hacen, parodiando a Lacan, pensar donde no existimos, existir donde no pensamos.

Probablemente tendemos a resistirnos a entender que nuestro orden cotidiano, es expresión de una escisión radical. El Sujeto de lo Inconciente, sin embargo necesariamente se disocia de la conciencia, hundiéndose en la penumbra, que de hacerse presente en el ámbito representacional, des-articularía nuestras representaciones palabra, haciéndolas entrar en el vértigo de las representaciones cosa. En la penumbra de las asociaciones.

En lo que sigue enfocaré lo que estoy postulando, desde otro ángulo, que creo complementario.

Bion y la penumbra de asociaciones

Es frecuente que le dé base a lo que planteo, refiriéndome a esa noción bioniana que él denomina la penumbra de asociaciones. Esta concepción me resulta muy atinada para escuchar las palabras en su matriz preconciente-inconciente. Lo consigno así: "matriz preconciente-inconciente", porque creo que toda palabra se incluye en ese cruce entre una coordenada sistemática y otra evolutiva, a la que destina el mismo Bion, el empleo de lo que llama "La Tabla", "The Grid".

Y ese cruce, a mi parecer, intenta formalizar, diferenciar y desplegar una comprensión de esta matriz preconciente-inconciente. En la facticidad del existir nada habría como inconciente o como preconciente. Estos adjetivos traducen una unidad existencial, en la cual, por ejemplo, podemos clasificar una manera de entender lo conciente y lo inconciente con esta "Tabla de Bion."

Algunas ideas sobre La Tabla. Se dibuja como un cruce de dos coordenadas que combinan en diversos niveles lo propio de lo evolutivo y lo propio de lo sistemático en el pensamiento. Dado que la revisión bioniana de lo evolutivo es altamente singular, me atrevo a deducir que es en ese vértice evolutivo, elegido por el autor, donde se entrama la noción de Inconciente. Lo sistemático que dibuja la coordenada horizontal de "La Tabla" refiere, a mi entender, al Yo. Podría entenderse así La Tabla como un cruce de coordenadas entre los distintos niveles de pensamiento originados y desarrollados desde un sistema inconciente coordinados con las clasificaciones de las funciones cognitivas propias del Yo.

En La Tabla, lo que organiza la orientación evolutiva, es la noción de preconcepción. Esto no es menor. Implica aceptar que nunca abordamos la objetividad de los objetos. Que siempre el objeto logrado perceptual o conceptualmente está referido a algo que lo prevee, que lo prejuicia.

Entenderemos por preconcepción aquella condición mental por la cual nos aproximamos a un objeto nuevo, sin experiencia previa, desconociendo lo que es, pero sí sabiendo lo que no es. Es pre-experiencial y está presente como predeterminación de lo que se busca por el deseo o la necesidad. Cuando la preconcepción se encuentra con el objeto adecuado se da lo que llamamos concepción, cuya fórmula podría estipularse como una preconcepción más un objeto presente. El concepto, en cambio, se define como preconcepción más objeto ausente. Uno de los centros del pensar, según Bion, aparece en este campo definido por la preconcepción, la concepción y el concepto.

Si se considera el modo como Bion construye la fórmula del Objeto Psicoanalítico puede deducirse que las preconcepciones se componen de elementos. No hay nada que él diga explícitamente sobre esto, sobre elementos de la preconcepción, aunque alude a ello, cuando emite esta fórmula, refiriéndose a "un elemento no saturado de la preconcepción". Vale decir, como es obvio, si hay un elemento hay otro u otros. Me pregunto si los elementos que configuran la preconcepción no son obtenidos del pensamiento onírico o inconciente que como categoría en la escala evolutiva de La Tabla precede a las preconcepciones. Lo que podría implicar que para que se de un pensar es necesario que siempre haya un elemento no saturado que daría cuenta de la presencia estable de lo inconciente en las preconcepciones con que

abordamos el pensamiento sobre nuestro mundo.

Si esto es así, las preconcepciones representarían los pensamientos inconcientes con que me aproximo a la realización de un acto, un pensamiento o un deseo. Para que esos pensamientos inconcientes se desarrollen hacia un pensamiento preconciente será necesario que uno de los elementos de las preconcepciones sea, como ya lo formulamos, no saturado. La palabra saturado implica estar saciado por completo, en tanto saturar se comprende como llenar, impregnar, colmar, satisfacer, hartar. Lo saturado sería, quizás, lo más cercano al orden del pensamiento racional.

Huellas mnémicas y articulaciones significantes.

Me detendré un tanto en este tema. Postulaba que las preconcepciones podrían entenderse como pensamientos inconcientes. Entiendo que tales pensamientos se originan en huellas mnémicas, sin duda inconcientes, que quedan como resto de las experiencias vividas por el sujeto desde un comienzo. Por lo cual podría conjeturarse que es la historia del individuo la que deja huella, implicando esto que se da algo invariable en algunos elementos de lo inconciente, en tanto sus huellas reflejan un pasado radical inmodificable.

Sin embargo la condición inconciente de la huella se constituye como un registro simbólico, en la medida que en lo inconciente, el afecto marca significacionalmente la pura huella. Y esa marca significacional no puede darse en articulaciones de *significado*. Tiene que darse como articulaciones *significantes*. Los significados son significaciones cerradas que determinan desde una autoridad lingüística, cognitiva, moral o jurídica, como deben entenderse las cosas. Pertenecen por esto al registro imaginario. La condición *significante* es inconciente, no depende de autoridad alguna, excepto, si se acepta la noción de superyó, de la autoridad inconciente de un superyó, cuyos códigos debieran entenderse como articulados más por un proceso primario que secundario.

Debo aclarar que el concepto de Superyó siempre me ha merecido dudas. Su condición inconciente me resulta revisable. Más bien me parece que, en último análisis, lo incluido en lo superyoico se corresponde con el resultado de algunos enlaces propios del registro imaginario, precisamente porque el imaginario se articula por significados, vale decir por la "correcta" interpretación de las cosas. Lo correcto siempre debe mirar de reojo a una rectitud figurativamente trascendente. Pero esto del superyó es otro tema. Volvamos a la condición *significante* inconciente.

Decía que la condición *significante* no depende de autoridad alguna, no hay un deber ser correcto de lo *significante*. Lo *significante* alude a efectos de

significación que se dan por obra de algo que llega al sujeto desde fuera, como experiencia registrada en el sistema inconciente, reino de la representación cosa, no de la representación palabra.

Esto conllevaría que las preconcepciones equivaldrían de alguna manera a lo que Bion denomina penumbra de asociaciones, que es uno de los puntos que me interesa considerar aquí en relación a diferencias y desigualdades.

Mencioné el elemento no saturado. Cuando Bion habla de preconcepción está ligando, según Darío Sor (1987), dos elementos: uno saturado y otro no saturado. Implica esto que en toda aproximación a algo, en toda preconcepción a priori, subyace una expectativa que no tiene antecedentes experienciales en la mente virtual. Pienso, en continuidad con lo afirmado previamente, que esta falta de antecedentes experienciales en la preconcepción podría ser equivalente a la determinación del Sujeto de lo Inconciente desde un Otro Simbólico, el Lenguaje. Es allí en el lenguaje donde estaría "pre-visto" lo que la experiencia fáctica configurará como representación del mundo en que se va siendo.

Cuando se da la concepción, en la facticidad de la existencia, hay un reconocimiento vago y, a la vez certero, de aquello que se preconcebía. Si no se ajusta a lo esperado se repudia, se siente como lo que no es. Esto conlleva que la preconcepción se conforme, en parte, por un elemento saturado, sistemático, lingüístico, inconciente y un elemento no saturado experiencial, no lingüístico, también inconciente. Se preconcebe algo específico que está ya formulado en ese Gran Otro y no otra cosa.

Afirmar esto supone que el Gran Otro del Lenguaje brota desde la estructura cerebral y simbólica que evoluciona constituyéndose como condición humana. Lo único que se sabe desde la preconcepción es lo que no es. El vacío que hay al interior de toda expectativa no resuelta, se configura como apoyado en un elemento no saturado. Ese "no ser", ese "no saber" qué es. Esa diferencia que se da en los engranajes silenciosos de las representaciones cosa que justifican que el Lenguaje sea entendido como un Gran Otro. Un Inconciente.

Hipótesis y articulaciones significacionales.

Toda realización de una hipótesis se gesta entre lo invariable y lo variable. Y nuestros pensamientos son hipótesis realizadas. Hipótesis sustentadas en el lenguaje que se articula por obra de la diferencia. Por otra parte, esta articulación lingüística cuando opera como articulación significativa constituye el Registro Simbólico. Cuando se articula en significados se da como Registro Imaginario. Las diferencias, bases del discurso, se dan así como significantes o como significados.

Las diferencias por significativo se despliegan por que el Sujeto de lo Inconciente se *desplaza*, fijado por el lenguaje, por obra de un elemento no saturado que va apareciendo en el encuentro metonímico con diversos significantes signados por el número dos: los S2. Estos S2 lacananos podrían asimilarse a los elementos no saturados de Bion.

La articulación por significados del discurso preconciente imaginario hacen pensar en una fijeza rígida. Sin embargo el imaginario tiene recursos que le permiten transformarse. Nuevamente la noción de elemento no saturado de la preconcepción, permite explicar algo de esto. A nivel de significados el elemento no saturado de la preconcepción es asumido por el sujeto parlante en una actitud racional que contempla la relatividad de los juicios. Se deja un elemento no saturado como respeto conciente a las circunstancias en las cuales se emiten los juicios y en los campos semánticos que se emplean en esos juicios. Las circunstancias que dan relatividad a las afirmaciones imaginarias preconcientes no son significantes dos. Son, si se quiere, significados dos.

Lo que es inevitable es que la preconcepción se da en el lugar del sujeto, no del Yo. El Imaginario que se moviliza por sus significados, lo hace desde una posición inconciente que marca las posibilidades de operación del imaginario, posición que, al emerger al campo de los significados, puede favorecer o no favorecer el que el imaginario contemple o no elementos no saturados

Es por lo recién expuesto que entiendo que en la escala evolutiva de esa tabla de Bion reside lo inconciente sugerido por la idea de preconcepción.

La preconcepción antecede a toda etapa evolutiva desde su inicio como pensamiento onírico, hasta su culminación como pensamiento algebraico, en el tope de las capacidades de abstracción. Las etapas son así realizaciones secuenciadas de una maduración evolutiva que oculta en el núcleo de cada paso logrado una preconcepción que incluye en todo pensamiento su raíz inconciente metonímica.

Se podría decir, entonces, que en toda emisión lingüística se oculta una penumbra de asociaciones preconcepcionales que hacen de cada signo lingüístico la punta de un iceberg que en su trasfondo no se continúa con la solidez del hielo, sino al modo de un tejido que se transforma constantemente de acuerdo a las cadenas significantes que lo van configurando y desconfigurando. Algo que podría sugerir la trama movable de los procesos inconcientes.

En lo relativo, entonces, a la penumbra de asociaciones, nada en el preconciente está nitidamente diferenciado, sino bajo los reductos ideativos que, por obra de estipulaciones conceptuales, distinguen una cosa de otra.

Se oscurecen así, hasta la penumbra total, las asociaciones que hacen de cada idea una impronta particular que incomunica todos los esfuerzos comunicacionales del lenguaje.

Desde Freud, en el tradicional capítulo séptimo, las huellas mnémicas se imantan por asociación. El llega a enunciar la asociación por contigüidad. Lo que se da "al lado de...", lo que está contigüo. Esto supone que la huella mnémica, el testimonio de nuestras primeras experiencias representacionalmente atómicas, marcan una superficie sensible, como un punto que inmediatamente se gestaliza, se inscribe en el centro de circunstancias microscópicas, que le dan un sentido altamente singular, constituyendo, desde ahí, crecientemente, cada historia individual.

Diferencia, desigualdad y penumbra de asociaciones.

¿Cuál sería la penumbra de asociaciones relativa a las palabras diferencia y desigualdad? Sin duda aquella que corresponde al que será emisor de la idea. Vale decir cada uno de los interlocutores que forman parte de un coloquio.

Por lo cual, no puedo decir sino aquello que es propio de mis asociaciones en la penumbra de mi condición de Sujeto de lo Inconciente. Por esto decía que este escrito sólo puede tomar una condición academiforme, en su manera de relacionar las ideas, buscando una cierta consistencia lógica, pero fracasando sistemáticamente en la posibilidad de estipular como son las cosas. En este caso, las ideas. En realidad la forma de este escrito, por lo ya dicho, sólo puede ser espejo de una reflexión sobre el modo como se va dando mi pensamiento, ajustando éste al intento de formalizarlo de manera contingentemente comunicable.

Me parece que, tomando en cuenta estas ideas, diferencia y desigualdad, se incluyen de modo diverso en los registros. Pienso que la idea de desigualdad requiere exclusivamente de un registro imaginario, mientras la diferencia se diversifica en lo propio de lo simbólico tanto como en lo imaginario. En el orden simbólico la diferencia instala la posibilidad del discurso. En el orden imaginario se sostiene como operación de distinción sometida a fines.

La desigualdad, en cambio, no puede darse en el sistema inconciente. Vale la pena decirlo, porque es fácil que ciertas perspectivas psicoanalíticas le atribuyan al ámbito de lo inconciente formas y modos de ser que sólo pueden darse en el imaginario del preconciente. Fenichel, por ejemplo, habla de intencionalidades inconcientes. No imagino que pueda haber nada en lo inconciente que se formule respecto de metas, vale decir de intencionalidades. El mundo interno que describen los kleinianos refleja ocasionalmente, con una frecuencia indeseada, un funcionamiento que se entiende como

inconciente profundo, cuando, si se lo examina, pertenece más consistentemente a organizaciones propias del Yo, en sus aspectos inconcientes. El Yo funciona también inconcientemente, pero sus contenidos se articulan según lo propio de las representaciones palabra. No como en el sistema inconciente donde el Sujeto de lo Inconciente está articulado por representaciones cosa. En mi criterio esta área inconciente del Yo, en una zona muy fronteriza con el Ello, despliega sus contenidos por representaciones-palabra, pero los liga según el estilo propio de las representaciones cosa. Son significados articulados como significantes. Es más consistente para mi pensar que las relaciones objetales inconscientes descritas por Melanie Klein pertenecen a esa zona del Yo y no al Ello, dado que en el Ello, es conceptualmente impensable la posibilidad de establecer relaciones. El Ello es un mundo de representaciones cosas, no de representaciones de objeto.

La desigualdad, obviamente, procede de la noción de igualdad. Y la igualdad, ya sea en forma, ya sea en contenido, se perfila en lo propio de las categorías de un mundo preconciente. En lo inconciente todo es en afirmativo, no existe la negación. La igualdad requiere de la negación para producirse como igual. Y la desigualdad es sostenida en el predio de la negación. Es por esto que afirmo que la desigualdad es propia de lo preconciente.

Clínica psicoterapéutica. El psicoanálisis como práctica.

Las consecuencias clínicas de esto se orientan a la relación entre paciente y terapeuta.

Al ser la desigualdad una condición que se ajusta a lo preconciente, es apta para impregnarse de aquello que proviniendo de lo inconciente marca al preconciente con lo que se ha llamado penumbra de asociaciones. Penumbra de asociaciones que dará una intención distinta, según el Sujeto y no el Yo, a aquello que se pretende afirmar en términos de significados.

Si observamos la historia del psicoanálisis, podremos detectar la facilidad con que el psicoanalista se ubica en una imagen de si mismo que conlleva sesgos de superioridad. La técnica del silencio psicoanalítico por ejemplo, que a mí no me convence, pero que debo reconocer como una posibilidad ocasionalmente válida, puede alojar bajo el pretexto técnico, una actitud de distancia emocional con el paciente que sirve más al narcisismo del analista que a los objetivos psicoterapéuticos.

Negar la intencionalidad psicoterapéutica del psicoanálisis lo transforma en una especie de disciplina casi monacal de iniciados, donde los otros no captan las enigmáticas y sutiles características del sujeto de lo inconciente.

Desconocer los aportes a la técnica que pueden obtenerse de otras discipli-

nas psicológicas, arrastra en la penumbra de las asociaciones la inmensa satisfacción de ser desigual en un estrato de superioridad, que confieso que a mí, por lo menos, me aburre.

No cabe duda que hay diferencia en toda relación humana. Diferencia que, en el ejercicio del psicoanálisis, sin duda determina una asimetría entre psicoanalista y psicoanalizado. La asimetría implícita en solicitar ayuda y en ofrecerla.

Sin embargo, vale la pena tener en cuenta esta penumbra de asociaciones que he mencionado, para recordar que la tal asimetría es sólo funcional, acotada a la circunstancia de una demanda de ayuda psicoterapéutica, que no priva al paciente y al psicoanalista de estar estructurados ambos, por igual, en torno a una *falta fundante*. Y la penumbra de asociaciones en el psicoanalista, por obra de su condición de Sujeto de Lo Inconciente, puede inclinarlo inadvertidamente a ver en la natural asimetría de la práctica terapéutica una desigualdad con el paciente que lo lleve a afirmar sobre él, juicios terminantes más que aproximaciones hipotéticas. Que la *falta fundante* no lo comprometa.

Se trata, entonces, de no olvidar que, como seres humanos, somos iguales, en tanto sujetos del discurso, sujetos de la emoción, sujetos de la experiencia, del mismo modo como somos iguales en los intentos modelísticos o formales que hacemos los profesionales para abordar una materia humana siempre caracterizada por el enigma. O por el misterio. Pero incluir esta palabra "misterio" reduce el nivel académico de esta presentación. Suena a sentimiento. Y un verdadero psicoanalista, escucho por ahí, no debe considerar los sentimientos, excepto como angustia. Quedemos, entonces, con la palabra enigma que nos puede aportar el sentimiento de ser algo así como científicos, vale decir no tan desiguales con las posiciones psicológicas verdaderamente académicas.

Referencias

Bion, W. 1966. *Aprendiendo de la experiencia*, Paidós, Buenos Aires.

Sor, Darío, Senet de Gazzano, M. Rosa 1987. "Cambio Catastrófico. Psicoanálisis del darse cuenta", Editorial Kargieman Buenos Aires.

Desórdenes del apetito: ¿Una forma de histeria post-moderna?

Carmen Gloria Fenieux / Alex Oksenberg

Resumen:

Se analizan las semejanzas entre la histeria de principios del siglo XX y algunos trastornos de la alimentación actuales, considerándolos legítimos herederos de la anterior. Se postula que ambas patologías son depositarias de factores culturales asociados a los predicamentos super yóicos de la época. A través de un caso clínico de una paciente con trastorno del apetito (bulimia por atracones, DSM IV) se profundiza en estas coincidencias intrapsíquicas así como culturales, otorgándole privilegio al análisis de los necesarios cambios en la técnica psicoanalítica que los actuales cuadros invitan a realizar.

Palabras clave:

Trastornos del apetito - histeria - cambios en la técnica psicoanalítica- postmodernidad y sexualidad.

Sabemos que a fines del siglo XIX la sociedad evidenciaba el repudio frente a lo sexual. El estereotipo femenino imperante definía a las mujeres "virtuosas" como absolutamente carentes de deseo sexual. En este contexto, la llamada histérica, iluminada por el destello del nacimiento del psicoanálisis, se revelaba como "representación" de aquella cultura. De esta manera, la sintomatología histérica expresaba, bajo la forma de una pantomima de la "ceguera", "parálisis" y "movimientos coitales en el ataque de Gran Histeria", la represión reinante en la época, evidenciando así la pre-disposición del establishment frente a la sexualidad.

Haciendo un paralelo con nuestros tiempos, en la actualidad somos testigos de la disminución progresiva hasta la cuasi extinción de esta forma de histeria. Esta extinción es probable que se relacione con cierta liberación de la represión social en materias sexuales. Sin embargo, en contraparte observamos un alarmante aumento de la frecuencia de otras entidades clínicas entre las cuales se destacan los "Desórdenes de la Alimentación".

Nuestra hipótesis de trabajo es que los trastornos alimentarios, o por lo menos un grupo de ellos, son legítimos herederos de la histeria que despertó el interés del genio de Freud. Con ello apuntamos a algunas condiciones esenciales de ambas entidades clínicas que a la vez nos estimulan a plantearnos nuevos desafíos en el tratamiento de nuestros pacientes actuales.

Estos puntos de encuentro son los siguientes:

a) El elemento regresivo: En ambas patologías aparece la defensa regresiva hacia el narcisismo. Ello implica la fijación libidinal tanto a la fase oral del desarrollo así como a los objetos predominantes en ese momento del desarrollo, muy especialmente la madre o su representación parcial, el pecho.

b) La erotización del síntoma, que contrasta con la falta de despliegue del deseo tanto en el imaginario erótico, como en la experiencia concreta. En ambas entidades nosológicas, no existe la función de pre-concepción del encuentro sexual en "intimidad con un otro". En los trastornos alimenticios aludidos se sustituye el deseo y el vínculo, por comer. La histeria por su parte, en su no representatividad del deseo, también lo convierte en síntoma erotizado y no simbolizable.

c) La escenificación o "puesta en escena" de ambos cuadros, hace eco de los excesos y déficits de la cultura desde la que surgen. La histérica actuaba la represión y negación de la sexualidad propia de aquella época, así como los trastornos de alimentación representan la voracidad consumista como sustento del "éxito". Aquí el mandato es tenerlo todo y controlarlo todo, lograr la perfección, o nada. Así la cultura se permea a través de los mandatos del ideal del Yo. Una mente atrapada por estos mandatos, dificulta el surgimiento del verdadero self (Winnicott, 1986).

d) Ambos trastornos evidencian en la sexualidad la dificultad de integración psique soma observándose la escisión correspondiente. De esta manera, no hay espacio para la sexualidad genital. El deseo, en ambas patologías, está "cosificado", es decir está puesto afuera del self.

e) No existe espacio para la creación. Ambas son manifestaciones estereotipadas, que controlan el descontrol como una manera de evitar lo real-vital implacablemente cambiante e incontrolable. Hay una cosificación de la vida.

Presentación de un caso de trastorno de alimentación por atracón

Sofía llega a la consulta como una "niña pequeña" de 24 años, alta, maciza y con un importante sobrepeso. Se siente enrabada, desesperada, sin entender porqué.

Jamás ha pololeado ni aún besado a alguien. De esta manera la sexualidad ha estado negada, parece no haber cobrado vida en su cuerpo grande de niña chica. Me comenta que tiene amigas muy bonitas con las que sale y que los hombres las abordan. Ella permanece al lado como si no existiera para ellos. Plantea que no le duele ni le importa, siente que a través de sus amigas vive aquello que no podrá vivir por sí misma. También vive su vida

a través de la vida de Paris Hilton. Pasa horas viendo en la TV o en internet los detalles de la vida de la socialité norteamericana. Sustituye su vida por la de otros mientras traga comida. Es “más fácil” vivir de la perfección de una vida falsa que vivir la imperfección de una vida verdadera.

Duerme en la pieza que está inmediatamente al lado de la de sus padres y parece estar atrapada entremedio de ellos. Es la “niña de los ojos de papá” y quien sostiene a su madre, la cual sufre un trastorno de personalidad.

El contacto con hombres es doloroso. No logra hablarles, ni mirarlos. Se siente un ente asexual, una cosa que no tiene lugar. Entendemos que no existe la posibilidad de que alguien se fije en ella, pues no existe como mujer.

Ocurre algo que marca un hito en el proceso. Hacia los ocho meses de tratamiento, los padres de Sofía solicitan una hora. En aquella sesión se muestran impacientes, enrabiaados conmigo y desesperados por su hija. Se genera una situación difícil de exigencia como si esperaran que yo resolviera mágicamente toda la historia de vida de su hija. Me indican qué tengo que hacer, cómo lo tengo que hacer, qué debo decir. Me siento exhausta, confundida, exigida y con el impulso de dejar el tratamiento hasta ahí. Siento que en esa exigencia de rendimiento mi deseo de trabajar con ella se desvanece. Creemos que a modo de enactment, se reedita en mí la vivencia de incapacidad de Sofía. Los padres deciden que van a buscar al “mejor psicólogo de Chile”. Sin embargo, Sofía plantea con determinación que ella confía en mí. Es la primera vez que Sofía se diferencia claramente de sus padres. Parece ser la primera vez que se arriesga o se pone en juego “con algo o alguien imperfecto en su vida”. Ella entonces me elige como su objeto subjetivo (Winnicott, 1971, 1988).

Desde ese momento Sofía empieza a acercarse a vivir una vida más real. Comienza a arreglarse amorosamente. Esta libidinización de sí misma la convierte por momentos, mágicamente, en otra: una mujer bonita. Comienza a tener experiencias de acercamiento a algunos hombres... se siente más viva y se impresiona profundamente de lo muerta que estaba. Se inicia así un proceso donde arremete la vida, a veces como una llama potente, otras tan sólo como una chispa que amenaza con extinguirse.

Análisis del caso de Sofía a través de los aspectos antes planteados

- Elemento regresivo como defensa que evidencia la vuelta al narcisismo

Este aspecto en Sofía, implicaba encerrarse en un narcisismo mortífero que impregna de desvitalización toda su vida. Ella no se arriesgaba a de-sear, no se arriesgaba a estar viva. Se convirtió en un ente asexual para

permanecer en su refugio psíquico (Steiner, 1997) que le permitía quedar protegida de sí misma, de los otros y por ende de la realidad. El deseo como expresión de lo vital, el deseo recorriendo su ser, atentaba contra su seguridad, su tranquilidad. Sustituir comida por sexualidad, por existencia, le permitía un devenir sin amenaza, quieto, sin cambios, que se parecía demasiado a aquello que se ha descrito como pulsión de muerte. Su vida atrapada por la muerte, la muerte convertida en vida.

No tenía espacio para ser creadora de su propia vida, tenía demasiado miedo, y demasiada satisfacción oral. Vivir implicaba empezar a abordar la concretud de la realidad y sus limitaciones, lo que inevitablemente la llevaría al quiebre del narcisismo.

-Erotización narcisista

El comer estaba erotizado, existía placer sexual asociado. Podemos entender así que en esta desvitalización había una idealización de lo material y un desprecio por lo vital. Lo vital es impredecible, mutante, incontrolable, desconocido y por ende puede ser terrorífico. Lo material es accesible, cercano, conocido y ofrece un consuelo que satisface al instante. En la vida de Sofía no existía nada real, no había encuentros sexuales, ni amigas verdaderas. La perfección de lo material era amada y la imperfección de lo vital era repudiada ya que le ofrecía una amenaza implacable.

- Integración psique-soma

Esto también implicaba la falta de Integración psique-soma (Winnicott, 1998). Vivir su cuerpo, sentir su cuerpo, arriesgarse en la sexualidad era imposible para ella, implicaba el trabajoso camino de unir mente y soma y enfrentar con ello angustias insondables.

- No existe espacio para el deseo

En Sofía había poca o ninguna capacidad para pensar, entender, contener, imaginar y desear. En la posibilidad de desear surge la posibilidad de la creación. No ha podido crear, sólo ha comido helados, chocolates, engullido T.V. No ha habido espacio para crear, para crear aquello que estaba afuera y que fue encontrado, recurriendo a la paradoja de Winnicott.

Crear tal vez entonces tiene relación con encontrar. Los padres le han dado todo, no hay espacio para la búsqueda, por lo tanto no hay espacio para el deseo.

El deseo surge del caos, también del relajamiento luego de la tensión. Implica la expresión del YO SOY, estoy vivo, yo deseo (Winnicott, 1965). Creemos que Sofía oscurecida por las angustias de su madre, intentó ordenar el caos de la madre sin poder detenerse en ella misma. En esta integración defensiva frente a la falla materna (Winnicott, 1971), perdió la

oportunidad de la NO integración desde donde surge el sentimiento de **ser** persona (Winnicott, 1965, 1988).

Implicancias terapéuticas

Nada de lo descrito anteriormente tendría la misma importancia si no fuera porque a criterio de los autores, este cuadro clínico y otros suponen un desafío en el abordaje terapéutico que los separa, aunque no totalmente, de la técnica clásica descrita por Freud y sus seguidores inmediatos.

Nuestra hipótesis es que al igual que las adicciones, trastornos narcisistas y en general todas aquellas patologías que se nos presentan "in crescendo" y que tienen en común un deterioro en las funciones de simbolización y creación del mundo interno, ponen en jaque a la técnica clásica que ocupa como su principal herramienta la interpretación verbal de la transferencia. Ello, principalmente porque la "palabra" en estas patologías no tiene la potencia y vitalidad en cuanto "significado" que logre resonar en el acontecer del mundo interno. Ello debido al empobrecimiento de un interior que parece estar vaciado hacia el exterior.

De allí que es nuestra impresión que el auge de movimientos como el relacional/intersubjetivo v/s los movimientos más clásicos, no están en oposición excluyente como muchas veces se plantea, sino que son un complemento necesario para poder abordar a estos nuevos pacientes post-modernos. Para volver a nuestra paciente, pensamos que fueron las siguientes maniobras técnicas las que principalmente aportaron al trabajo en distintos momentos.

a) Interpretación verbal de la transferencia en el sentido clásico. Este tipo de intervención ha estado presente en el transcurso de todo el trabajo con Sofía. Algunos ejemplos de éstas son los siguientes:

"Prefieres estar en tu refugio, en tu pieza para evitar encontrarte con el dolor de la realidad. Venir a sesión es tan doloroso, tan incómodo... quisieras evitarlo y lo evitas. Estás acá pero sigues en tu refugio".

b) Interacciones en el campo de la transferencia/contratransferencia incluyendo operaciones de Identificación proyectiva. En la contratransferencia me entusiasma su caso, me interesa, pienso que es un "diamante en bruto", "que si adelgazara, que si hiciera esto o esto otro...", etc. Entonces entiendo que estoy ocupando el lugar de la madre que se obsesiona por controlarla. También me doy cuenta que en ocasiones me alegro más que ella por sus logros. Ella entonces parece proyectar su deseo en los otros, los otros desean por ella. Y ella vive una vida dormida atravesada por fantasías de ser quien no es.

De esta manera, en sesión fácilmente puedo sentir que le robo su deseo

en mi deseo acerca de ella. Me doy cuenta que debo abstenerme, estar consciente de donde termino yo, darle mucho espacio.... Tal vez por eso es tan grande.

c) Enactment como devenir inevitable del proceso. En la sesión que tengo con los padres experimento a modo de enactment lo que probablemente Sofía siente en relación a su vida. Siento a sus padres excesivamente exigentes y devaluadores de mi potencialidad, me contacto con sentimientos de castración e incapacidad, ser la “mejor psicóloga de Chile” me deja fuera de carrera. Entonces surge con intensidad la desmotivación frente al tratamiento y los deseos de no intentarlo (no vivir). A través del rescate que Sofía hace de mí, (“yo confío en ella”) yo logro ir al rescate de mi experiencia y planteo la exigencia de trabajar tres veces por semana.

d) El comentario espontáneo como fuente eventual de “potencia terapéutica”: Considerando la falta de vínculos genuinos en la vida de Sofía, opté en distintos momentos por intervenciones espontáneas que podrían ser catalogadas desde la perspectiva más clásica como errores técnicos, en tanto evidencian la falta de abstinencia. Poder transmitirle el cambio que yo veía en ella y decirle, por ejemplo, “qué bonita estás”, o a propósito de su terror a equivocarse o a que las cosas no resultaran “perfectas”, poder contarle una experiencia personal que evidenciaba lo ridículo o vulnerable en mí. Al final de esa sesión intercambiamos una mirada cómplice, ella me miró, se rió nerviosa. Fue un momento cargado de significados, cercano, donde se derrumbaban por un instante las ideas de control y perfección a las que estaba aferrada y aparecía algo vital impredecible y divertido.

e) Intervenciones del tipo materno destinadas a la fundación del ser femenino. Creemos que dentro de estas intervenciones se encuentran aquellas cuya función tiene relación con ligar el self con lo vital y que implican necesariamente la vitalidad del terapeuta en su propio estilo. Son intervenciones que involucran la introyección de la función maternal e implican la experiencia emocional correctora atingente a lo femenino. Recordemos que Sofía se sentía y vivía como “un ente asexual”. ¿Cómo se es mujer? ¿Cuándo una mujer se siente más mujer? Fueron preguntas que se colaban todo el tiempo en el clima de la sesión. Aparecían entonces aseveraciones tales como “soy muy peluda”, “es que tengo el pelo muy feo”, “no tengo pechugas”, “me cargan mis piernas”... todas confesiones que en su sentimiento de monstruosidad no había podido compartir. Muchas de mis intervenciones apuntaban a señalarle espontáneamente el criterio de realidad que la sacaba de su condición de monstruo y que la ubicaba en el lugar de una mujer más, que tiene que lidiar con aspectos concretos así como con las sensaciones de fealdad e inadecuación tan características de lo femenino. El trabajo con la contratransferencia fue fundamental en este sentido para poner al servicio de ella mi experiencia como mujer para

que ella la pudiera tomar. Esto ha permitido ir al rescate de su mundo afectivo indiferenciado para lograr su diferenciación. Así por ejemplo, la primera vez que un joven la invitó a salir, su primera reacción fue decirle que no. Pensaba que no quería hacerlo. Descubrimos que hay una incomodidad que es sustancial ante a lo vital, a lo incierto de un encuentro, que en ella cobra el sentido de no desear. Al poder descifrar esa falta de deseo como incomodidad o inseguridad ella logró entender que a pesar del miedo, deseaba ir a ese encuentro. Todo esto implicaba salir de un mundo mortífero cruzado por la indiferencia y la apatía que al lograr vitalizarse mostraba cierta conversión que impactaba. Sofía parecía transitar entre lo monstruoso informe y lo bello.

Comentarios finales

A pesar de los procesos sociales en torno a temas sexuales, en el siglo XXI, el encuentro íntimo sexual sigue siendo en muchos casos el motivo que promueve la defensa psíquica.

En el tipo de trastornos de alimentación presentado, se sustituye la sexualidad por comida. Esta se convierte en el bolo indiferenciado, controlable e idealizado que desplaza y desvitaliza lo sexual. Así la paciente se aleja de lo sexual, a través de la negación del mundo interno, centrando su anhelo en la idealización voraz del mundo externo. Se genera entonces desesperación en torno a la omnipotencia. Lo interno no existe, la intimidad es amenazante.

Así en ambas patologías, la histeria y la bulimia, la intimidad en lo vital es lo amenazante. Pareciera ser que la amenaza es lo vivo. Es lo inevitablemente vivo, que tiene movimiento y destino propio y que por definición es incontrolable.

Tal vez por ello que las intervenciones que tienen relación con la vitalidad y el estilo del analista y que dan cuenta de la naturaleza vital del vínculo son terapéuticas. Ello porque en estas circunstancias el analista y paciente tienen la posibilidad de ir al encuentro de los aspectos vitales de ambos. Se crea o surge así la magia misma de la intimidad en una relación que se siente digna de confianza (Winnicott, 1975, pág. 72).

De esta manera, creemos que las intervenciones que dan cuenta de aquello genuino y vivo en el analista en contacto directo y cercano con las melodías y acordes del paciente (Correa 2011, Fenieux 2011) hacen posible experimentar lo vital en el paciente que permite el surgimiento del verdadero self (Winnicott, 1986). Cabe destacar que lo vivo implica necesariamente el contacto con lo mortífero en una relación dialéctica.

Así, creemos que ha sido de capital importancia para la creación del mundo interno de esta paciente el ejercer una función por parte del terapeuta de soñar despierto a la paciente y que Bion ha llamado función Alfa (Bion 1962). Ello implica una protoexperiencia en la contratransferencia que se realiza a modo de intuición en al aquí y ahora del vínculo.

Así, es en este trabajo artesanal donde empieza a surgir aquello propio y desconocido de la paciente que es posible sólo a propósito del establecimiento de un vínculo estable, de sostén del ser del otro (Winnicott, 1971).

Ello implica sostener aquello que está ocurriendo, aquello vivo que no tiene forma para la percepción de los sentidos y que es el lugar donde Sofía siente que se rompe. Este acercamiento que la amenazaba la incertidumbre e imperfección y que la hacía escapar a su refugio, en el vínculo terapéutico poco a poco se fue visualizando como una intimidad que fue permitiendo una alteridad viva y protegida. Entonces a propósito de la INTIMIDAD surge la experiencia y por ende la interioridad.

Referencias

Correa, A. (2011). "El diálogo Psicoanalítico: Un diálogo mutuamente asociativo". En *Rev. Chilena de Psicoanálisis*, Vol, 28 N° 1, 53- 65.

Bion W. (1962/2000). *Elementos del Psicoanálisis*. (3° Ed.). Buenos Aires: Editorial Lumen- Home.

Fenieux, CG. (2011). "Sexualidad, intimidad y espacio potencial." Trabajo presentado en el XVI International Forum of Psychoanalysis, Octubre 2010, Grecia y en el XIX Encuentro Latinoamericano sobre Pensamiento de Winnicott, Santiago, Noviembre 2010. Publicado en *Rev. Chilena de Psicoanálisis*, Vol. 28 N°2, 56-63.

DSM IV (1995). *DSM-IV BREVIARIO Criterios diagnósticos*. Barcelona: Ed. MASSON, S.A.

Steiner, J. (1997). *Refugios Psíquicos*. Madrid: Editorial Nueva España.

Ogden, T. (1994). *Objects of Analysis*. Northvale NJ, Jason Aronson.

Winnicott, D (1965/1993). La integración del Yo en el desarrollo del niño. En *Los procesos de Maduración y El Ambiente Facilitador*. Buenos Aires: Paidós

Winnicott, D (1975/ 1992). El papel de espejo de la madre y de la familia en el desarrollo del niño. En *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa,

Winnicott, D. (1986/1996). El concepto de Falso Self. En *El hogar, nuestro punto de partida* ". Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. (1988/1993). Integración. En "*Naturaleza Humana*". (3° Reimpresión). Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. (1988/2005). Ambiente. En *Naturaleza Humana*. (3° Reimpresión). Buenos Aires: Paidós.

El Cuerpo y el Síntoma no mienten.

Liliana Messina Schwartz*

Resumen

Este trabajo busca mostrar la verdad contenida en el síntoma y la importancia de perseguir su esclarecimiento. Muestra el lugar de un síntoma, que apareciendo casi secundario, dado el protagonismo de las inhibiciones, anuda todos los elementos de la configuración del caso. A través del relato, se revela además, el trabajo psicoanalítico en su práctica y en su sencillez.

Palabras Clave

Síntoma - verdad - inhibición - angustia - sexualidad - corporalidad.

No es raro advertir en la corporalidad de nuestros pacientes algunas señas o indicaciones de hacia dónde va el proceso. No es raro poner atención a su forma de vestirse, de arreglarse, o de sentarse y percatarse de los cambios que van ocurriendo a través del proceso terapéutico; especialmente cuando éste dura algunos años.

Este relato refiere a una paciente que, aunque no presenta problemáticas psicósomáticas, me indujo a poner la mirada en un aspecto específico de su relación con el cuerpo. Se trata de una mujer de 33 años que llegó a consultar por depresión, medicada por un psiquiatra y con recomendación de hacer psicoterapia. La llamaré Antonia. Había estudiado y egresado de la universidad sin llegar a titularse; empezó a trabajar como administrativa en una institución estatal, llevando 10 años en esta situación, sin poder hacerse dueña de la profesión que había estudiado. Siente su vida detenida: no ha podido avanzar en su trabajo ni en su vida personal, vive con sus padres aún y un hermano menor y continúa sin titularse.

Inhibición

Lo notable de este caso, es el lugar desde donde surge la hipótesis de trabajo que me aportó una suerte de certeza que se ha ido verificando con el proceso terapéutico. La explico: cuando llegó se mostraba tímida, retraída, casi asustada, hablaba en voz baja, como en secreto, se sentaba en el borde del sofá y se refería a sí misma como alguien de poco valor y escasas capacidades, que pone su esfuerzo en pasar inadvertida; no tiene grupos de pertenencia, ni espacios, ni intereses propios.

Cuando hablaba de su sexualidad, todo cambiaba. Su expresión se iluminaba, sonreía ampliamente y parecía otra persona: chispeante, desinhibida, lúdica, reconociendo sin pudor, su placer en mostrarse desnuda. Desde el comienzo entendí que aquí había

una clave importante. El contraste entre su forma de enfrentar el ámbito laboral e intelectual y la expresión de su sexualidad era notorio. La autoafirmación y fuerza expresadas en relación a la sexualidad, (donde el cuerpo es el actor protagónico), estaba inhibida en todos los otros ámbitos de su vida. En sus recuerdos infantiles se encontraban varias escenas de juegos sexuales con otros niños. En sus relaciones actuales, ella toma la iniciativa, se muestra interesada y creativa, juega usando todos los recursos disponibles para aumentar el placer. Dice sentirse “plena” en la escena sexual, único espacio donde se permite ser realmente ella.

Es, exactamente en este punto, donde se sostuvo mi confianza en que ella podía ser radicalmente otra de la que se mostraba ante mí. Este apagarse, en casi todos los aspectos, hacía pensar en una defensa contra un goce, una defensa para bloquear la íntima sensación de potencia personal (me refiero al potencial intelectual, especialmente). De hecho las quejas de sí misma se enfocaban en que no leía, no tenía opinión, no estaba informada de política, no sabía de música, etc, etc. En cambio, su corporalidad sexual delataba una posibilidad opuesta a lo que ella mostraba y veía de sí misma. Nada de sus otros desarrollos integraban este aspecto, que quedaba escindido del resto de la personalidad. Tampoco lograba establecerse en una pareja en que, tanto ella como él, pudieran proyectarse juntos. Al comienzo del análisis no deseaba tener hijos y manifestaba sentir muchos celos, incluso envidia, de las niñas pequeñas porque tendrían un futuro abierto a las oportunidades que ella misma creía haber perdido.

Síntoma

Un síntoma del último tiempo, que pienso anuda un núcleo importante de su conflictiva, es el recuerdo y la consecuente recriminación, que se le imponen obsesivamente, por no haber ayudado a una familia cercana a la suya, a conseguir abogados que investiguen y den curso a un juicio por la muerte, en extrañas circunstancias, de un joven que conducía camiones en una ciudad fronteriza. Había muerto de un tiro luego de una persecución. La conclusión del caso dio por supuesto el suicidio. Antonia realizó algunas gestiones para averiguar el estado de la investigación, sin obtener resultados, luego pensó que se habían vencido los plazos para pedir mayor indagación. Le torturaba la idea que la familia podría haber obtenido alguna indemnización si el joven hubiera sido asesinado. Ella, sin embargo, no habría hecho nada para que se hiciera una investigación completa. El tiempo pasó y luego efectivamente el plazo se venció. El recuerdo de esto, su ineficacia y dilación la torturan de noche, la angustian al punto de padecer insomnio, alimentando ideas autodenigratorias. Debe notarse que fue en el 2006 cuando se le pidió que realizara estas gestiones para la investigación del caso, pero el síntoma de ideas recurrentes que se le imponían apareció recién en el 2010, durante el curso del análisis.

Esta situación en que su falta de propiedad se pone en evidencia, hace las veces de una confirmación ejemplar de su incapacidad, le demuestra que ella está bien donde está: como administrativa en lugar de profesional, sin construir una familia

propia, y que no debe pretender ir más allá. Con esto sus inhibiciones se refuerzan y los sentimientos y ánimo depresivos reaparecen, aunque, esta vez, de manera más fluctuante. A pesar de todo, mantengo la confianza en que existe una potencialidad intelectual y expresiva en ella, tan intensa como esta angustia.

Angustia

En una sesión Antonia afirma que se siente tan mal, tan angustiada al recordar este evento, que es casi como si "yo lo hubiera matado". Me pregunto entonces ¿a quién ha matado? y por primera vez, se me ocurre preguntar por el nombre del joven en cuestión, que hasta entonces nunca había mencionado, que resulta ser un nombre compuesto que contiene el nombre del padre de Antonia. Entonces es a su padre a quien siente que ha matado; sus ataques de angustia se hacen ahora claros, contienen **una verdad**, pues el padre de Antonia le había sido infiel a la madre en múltiples ocasiones. Antonia se entera de ello cuando estaba en la universidad, momento en el cual el padre se va a administrar el campo de una prima de su esposa, en tanto que los hijos de ella vienen a vivir a la casa de Antonia para estudiar en Santiago. El padre no sólo establece una relación amorosa con esta mujer, sino que además su gestión administrativa fracasa. Todo se destapa en el momento que pierde dineros prestados y se ve obligado a pedirle a su hija Antonia, que tome un crédito que le permita salir de los problemas financieros. La madre cae en depresión, trastornándose toda la vida familiar. Hasta hoy Antonia sigue pagando ese crédito que fue creciendo con los años y que además la llevó a entrar en el sistema de compras a crédito. Hoy se le va la mitad del sueldo en pagar las cuotas, siendo ésta una de las razones que le impiden dejar la casa de sus padres y vivir en forma independiente. Ella aún sigue pagando; ha asumido la deuda de su padre y su imposibilidad para pagarla. Relata que de pequeña veía a su padre siempre con un libro bajo el brazo, mucho después se dio cuenta que nunca lo abría, era sólo una impostura. Había estudiado además dos carreras sin terminar ninguna. Él era el que hablaba fuerte en casa y lo sabía todo, sabía qué se debía hacer en cada situación; hacía discursos y daba prédicas en la iglesia a la que asistían. Todo esto se derrumbó, pero muy tardíamente y con mucha resistencia; no fue en la adolescencia, ni cuando todos los hechos dejaron al descubierto su ruina, fue sólo recientemente con la interpretación de su íntimo deseo. O más bien, sólo recientemente pudo hacer consciente lo que sabía muy bien, pero que había tenido que reprimir.

Bien, matar al padre (o desear matarlo), aunque comprensible, es obviamente inaceptable, choca además con su amor y admiración por él. Pero, el nombre de uno se desliza en el del otro haciendo posible el asesinato; la angustia leve, por no haber hecho más esfuerzo en este caso judicial, queda transformada en ataques de angustia que no la dejan dormir. Pues en las noches, cuando pensaba en su situación, con la vida detenida, -como ella misma lo expresa- no podía sino recordar la catástrofe ocurrida en sus años universitarios, y perpetrada por su padre a quien veneraba y adoraba. El muerto es el padre amado, por lo que el asesinato sí se cometió. Pero mientras es desplazado en la figura de este joven, ella puede mantener intacto su

amor. De hecho, era sorprendente la neutralidad con que relataba los eventos que transformaron a su familia. Hablaba de ellos sin conmoción alguna.

Su incapacidad para empujar la investigación del caso judicial, estaba determinada por un deseo opuesto al manifiesto: no investigar y no saber; porque esta investigación la remite al otro ilícito: el de su padre. Cuando se supo de la relación de su padre con esta prima del campo y su fracaso económico, Antonia tomó la actitud de apoyarlo en vez de culparlo, como hizo su madre. Él se mostraba destruido, arrepentido y autopunitivo, por lo que ella no podía mostrar su inmensa desilusión. Recién hacia el quinto año de análisis y tras esta interpretación, pudo empezar a sentir y mostrar la rabia con su padre y la pérdida de confianza en él. Con ello también las crisis de angustia desaparecieron.

Freud nos dice que “el proceso que por obra de la represión ha devenido síntoma afirma ahora su existencia fuera de la organización yoica y con independencia de ella” (Freud, S. 1925, pág. 93) Pero el yo por su parte intenta cancelar la ajenidad y aislamiento del síntoma, aprovechando toda oportunidad para ligarlo de algún modo a sí e incorporarlo a su organización. La paciente, haciéndose culpable del asesinato del joven, liga e integra a su organización yoica el síntoma producido por la represión de su odio. Así es ella la responsable de todo: del asesinato, de la culpa y el castigo correspondiente, haciéndose la depositaria de todos los reproches que le corresponderían al padre. El castigo es: no desarrollar su vida de la manera como estaba proyectada y para la cual es apta. De modo que tanto por el lado de la identificación, como por el castigo, queda esta sentencia determinada.

Antonia describía sentir al padre “metido en sus entrañas”; que invadía su espacio, que se entrometía en su vida. En una ocasión dice que no puede imaginarse estar embarazada frente a él (ya que es él el que está en sus entrañas). El dar cabida a la idea de sacarlo de sí, de su cuerpo, al matarlo, esto es, poder sentir el odio hacia él, ha permitido que empiece a albergar el deseo auténtico de tener hijos y a preocuparse por el tiempo que le queda de fertilidad.

El cuerpo funciona aquí como garantía para una confianza de que hay un más allá de la inhibición. El síntoma descubre una verdad y el cuerpo otra. Entonces, la verdad se manifiesta en dos formas: una positiva, puesto que muestra y una negativa puesto que oculta, ambas ligadas al cuerpo. La primera expone una sexualidad libre que permite la espontaneidad y se desarrolla en el juego. Y la segunda forma, opuesta a la anterior, expresada en una sintomatología en torno a la inhibición de todo lo espontáneo y un cuerpo que se esconde. Trabajando las inhibiciones y la sintomatología, nos encontramos con sentimientos opuestos: el asesinato simbólico y no elaborado del padre junto a la sensación de tenerlo “metido en las entrañas”. Son estos los elementos en juego, que hacen de un caso cualquiera de nuestra clínica, una posibilidad extraordinaria de análisis.

Referencias

Freud, S. (1923): El Yo y el Ello. Tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

– (1925): Inhibición, síntoma y angustia. Tomo XX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Winnicott, D.W. (1966): Exploraciones Psicoanalíticas 1. Cap. 28 “Sobre los elementos masculino y femenino escindidos”. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1991.

– (1971): Realidad y Juego. Editorial Gedisa, Barcelona, 1976.



ESPACIO INSTITUCIONAL

Sobre la formación de los analistas

Lo inconsciente o el asunto de los psicoanalistas

Hugo Rojas Olea

Resumen:

La formación de los analistas es un proceso que se orienta en lo esencial por la experiencia con el objeto de la disciplina: lo inconsciente. El concepto mismo de "lo inconsciente" contiene problemas en cuanto a su extensión. Si aludimos al objeto del psicoanálisis como el asunto (die Sache) de los psicoanalistas, ponemos el acento en el hecho de que el psicoanalista está íntimamente concernido en el objeto de su ciencia.

Palabras clave:

Psicoanálisis - formación - inconsciente - asunto - metapsicología - objeto - interpretación.

La formación de los psicoanalistas puede comprenderse como un proceso que busca realizarse a través de la conjunción de algunas acciones prolongadas en el tiempo y que requieren mucho esfuerzo. En relación a estas acciones, clásicamente, y hasta ahora no parece haber motivos para innovar en este aspecto, se considera que el estudio de la teoría psicoanalítica en sus más diversos aspectos, tales como los problemas del método y la técnica, la psicopatología, metapsicología y otros, junto con la supervisión y guía de la práctica del psicoanálisis por un psicoanalista más experimentado, y el psicoanálisis personal, son los tres soportes imprescindibles de dicha formación. Esta manera de comprender el proceso de formación suscita un acuerdo general entre los psicoanalistas. Podemos agregar que estas tres instancias de la formación persiguen la finalidad común de introducir y familiarizar a aquel que busca desarrollar una actividad metódica o disciplinada con un objeto de lo real particularmente singular, y que constituye aquello en lo que se ocupan los psicoanalistas, a este objeto acostumbramos nombrarlo como "lo inconsciente".

Quiero exponer algunas breves reflexiones sobre la relación de los psicoanalistas con este objeto de sus afanes, este objeto al que la expresión "lo inconsciente" parece indicar de una manera bastante equívoca. Para evitar en parte este equívoco he escogido para señalar de un modo alusivo este objeto de los psicoanalistas el término: "asunto". El asunto de los psicoanalistas, es decir, el asunto en que están metidos y que se traen los psicoanalistas. En verdad, el asunto en que la especie humana está implicada, aunque no queriendo saber mucho de ello.

Para justificar el haber dicho que la palabra inconsciente nombra de una

manera un tanto imprecisa eso que nos concierne, es decir, nuestro asunto, querría poder mostrarles cómo es que me parece que la palabra inconsciente yerra de una singular manera respecto de aquello que intenta nombrar. Nos hemos acostumbrado a un uso de la palabra "inconsciente" que ya no corresponde ni a un punto de vista descriptivo ni a un punto de vista sistemático. El término inconsciente, destinado a nombrar aquellos contenidos psíquicos a los que falta, provisoria o sostenidamente, la cualidad de ser conscientes, por una parte, y por la otra, desde el punto de vista sistemático, un lugar otro, otro lugar en que también y, en opinión de Freud, especialmente acontece lo anímico, en el que las representaciones están sujetas a un régimen y a unos procesos diferentes que los de la consciencia. Esta expresión ha sufrido un deslizamiento hasta llegar a nombrar, abarcativamente, lo indicado por la suma de ambos puntos de vista, pero en verdad, algo que no es suficientemente asegurado por ninguno, ni por la suma de ellos, es decir, algo que es más que la suma de ambos. Inconsciente parece designar, en este tercer uso, el asunto del hacer y el pensar freudiano, en particular cuando decimos que el "objeto" del psicoanálisis es **lo inconsciente**, pero en este caso, lo que se nos sustrae es, precisamente, la extensión de aquello que nombramos así y el carácter particular de la relación que mantenemos con ese objeto.

Sirve de apoyo a nuestra observación la singular posición en que se sitúa la metapsicología, en el texto "Lo inconsciente". Luego de que en el primer capítulo de dicho trabajo Freud se esfuerza por demostrar la existencia de procesos anímicos (o psíquicos) inconscientes, en el capítulo IV nos plantea: "Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos *dinámicos, tópicos y económicos* eso se llame una exposición *metapsicológica*" (Freud, S.1914, p. 178). En esta propuesta de Freud, a partir de la cual acostumbramos reconocer una dimensión particular del pensamiento psicoanalítico como metapsicología, lo inconsciente, junto con aquello de que trata en "Pulsiones y destinos de pulsión" y en "La represión", pasan a situarse en un lugar "meta", más allá de lo psicológico. Es decir, un orden de realidad que trasciende lo psicológico. Sin embargo, por otra parte, en el mismo trabajo, nos cierra el paso a la posibilidad de que quisiera entenderse que esto inconsciente pueda entenderse en el orden de los procesos somáticos. Podemos permitirnos, entonces, resumir diciendo que, respecto de lo somático, lo inconsciente -junto con aquello discernible desde el punto de vista dinámico y desde el punto de vista económico- es de carácter psíquico; y que, respecto de lo que pueda entenderse como psicológico, el asunto de la metapsicología está más allá de lo psíquico.

Luego de este rudimentario intento de caracterizar la posición del asunto que nos trae Freud, indicado en su discurso por los términos inconsciente y metapsicología, cabe que nos preguntemos por aquello que es pensado por Freud con estas palabras. Nos hemos acostumbrado a nombrar el "objeto"

del psicoanálisis como lo inconsciente, pero con el mismo derecho podría decirse que lo son las pulsiones o el demorarse en la consumación del pensar y el sentir que está concernido en el problema de la represión. Es decir, el asunto de Freud, y del psicoanálisis, si el trabajo del psicoanalista se atiene a lo pensado esencialmente por Freud, está apuntado en el esfuerzo del pensar metapsicológico. Antes de intentar avanzar un paso más en estos pensamientos, quiero citar a Heidegger en un texto que se encuentra en su libro *Caminos de bosque*. El siguiente párrafo se encuentra en el comienzo de la investigación "La frase de Nietzsche *Dios ha muerto*".

Naturalmente, una explicación no debe limitarse a extraer el asunto del texto, sino que también debe aportar algo suyo al asunto, aunque sea de manera imperceptible y sin forzar las cosas. Es precisamente esta aportación lo que el profano siempre siente como una interpretación exterior cuando la mide por el rasero de lo que él considera el contenido del texto y que, con el derecho que se autoatribuye, critica tachándola de arbitraria. Sin embargo, una adecuada explicación nunca comprende mejor el texto de lo que lo entendió su autor, sino simplemente de otro modo. Lo que pasa es que ese otro modo debe ser de tal naturaleza que acabe tocando lo mismo que piensa el texto explicado. (Heidegger, M., 1943)

Esta cita nos aparece muy a propósito para nuestro cometido de preguntarnos por aquello pensado por Freud en sus trabajos de metapsicología. En primer lugar nos señala nuestro deber de lectores, el de interpretar. Si en nuestra lectura no llegamos a tocar de alguna manera aquello pensado por el autor traicionamos el propósito de su trabajo y su resultado, el texto. La traición no consiste en interpretar el texto, puesto que como lectores no podemos sino interpretar, siempre de otro modo, nuestro modo. La traición al texto consiste en errar sobre el asunto, ignorar, pasar por alto, de largo, desviarnos, no tener noticia alguna de lo pensado por el autor. En suma no tocar el mismo asunto que Freud.

Interpretar siempre implica un grado de riesgo, en particular para el singular lector, u oidor, que es el psicoanalista. Nuestra interpretación, siempre correrá el riesgo de ser resistida, con buenas o malas razones, por parte de aquel que la recibe. Ante ello es ineludible la duda acerca de si estamos verdaderamente y a tiempo en el asunto, en el modo del paciente. Nuestra ética se juega en ello, se orienta en el avizoramiento del asunto, el asunto que nos concierne a todos, en tanto nuestro asunto, como psicoanalistas, es el de Freud, aunque no pueda ser sino a nuestro modo, en cuanto dicho objeto reclama nuestra subjetividad, en cuanto escucha de aquello que viene a la palabra en el paciente, aún en su demora.

El asunto que nos concierne, entonces, a cada uno como especímenes del género humano y singularmente cuando estamos abocados al trabajo en el

legado de Freud, requiere, de nuestra parte, que nos aventuremos a interpretar. Si bien aquello que nos atañe se deja ceñir en la metapsicología desde los tres puntos de vista que hemos aludido, esta demarcación es factible como tal en el trabajo de la escritura, pero no en el ejercicio de la función de analistas. El largo listado de los trabajos de matapsicología que habría emprendido Freud, y que se encuentran extraviados o destruidos son un testimonio de que, efectivamente, en los más diversos problemas pertinentes al campo psicoanalítico no sólo cabe una explicación metapsicológica, sino que ella es muy necesaria. Puede agregarse a ello, que la dimensión de la explicación metapsicológica se encuentra en muchos otros textos de la obra de Freud que no fueron explícitamente concebidos como trabajos con este carácter. Es decir, el pensamiento metapsicológico no es un sector de la obra freudiana, sino una dimensión que asoma de manera más o menos abiertamente a todo lo largo (¿y lo profundo?) de ella. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si precisamente el sentido, la comprensibilidad, la articulación textual de esta obra le vienen de su asunto. ¿De que habla, sino, Freud?

En la actualidad se intenta hacer valer, bajo el pretexto de que el psicoanálisis debe rendir cuentas ante la ciencia, el punto de vista de que la metapsicología sería por entero prescindible en el quehacer del psicoanalista, que sería tiempo de olvidarnos de esta especulación gratuita y superflua de Freud y algunos ociosos que lo imitan. Cabe que nos preguntemos sino ocurriría, de esa manera que nos encontráramos en el ejercicio de nuestro trabajo completamente extraviados, y que bajo la consigna de ganar en "objetividad", se caería en el más ciego de los subjetivismos, el del sentido común, es decir, el de la ausencia de sujeto. Ausencia del sujeto, sin la concurrencia del cual no puede constituirse un verdadero objeto del pensar.

El asunto que nos concierne, entonces, con tanto mayor fuerza en cuanto nos decimos trabajadores del psicoanálisis, se deja inferir, al menos en el modo en que lo ciñó Freud, desde dichos tres puntos de vista, pero no completamente. Se deja reconocer por sus producciones y estas son las huellas de lo que viene ocurriendo desde otro lugar, con una cierta fuerza, a fin de cuentas incontrarrestable, y puede llegar a nuestro conocimiento como lo que resta luego del trabajo de la represión y su levantamiento, en el trabajo del análisis. ¿Qué es este asunto que se nos presenta, a todas luces, en las dimensiones de la temporalidad? Pero de una temporalidad que nos concierne de manera tan estrecha, que nos atraviesa como nuestro propio devenir y partir. ¿No se trata acaso de algo que puede indicarse, provisoriamente, como aquello vuelto a pensar por Freud, en *Más allá del principio de placer*, como el entreveramiento de las fuerzas del vivir y el morir? Estamos en la apuesta de que habrá otros modos de implicarnos y de hacer hablar el asunto freudiano, una y otra vez, tal como la naturaleza de la cosa que nos ocupa nos condiciona a repetir nuestra cita con nuestro asunto. Es por ello que el psicoanálisis, el asunto del psicoanálisis, debe

ser redescubierto y reiniciado con cada uno de nuestros pacientes, y por cada uno de los que ofician de psicoanalistas.

Referencias

Freud, S, *Lo inconciente* (1914) Obras Completas. Tomo 14. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.

Heidegger, M, *Caminos de bosque* (1943). Alianza Editorial 1995, Madrid, España.



EPISTOLARIO



De Georg Groddeck a Sigmund Freud

Baden- Baden, 27 de mayo de 1917

Muy apreciado profesor:

Permítame ante todo que le exprese mi cálido agradecimiento por todo lo que he aprendido con el estudio de sus obras. La necesidad de expresarle este agradecimiento se convierte en un deber. Pues el año 1912 publiqué un libro¹ en el que se encuentra un juicio prematuro sobre el psicoanálisis, cuyo texto por sí solo pone de manifiesto que por aquel entonces no conocía el psicoanálisis más que de oídas. No haría falta una confirmación explícita de que mi imperdonable error no se fundaba sino en el desconocimiento, lo que no lo mitiga de ninguna manera, si no fuera por una circunstancia que hace interesante la historia de mi conversión, por emplear esta palabra.

En 1909, es decir tres años antes de la publicación de aquel libro, vino a tratarse una mujer cuya observación me obligó a seguir el mismo camino que posteriormente conocí como psicoanálisis. Puedo asegurar con toda certidumbre que aquella enferma no conocía ni siquiera la palabra psicoanálisis y casi creo poder decir lo mismo con respecto a mí. Por lo pronto aprendí a través de ella las características de la sexualidad infantil y del simbolismo, y muy poco después, ya al cabo de unas pocas semanas, me enfrentaba con las nociones de transferencia y de resistencia—las designaciones transferencia y resistencia no las he aprendido hasta ahora—, los dos puntos axiales y en cierto modo automáticos del tratamiento. La alegría del descubrimiento me transportó a un estado de exaltación que me duró varios años. El examen de mi restante material clínico y de los acontecimientos de la vida cotidiana llenaron de este modo una rica época.

A medida que, a partir de mis primeras reservas, iba manifestando mis puntos de vista a otras personas, el nombre de Freud aparecía más a menudo como el pionero de esta serie de ideas. Como a lo largo de toda mi vida y pese a experiencias contrariadoras me había atenido a la fantasía desiderativa de ser creador, me resistí a reconocer que también en esta ocasión sólo había

¹ Esta obra se publicó en 1913: *Nasamecu, der gesunde und der kranke Mensch*, Leipzig 1913. ("Nasamecu" es una abreviación de: "Natura sanat, medicus curat"). en esta obra se hacía una crítica bastante apasionada del psicoanálisis.

asumido y desarrollado de una manera misteriosa ideas ajenas. Una cierta envidia premonitória me condujo, en 1912, a mi ataque. En 1913 vi su *Psicología de la Vida Cotidiana* en un escaparate, y lo compré al mismo tiempo que la *Interpretación de los Sueños*. El efecto de los libros fue tan perturbador que, a pesar de ser consciente de privarme con ello de un extraordinario enriquecimiento de mi saber y de mi vida, no acabé de leer hasta el final ninguno de los dos.

En el curso de los siguientes años se intensificó tanto mi trabajo práctico a consecuencia del tiempo consumido por mi tratamiento psíquico, que tuve que buscar una solución. Se me ocurrió la idea de pronunciar conferencias en el sanatorio para mis pacientes, de esta forma que al menos no tuviera que explicar a cada uno por separado las bases generales de mis concepciones, que todavía consideraba como propiedad mía. De hecho conseguí mi propósito. La impresión producida fue, por lo demás tan fuerte que concebí el plan de revisar las conferencias pronunciadas y publicarlas. Esta decisión la adopté en octubre de 1916. Con el oscuro sentimiento de que en este descubrimiento supuestamente mío había algo que fallaba, volví a tomar sus libros y procedí al estudio de la literatura psicoanalítica, en la medida en que no había sido enmudecida por la guerra. Una de las consecuencias de mi tardía honradez es la presente carta, que por supuesto y en primer lugar es un intento de justificarme ante mi mismo.

Sigue subsistiendo el deseo de dar a conocer de alguna manera públicamente los resultados de mis largos años de trabajo, pero existe todavía otra dificultad que para mí no se ha resuelto. Tras la lectura de la *Contribución a la historia del psicoanálisis* me ha apoderado la duda de si debo contarme entre los psicoanalistas de su definición. No desearía considerarme como partidario de un movimiento si por ello he de correr el riesgo de ser rechazado por su cabeza como intruso que no pertenece a él, de ahí que le ruego a usted que preste unos minutos más de atención a mi carta.

A mis concepciones —o debo decir las suyas— no llegué a través del estudio de la neurosis, sino a lo largo de mi observación de pacientes aquejados de enfermedades que suelen denominar corporales. Mi celebridad médica la debo originalmente a mi actividad como terapeuta físico y especialmente como masajista. En consecuencia mis pacientes presentan otras características que los del psicoanalista. Mucho antes de conocer en el año 1909 a la paciente antes mencionada, había arraigado en mí la convicción de que la distinción entre cuerpo y alma no era más que una distinción nominal e inesencial, y que el cuerpo y el alma constituyen una cosa común, que en ellos se encierra un Ello, una fuerza por la que somos vividos mientras creemos que somos nosotros quienes vivimos. Evidentemente tampoco puedo pretender que esta idea sea de mi propiedad, pero fue y sigue siendo el punto de partida de mi actividad. Con otras palabras, desde un principio he rechazado la separación entre dolencias corporales y anímicas, he tratado de tratar al hombre individual en sí, y al Ello que hay en él, he intentado, en fin, hallar un camino que conduzca a lo intransitado e intransitable. Soy consciente de que por lo

menos me acercaba fuertemente a los límites de lo místico, y que acaso ya me desenvuelvo en su mismo seno. A pesar de todo, los simples hechos me obligan a seguir este camino.

El psicoanálisis, si lo he comprendido bien, trabaja por ahora con el concepto de la neurosis. Supongo, de todas maneras, que tras esa palabra abarca usted toda la vida humana. Al menos así lo concibo yo. El Ello, que está misteriosamente relacionado con la sexualidad, con el Eros o como quiera que se desee llamarlo, forma lo mismo la nariz que la mano del hombre, y configura de la misma manera sus pensamientos y sentimientos, se manifiesta tan pronto como una inflamación pulmonar o un cáncer, que como una neurosis compulsiva o una histeria, y así como la actividad del Ello que aparece en la histeria o en la neurosis constituye el objeto del tratamiento psicoanalítico, así también lo debe constituir el fallo cardíaco o el cáncer. En sí mismo no existen diferencias esenciales que pudieran obligarnos a hacer el ensayo del psicoanálisis aquí y no allí. Dónde deba dejarse de tratar psicoanalíticamente constituye más bien una cuestión práctica, una cuestión de criterio personal. Utilizo la expresión tratar porque no creo que la actividad del médico se extienda más allá del tratamiento; no es él quien procura la curación, sino justamente el Ello.

Aquí se encuentra el punto en el que surgen mis dudas acerca de si tengo derecho a presentarme públicamente como psicoanalista. Es imposible que a lo largo del desarrollo de estas ideas, que en lo fundamental son las suyas, utilice otra nomenclatura que la que usted ha establecido. Ella no puede sustituirse y por otra parte basta para mi objetivo, una vez ampliado el concepto de lo inconsciente. Sin embargo, en la "Internationale Zeitschrift" usted limita explícitamente el significado de lo inconsciente. Si se quiere dilatar este significado, lo que es necesario para el estudio del tratamiento psicoanalítico de las llamadas dolencias corporales, acaso se rebasen los límites que usted ha puesto a la definición del psicoanálisis. Si éste fuera el caso, tendría que añadir, en el libro que proyecto, un ensayo que presentara la aclaración de mi relación con el psicoanálisis, y, con toda seguridad, esta tentativa no se llegaría a comprender. En este trabajo no se trataría de desarrollar las teorías de Adler, sino del hecho de que las dolencias orgánicas surgen de la misma manera que las funcionales.

Temo que con mi "Ello", que forma al hombre, que hace que piense, actúe y enferme, no me haya expresado con la suficiente claridad. Acaso la cuestión se vuelva más nítida si menciono someramente un par de ejemplos.

Una paciente amanece una mañana con el labio superior inflamado, la inflamación ha sido determinada por las pústulas del herpes. A la pregunta por una fecha me menciona la del día anterior, como hora me indica la hora de mi visita. En esta visita le dije bromeando a mi paciente, a la que trato desde hace muchos años a causa de una poliartritis aguda, que sus labios eran excesivamente finos, lo que significaba un resignado deseo de besar. Una hora después de esta observación desapareció la hinchazón labial. Esta repentina reacción también se la puede llamar histérica. Pero con ello nos veríamos

obligados a llamar histéricas a infinidad de cosas, entre otras su poliartritis que ha desembocado en una luxación bilateral de la rótula. Su historia clínica, que veía excesivamente prolija para esta comunicación, demuestra que el Ello que existe en esta paciente ha engendrado esta poliartritis para impedir que se desboque. Durante los últimos años he seguido minuciosamente las diferentes recaídas y mejorías de la dolencia de su articulación, y he estado en condiciones de provocar con certidumbre experimental variaciones del estado de su rodilla, en la medida precisamente en que despertaba o superaba las resistencias.

En otra paciente, cuya evolución sigo desde hace largos años, también podía provocar de nuevo y eliminar, de manera experimental y psíquica, inflamaciones venosas que habían desaparecido desde hacía tiempo. He podido reunir asimismo muchas experiencias sobre obesidad y adelgazamiento, al tiempo que sobre el desarrollo infantil. Son igualmente interesantes los cambios de tamaño de la nariz, psíquicamente influenciables. La reacción de las mucosas a los efectos de las represiones psíquicas, bajo la forma de resfriados, catarrros bronquíticos, diarreas, etc., son conocidas; su tratamiento psicoanalítico arroja resultados sorprendentes.

Debo añadir todavía algunos ejemplos. Uno de mis pacientes adolece de hemorragias retínicas. Curiosamente aparecen siempre en otoño. Se pudo averiguar que este enfermo, muy inteligente, pero carente por completo de formación –hasta los 18 años no había comenzado a aprender autodidácticamente a leer y escribir– veía diariamente a un ciego del que los parroquianos contaban que una blasfemia contra Dios le había provocado su ceguera. El paciente, sin embargo, había olvidado completamente el haber apedreado a la edad de nueve años un crucifijo de madera que se hallaba en las afueras del pueblo. Hasta qué punto era influyente este olvidado suceso de relieve cuando el paciente, al relatar el accidente, sufrió un desmayo. Existían por lo demás complejos de Edipo y de castración que no necesito mencionar. Desde el día de aquella comunicación han pasado cinco años sin que reapareciesen más hemorragias, a excepción de una muy reducida que sobrevino el día anterior del reclutamiento para el servicio militar, al pasar en un cruce de caminos frente a un Cristo crucificado. Por añadidura se desprendió que este joven había vuelto a olvidar por completo aquel acontecimiento de su infancia, incluso que mi relato no era capaz de despertar su recuerdo, el cual no llegó a reaparecer más que unos días después.

A propósito de todo ello quiero mencionar diversas observaciones sobre blefaritis relacionadas con complejos de onanismo. El tratamiento psicoanalítico de un bocio bastante acusado se ha logrado en la medida en que la mitad izquierda del bocio ha desaparecido completamente, y al mitad derecha en sus tres cuartas partes.

Para terminar desearía mencionar un enfermo cuyo Ello había producido los síntomas de la sífilis, erupciones cutáneas completamente típicas, úlceras en el pene y en el brazo, abscesos en el cuello y el Wasserman. Todo, incluido el Wasserman –que, por lo demás, había influenciado por el nombre– desapareció

en el transcurso del tratamiento psíquico. El caso es tanto más interesante cuanto que, a lo largo del tratamiento, el Ello producía accesos de fiebre que alcanzaban los cuarenta grados al mencionar determinados nombres evocar ciertas representaciones. El paciente adolecía además de esclerodermia, por cuya razón le había tratado ya veinte años antes. La recidiva de este proceso en una época en la que ya presentaba atención a la actividad del Ello me llevó a abordar el asunto analíticamente. El resultado fue la detención del proceso y una curación completa de las partes recién afectadas. Por otra parte el análisis puso al descubierto de una forma para mí convincente toda la historia del surgimiento de su esclerodermia, que comenzó con la pierna izquierda, coincidiendo con la tentativa de aplastar en el cuerpo de la madre a un niño en gestación. Su enamoramiento de las piernas, propias y ajenas, desempeño asimismo un gran papel. Posteriormente, y bajo la influencia de la represión de fantasías sádicas y de embarazo, fueron afectados los brazos y la epidermis abdominal.

Debo suponer, muy admirado profesor, que mis breves indicaciones le darán a entender mi deseo de sostener en mi publicación la idea de que todas las enfermedades del hombre, así como toda su vida, se hallan bajo la influencia de un inconsciente, y que en esta influencia la sexualidad siempre puede, por lo menos, constatarse. Podría pensar perfectamente que usted desaprobe al portavoz de semejante tentativa por incongruente con el círculo analítico en su sentido, si éste quisiera llamarse psicoanalista. Mas no deseo adelantar semejante cosa. Por esa razón le agradecería sumamente que me permitiera exponer lo que usted piensa al respecto. Pienso atenerme a ello y formular en el libro una clara definición de lo que me excluye de la escuela oficial del psicoanálisis.

Esto lo tendría que hacer de manera pública en caso de que usted dijera que rebaso los límites de la labor psicoanalítica. Personalmente, sin embargo, y a pesar de que en principio seguí otras sendas que la sus escritos sobre el psicoanálisis, me consideraré siempre como un discípulo suyo, cuya admiración y gratitud le rogaría que no menospreciara.

Afectuosamente suyo,
Dr. Georg Groddeck.

Viena, 5 de junio de 1917

Muy apreciado colega:

Hace mucho que no he recibido una carta que me haya alegrado e interesado tanto, y que me haya movido a sustituir en mi respuesta la común cordialidad debida a toda persona extraña, por una sinceridad analítica.

Voy a intentarlo, pues: observo que Ud. me pide con urgencia que le confirme oficialmente que no es Ud. Psicoanalista, que no pertenece Ud. al grupo de los adeptos, sino que más bien debe pasar por algo original, independiente. Evidentemente le proporcionaría un grato placer si le apartara de mí y le pusiera donde se encuentran Adler, Jung y otros. Pero no puedo hacerlo, tengo que reclamarle a Ud., tengo que afirmar que es Ud. un espléndido psicoanalista que ha comprendido plenamente el núcleo de la cuestión. Quien reconoce que la transferencia y la resistencia constituyen los centros axiales del tratamiento pertenece irremisiblemente a la horda de los salvajes. Que al "Ic" lo llame "Ello" no es objeto de la menor discrepancia. Permítame usted indicarle que no es preciso ampliar el concepto del Ic para abarcar sus experiencias relativas a afecciones orgánicas. En mi artículo sobre el Ic que usted menciona² hallará usted (páginas 258 y s.) una breve nota: "Guardaremos para otro contexto la mención de otra prerrogativa importante del Ic". Quiero confesarle lo que aquí me reservaba: la afirmación de que el acto inconsciente ejerce una intensa influencia plástica sobre los procesos somáticos, tal como nunca puede realizarla el acto consciente. Mi amigo Ferenczi, que conoce este tema, tiene en la cartera de la Int. Zeitschrift un trabajo sobre las patoneurosis que se acerca mucho a sus comunicaciones. Más aún, el mismo punto de vista le ha conducido a mi entender a un intento biológico en el cual debe mostrarse cómo el desarrollo consecuente de la idea lamarckiana de la evolución se convierte en una consecuencia de las concepciones psicoanalíticas. Sus nuevas observaciones coinciden tan perfectamente con la argumentación de este trabajo que no podemos desear otra cosa que referirnos, en el momento de nuestra publicación, a la comunicación que Ud. acaba de publicar.³

No deseo, pues, más que extender los brazos para pedirle su colaboración, y sólo me preocupa la circunstancia de que Ud., al parecer, apenas haya superado la ambición banal de quien pretende ser original y aspira a la prioridad. Si Ud. está seguro de la independencia de sus hallazgos, ¿de qué ha de servirle detentar además la originalidad? Por lo demás, ¿puede Ud. estar seguro respecto del siguiente punto? Es Ud. seguramente 10, 10 o quizás 20 años más joven que yo (1856). ¿No puede Ud. haber asimilado de manera criptomnésica las ideas directrices del psicoanálisis? ¿De manera semejante a la que yo mismo podría explicar mi originalidad? ¿Qué valor puede tener retorcerse por la prioridad contra una generación mayor?

² Das Unbewusste, Viena 1915

³ Cf. carta de Groddeck del 27-5-1917.

Este punto de su comunicación me duele tanto porque la experiencia ha demostrado que las personas desenfrenadamente ambiciosas acaban, más pronto o más tarde, encerrándose en sí mismas, y convirtiéndose, en perjuicio de la ciencia y de su propia evolución, en un caminante solitario.

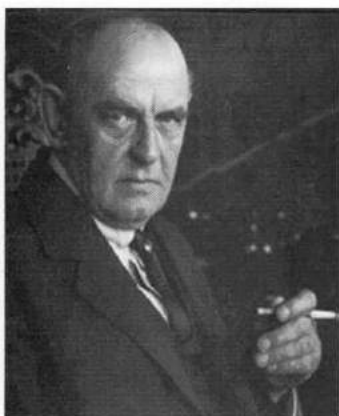
Las pruebas que Ud. aduce a propósito de sus observaciones me han gustado mucho y tengo la esperanza de que, incluso tras un examen rigurosamente crítico, podrá sostenerse gran parte de ello. Todo este terreno nos queda lejos, pero ejemplos como el de su ciego no se han dado todavía, y ahora la segunda duda: ¿Por qué desde su bonita base se arroja Ud. a la mística, suprime la diferencia entre lo anímico y lo corporal, y se aferra a teorías filosóficas que no vienen al caso?. Sus experiencias no conducen sino al reconocimiento de que el factor psic. tiene una importancia insospechadamente grande incluso respecto de la aparición de enfermedades orgánicas. Pero, ¿el solo hecho de que produzca estas enfermedades afecta de algún modo la diferencia entre lo anímico y lo corporal? Tan petulante me parece atribuir un alma a la naturaleza, como desespiritualizarla radicalmente. Dejémosle con su grandiosa diversidad que de lo inanimado asciende a la vida orgánica, y de la vida corporal a lo anímico. Es cierto que el Ic constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico, acaso el tanto tiempo buscado "missing link". Mas, que al fin lo hayamos descubierto no nos permite ver más lejos.

Me temo que sea Ud. también un filósofo y tenga la inclinación monística de menospreciar las bellas diferencias de la naturaleza en aras de la seductora unidad. ¿Acaso con ella nos libramos de las diferencias?.

Naturalmente que me alegrará recibir su respuesta. Tengo incluso mucha curiosidad por saber de qué modo asume la labor de la escritura, mucho menos amable que la intención que a ella subyace.

*Con mi mayor estima de colega
Suyo, Freud.*

Un “Psicoanalista Salvaje”



Georg Groddeck, nació en 1866 en Bad Kosen (Prusia). Fue el menor de cinco hermanos, hijos de un médico y de una esposa “dedicada a la literatura” y muy asidua a los ambientes intelectuales de la época. Resulta notable que no se encontrara su nombre en las numerosas entradas consultadas. ¿Será el castigo de una época a una madre intelectual, no suficientemente devota de lo doméstico?

Su padre, el doctor Karl Groddeck, ejercía la medicina con sus propias ideas. Desconfiaba de los fármacos, prodigando en cambio, a sus pacientes gran dedicación y amabilidad. Cualidades éstas que Georg aprendió a temprana edad, dado que lo ayudaba en su consultorio. Posteriormente, la familia Groddeck se estableció en Berlín, donde Georg inició sus estudios de medicina. Traba contacto allí con el ilustre doctor Schweninger, quien no compartía las teorías científicas que comenzaban a modificar la medicina tradicional.

Schweninger sostenía:

La visión causalista de una medicina que pone ante todo al agente patógeno como único hilo conductor para la comprensión de la enfermedad tiende a eclipsar sus otras dimensiones. Desaparece la textura propiamente humana, a la vez cultural y lingüística, al tiempo que se atenúa la importancia de la inserción del hombre en el seno de su medio cultural” ... “el médico ya no es el atento vigilante de la sutil osmosis entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y su destino: ahora es aquel que combate un agente exterior que hay que identificar y exterminar. (Nasio, 1996)

Su discípulo, el propio Groddeck, irá mas lejos en su oposición a este cientificismo, llegando a plantear no sólo que el médico es un creador, sino que la enfermedad es un proceso creativo. En esta línea, desarrolló junto a Schweninger la filosofía de una medicina que proclamaba la necesidad de observar al hombre en su medio y de reducir el peso del diagnóstico en beneficio de un conocimiento mas íntimo del enfermo, de sus problemas y de sus sufrimientos.

Hacia 1900 instala el “Sanatorium” en Baden Baden. Practicaba allí una forma de terapia en la que conectaba el tratamiento mediante masajes, hidroterapia y dieta con elementos de persuasión y de autoritarismo, aprendido este último de su maestro. Al respecto en su texto *The Meaning of Illness*, señala:

Aquel que llega a la conclusión de que yo medico mentalmente a un humano

que se rompió la pierna tiene razón - pero ajusto la fractura y protejo la herida. Y entonces le doy un masaje, hago ejercicios con él, le doy a la pierna baños diarios con agua a 45°C por media hora y cuido que no se inflame ni supure, y cada tanto le pregunto: ¿por qué se rompió la pierna, 'usted mismo'? (The meaning of illness: Selected Ppsychoanalitics Writings, International UniversitiesPress, junio 1977)

De este período quedaron sus "Conferencias Psicoanalíticas para los pacientes", en las cuales exponía a la comunidad de pacientes, temas complementarios a sus intervenciones terapéuticas, con la finalidad de educarlos en una nueva visión de la salud física. Ellas fueron realizadas entre 1916 y 1919.

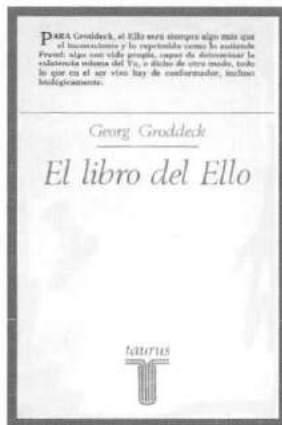
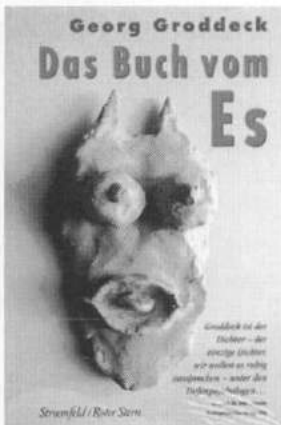
Sus investigaciones lo llevaron mas allá en sus teorías. En especial, el tratamiento de la Sra. G. - quien manifestaba, entre otras dolencias, una peculiar manera de hablar en el sentido que era incapaz de pronunciar ciertas palabras,- lo condujo al descubrimiento de los símbolos. (G. en lugar de decir "Armario", utilizaba la frase "cosa que sirve para guardar vestidos" y así con muchas otras palabras).

Al referirse a símbolos, Groddeck atendía a la correspondencia existente entre palabras y objetos usuales y elementos relacionados con partes del cuerpo, esencialmente los órganos genitales, con la relación sexual y con el vínculo padre-madre-hijo.

Es esta vía la que hizo posible su concepción del Ello.

Soy de la opinión de que el hombre está animado por lo Desconocido. En él hay un Ello, algo maravilloso que regula todo lo que hace y le sucede. La frase "yo vivo" es solo condicionalmente correcta; expresa un pequeño fenómeno parcial de la verdad fundamental: El hombre es vivido por el Ello

En 1921 empezó a escribir un libro que se estructuraría en forma de correspondencia entre el médico Patrick Troll y una amiga desconocida, quién requería información acerca del psicoanálisis. Se configuraron así 33 cartas



constituyéndose en *El Libro del Ello*. Entre ellas se intercalaban anécdotas y especulaciones sobre el embarazo, el parto, el amor, el odio, la masturbación, imprimiéndole al conjunto la noción de un "Ello" ("el 'ES' "). Esta noción había sido tomada de Nietzsche, abarcando un campo más amplio que el que se asignaba al inconsciente. S. Freud, a su vez, reconoció que había usado el término de Groddeck *das es*, el Ello. Luego éste sería traducido a países de habla inglesa como, *el Id*. En todo caso, ambos sabían que habían tomado el término de Nietzsche.

Resulta indispensable destacar que el Ello de Freud y el Ello de Groddeck no tienen en común más que el nombre. Para Freud, el ello es, como se sabe, el reservorio fundamental de la energía psíquica, un caos en el que confluyen pulsiones de vida y de muerte. Freud solía definirlo de un modo negativo, en contrapunto a las características del yo. El Ello en Groddeck, en cambio, era ante todo una fuerza de afirmación, al modo de los presocráticos a los que aludía. Groddeck consideró falaz la distinción psique-soma: para él no había más que Ello. A su modo de ver, todo lo que hay de conformador anímica y biológicamente en el hombre es regido por la organización del Ello. Al respecto escribe:

Yo no soy en absoluto Yo sino una forma continuamente cambiante en que se manifiesta el Ello para inducir a error al hombre en su propio conocimiento, para facilitarle el autoengaño, para hacerlo un instrumento más dócil de la vida.

En el libro *El Yo y el Ello*, publicado también en 1923, meses después de *El libro del Ello*, Freud menciona a Groddeck, dándole crédito a lo que Freud ya había dado una ubicación local, es decir, el Ello.

Allí señala:

Ahora pienso que ganaríamos mucho en seguir los consejos de un escritor que, por motivos personales, en vano asegura que no tiene nada que ver con el rigor de la ciencia pura. Estoy hablando de Georg Groddeck, que nunca se cansa de insistir que lo que llamamos nuestro yo se comporta, esencialmente, de forma pasiva en la vida, esto es, como él lo expresa, que somos "vividos" por fuerzas desconocidas e incontrolables. Todos hemos tenido impresiones de esa naturaleza, incluso aunque no nos hayan abrumado hasta la exclusión de todos los otros, y no dudamos en encontrarle un lugar para el descubrimiento de Groddeck en la estructura de la ciencia. Propongo tomarlo en cuenta llamándolo una entidad que empieza del sistema 'Pcpt.' y comienza por ser 'Pcs.' el 'yo', y siguiendo a Groddeck al llamar a la otra parte de la mente, donde esta entidad se extiende y se comporta como si fuera 'Ucs.', el 'ello' (Freud 1927/1961, 13).

G. Groddeck llevó a cabo numerosas publicaciones. Su primer libro, de 1902, fué dedicado a su esposa, *Ein Frauenproblem*. Le siguió *Hin zu Gott-natur* en 1909. En 1913 apareció *Nasamecu*, abreviación de la frase latina

"*Natura sana, medicus curat*", donde ofrece su interpretación de lo que le ocurre a los huesos, músculos, a la importancia de la comida. Se refiere a la circulación de la sangre, a los ojos, a todo el cuerpo humano y lo que le pasa a este cuerpo cuando obedece las órdenes del ello (inconsciente). En su opinión es en concordancia con éstos que una persona llega a ser "saludable" o "enferma".

En 1919 publicó su primera novela psicoanalítica *Thomas Weltlein*, la cual fue luego publicada en inglés como *El buscador de almas*. Al decir, de sus comentadores, es aquí donde mejor se manifiesta su personalidad y genio. Esta publicación le valió el que Freud lo recomendara para formar parte de la Asociación Psicoanalítica de Berlín. Su última obra de 1933 fue *El ser humano como símbolo*.

De su etapa mas propiamente psicoanalítica, entre 1917 y 1928 existen varias publicaciones; "*Determinación psíquica y tratamiento psicoanalítico de las afecciones orgánicas*", "*El sentido de la enfermedad*", "*Sobre lo absurdo de la psicogénesis*", "*Elaboración onírica y elaboración del síntoma orgánico*", "*Fundamentos de psicoterapia*", entre otras. Algunas de ellas, se encuentran recopiladas en un notable libro titulado *Sobre Ello*, compiladas por Angel Cágigas, estudioso de Groddeck y responsable de que se pueda conocer su obra en español.

Finalmente resulta de interés mencionar que Groddeck desarrolló con Ferenczi, una larga amistad que se extendió hasta su muerte en 1934. Testimonio de ella es una nutrida correspondencia recopilada y traducida también por Angel Cágigas.

Hacia al final de su vida, muchos colegas y admiradores desearon que Groddeck formara una sociedad con la finalidad de promover sus ideas. Sin embargo, se rehusó siendo consecuente con su autodefinición de *psicoanalista salvaje*. Aludía con esta denominación a su resistencia a formar parte de toda institución. Sus palabras ante tal petición fueron:

A los discípulos les gusta que su maestro no pierda el foco, mientras que yo pienso que es un tonto cualquiera que quiere que mañana diga lo mismo que ayer. Si realmente quiere ser mi seguidor, mire su vida por usted mismo, y díglele al mundo, honestamente, lo que ve.

Georg Groddeck fallece de una crisis cardíaca el 10 de Junio de 1934, luego de haber dado una conferencia sobre "*La visión, del universo del ojo, y la visión sin ojo*" en la Sociedad Suiza de Psicoanálisis.

Referencias

Ferenczi, S., Groddeck, G., Correspondencia 1921-1933, Colección del Sillón de Orejas. Colección del Lunar. 2003 Introducción, traducción y edición: Angel Cágigas.

Freud, S., Groddeck, G. 1977, Correspondencia, Editorial Anagrama, Barcelona.

Groddeck, G., 1977, The meaning of illness: Selected Psychoanalytic Writings, International Universities Press.

Groddeck, G., Cágigas, A., 1996, Sobre Ello, Iralka Colección La Cizaña baja al Agora, Editorial Barcelona.

Nasio, J.D., 1996, Grandes Psicoanalistas-Introducción a las obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Editorial Gedisa.

www.libro-s.com/l/groddeck
Descarga gratis de El Libro del Ello

CONVERGENCIA



Entre literatura y psicoanálisis

Carlos Pérez Villalobos

Empiezo por aclarar mis presupuestos: el texto freudiano –leído desde la lectura estructuralista y postestructuralista: quiero decir: Lacan, Derrida, Lyotard– ofrece como núcleo principal la paradoja temporal o la temporalidad paradójica bajo el concepto de *Nachträglichkeit*. Esto, como se sabe, puede traducirse como aposterioridad, acción retardada o en diferido, y alude al siguiente hecho decisivo: el sentido, lo comprensible de algo, viene después, siempre después, y resulta de una elaboración retrospectiva que el sujeto hace desde una situación enunciativa incalculable antes. Esto interesa aquí porque, primero, pone de manifiesto la condición hipermnésica del psiquismo. Freud no dejará de repetirlo: el psiquismo es fundamentalmente conservador, nada en él va a pérdida. Y eso provoca la lectura archivística de Derrida; el psicoanálisis sería parte de una ciencia archivológica. No sólo la insistencia enunciativa del texto freudiano confirma esta lectura, sino su metafórica: el recurso de Freud a un lenguaje figural alusivo a la inscripción, la edición, el archivo, el monumento, etc. Y su recurrencia a ilustrar su teoría recurriendo a dispositivos como la pizarra mágica o al lenguaje de la arqueología. La cuestión de la memoria como *Mneme* y como *Anamnesis*, la memoria como archivo –superficie de inscripción en la cual el evento deja su huella perdurable–; la memoria como recuerdo, como acto que actualiza el sentido de la huella que perdura. Quiero decir –y este es el punto central de la exposición que sigue– que la teoría del inconsciente llega a nosotros como una singular e imponente versión de la doctrina del eterno retorno de lo mismo. El presente del sujeto consiste en el retorno futuro de un pasado que nunca tuvo lugar. Dicho por Freud –y postulado en las lecturas que él hizo de textos literarios: me refiero a la *Gradiva* y al *Hombre de arena*, por no pensar en el *Edipo Rey* y en *Hamlet*– la fórmula es la siguiente: la formación sintomática –fantasía, sueño o delirio– es explicada en términos de que la prehistoria del sujeto –el trámite por el cual la cría humana se erige en niño humano, en Hijo de Hombre– retorna dentro de la historia del sujeto. Para que sea posible el retorno el trámite tuvo que perdurar como huella y de ahí la postulación del psiquismo como superficie mnémica.

1.- El psicoanálisis, como teoría, como técnica, como práctica –como campo instituido–, recibe su nombre desde el texto freudiano, y éste, desde luego, puede ser leído como lo que es: una obra de escritura. El texto de Freud es el discurso de una investigación que redefine, para el siglo XX, el psiquismo humano y le hace sufrir una modificación importante a la interpretación de la realidad, empezando por el concepto mismo de *interpretación*. Este se

impone a la cultura, tal que, al decir de W. Benjamin, atento a las modificaciones que las nuevas técnicas imponen a la subjetividad, sería imposible pensar el siglo XX sin considerar el psicoanálisis y el cine: el primero elabora, objetiva, el inconsciente psicológico; el segundo: el inconsciente óptico. La crítica –la teoría literaria, que es principalmente una teoría de la lectura– no pudo sino ser instruida por la singular hermenéutica puesta en marcha por el discurso freudiano. Tal como, dicho sea de paso, lo fue por el discurso marxiano o por el discurso nietzscheano. Es ya un tópico poner en relación a estos tres autores: Marx, Nietzsche y Freud, desde que P. Ricoeur, hacia 1965, los reunió bajo el no sé cuán feliz apodo de *maestros de la sospecha*. Se trata de aquellos pensamientos desarrollados durante la segunda mitad del siglo XIX cuyo denominador común consiste en renunciar a todo recurso “sobrenatural” (metafísico) para explicar el origen del sentido. El factor común reside en una determinada manera de entender y ejercer el análisis y la interpretación, modo que se recorta de la técnica tradicional, filológica, de la lectura de texto. Esquemáticamente, se puede decir que para ésta (cuyo objeto son los documentos que llegan al presente desde un mundo hace mucho tiempo perdido) comprender el texto examinado (que, por enigmático, exige interpretación) pasa por restituir (documentalmente) el contexto de comunicación inicial del texto. El sentido del texto es lo que el autor quería decir cuando lo escribió y el trabajo de interpretación alcanza su meta cuando consigue volver a hacer presente ese querer decir, esa intención, esa postulada autopresencia original del sentido. La interpretación suspicaz, en cambio, desbarata esa identidad entre intención del autor y sentido, toda vez que parte por sospechar de cualquier identidad primera, de cualquier origen autopresente. Del origen sólo tenemos huellas, inscripciones, y la presencia que las dejó será siempre el resultado de la elaboración retrospectiva que después, a posteriori, *Nachträglich*, se haga del sentido de ellas. Esa elaboración retrospectiva se hará desde el presente de la lectura, en condiciones de enunciación, distantes y distintas, del presente perdido en que la inscripción fue elaborada. La pregunta hermenéutica clásica, presupone un sentido unitario y confía en la tradición como transmisora de éste, y, entonces, adjudica la condición obtusa del texto a factores accidentales y exteriores al texto mismo. En cambio, en Freud, la pregunta por el sentido deformado pasa a ser la pregunta por el sentido de las deformaciones del sentido. Dicho mejor: La técnica de la interpretación de los sueños va más allá del arte de la hermenéutica, en cuanto que debe aprehender no sólo el sentido de un texto eventualmente deformado, sino también el sentido de la deformación del texto, la transformación de un pensamiento latente en sueño manifiesto; debe pues reconstruir lo que Freud ha llamado el trabajo del sueño.

Cito un párrafo de *La interpretación de los sueños*, que retomaré al final: (Las fantasías) “Como los sueños, son cumplimientos de deseo; como los sueños, se basan en buena parte en las impresiones de vivencias infanti-

les; y como ellos, gozan de cierto relajamiento de la censura respecto a sus creaciones. Si pesquisamos su construcción, advertimos cómo el motivo de deseo que se afirma en su producción ha sido descompaginado, reordenado y compuesto en una totalidad nueva el material de que están contruidos. Mantienen con las reminiscencias infantiles, a las que se remontan, la misma relación que muchos palacios barrocos de Roma con las ruinas antiguas, cuyos sillares y columnas han proporcionado el material para un edificio de formas modernas.”

La técnica de la interpretación de los sueños que Freud elevará a modelo fundamental de elaboración simbólica, el mismo Freud lo aplica, como se sabe de sobra, al texto literario y a la producción artística. Descontando su interpretación del *Edipo Rey*, de Sófocles, o del *Hamlet*, de Shakespeare, en *La interpretación de los sueños*, de donde el complejo de Edipo, propuesto como intriga primordial del psiquismo humano, consideremos su lectura de 1907, de *La Gradiva*, de Jensen, y su ensayo de 1919, *Das Unheimliche*, que desarrolla centralmente un análisis del relato, *El hombre de Arena*, de E. T. A. Hoffman. En ambos trabajos se trata de explicar la intriga (que, en cada caso, es una elegida a la medida de la teoría freudiana) en términos del retorno actual de la huella dejada por un evento que tuvo lugar en la prehistoria del sujeto —ontogenéticamente, esto alude a la primera infancia, a la etapa narcisística, preedípica, de la que resulta un niño humano. Este motivo del retorno se despliega en la novela de Jensen dentro de un contexto arqueológico que se presta de maravillas a la metafórica freudiana: elaboración retrospectiva de inscripciones que comparecen enigmáticas en el presente de su exhumación tras un lapso enorme de tiempo en que permanecieron enterradas.

El contenido diegético de la novela de Jensen es puesto en marcha por el encuentro que el joven arqueólogo Norbert Hanold hace, en un museo de Roma, de un bajorrelieve, cuya inscripción representa la imagen de una joven doncella cuyo paso ligero captura el deseo del protagonista. La vida de éste, desinteresada de todo trato social y consagrada al estudio y a la investigación, deja adivinar evidentes rasgos sublimatorios, erigidos sobre la represión, el desalojo, de su sexualidad. La historia tiene su centro en la revelación (alucinatoria) que Hanold sufre, en un mediodía pompeyano, en medio de las ruinas de la ciudad, a la cual ha ido a parar empujado por su fascinación con la efigie del bajorrelieve. Allí, ve a una joven de carne y hueso que, para él, no sólo se parece a su Gradiva, sino que, alucinado, es la misma Gradiva rediviva. Gradiva, nombre propuesto por el protagonista y que significa la del andar resplandeciente, resulta ser Zoe Bertgang (apellido que significa más o menos lo mismo), joven alemana, vecina de siempre de Hanold y con quien, en su infancia estuvo unido por una intensa amistad. El bajo relieve para el protagonista ha funcionado como detonante de lo reprimido: la amistad infantil cuyo recuerdo fue desalojado por efecto de

la represión retorna transmutado según las reglas que articulan la escena lingüística que se levanta sobre la represión –en este caso, el mundo de la arqueología. Explica Freud: “un bajorrelieve antiguo despierta el olvidado recuerdo de aquella a quien se amara con sentimientos de niño”. Y declara: “Para la represión, por la cual algo anímico se vuelve inasequible y al mismo tiempo se conserva, no hay mejor analogía que esta del entierro (*Verschüttung*), como el que fue destino de Pompeya y del que la ciudad pudo resucitar luego en virtud del trabajo del azadón.”

Quiero decir: la lectura psicoanalítica de la ficción literaria consiste en aplicarle a la intriga (fábula, peripecia) narrada la pregunta analítica por antonomasia, a saber: ¿qué deseo reprimido encuentra satisfacción, se cumple, en esa determinada elaboración secundaria que es una narración? Y la respuesta recurrente será siempre, en el caso de Freud, el recurso al recurrir de lo mismo: el texto –también el texto visual o cinematográfico– es el resultado elaborado de un reprimido que retorna. Téngase presente el análisis de Santa Ana, la virgen y el niño, en *Un recuerdo infantil de Leonardo* (1910), Freud objetiva la sonrisa pintada por Leonardo en sus rostros femeninos como retorno enigmático de una impresión primera y olvidada. La impresión pictórica (su repetición, su singularidad) se ofrece al análisis como huella a descifrar y la hipótesis es: en la pintura de Leonardo vuelve desplazada la impresión dejada en él por el rasgo más característico de la madre perdida. Se trataría (reproduciendo el modelo de la interpretación de los sueños) de descifrar en el trabajo del texto –que para el psicoanálisis está en la dimensión de lo secundario– las operaciones primarias del psiquismo: analizar el texto con el propósito de poner de manifiesto el deseo que se cumple, se actualiza, enigmáticamente en él. No me detendré en un ensayo posterior *Das Unheimliche*, cuyo desarrollo ratifica y explicita temáticamente el recurso mencionado al retorno. En ambos textos, de modo evidente, el rendimiento de la lectura freudiana se levanta sobre la recurrencia del recurrir de lo reprimido para explicar, en el primero, la condición alucinatoria central en la peripecia del protagonista, en el segundo, el sentimiento de angustia (*Heimlich/Unheimlich*) provocado por la intriga fantástica de Hoffman.

2.- Pasemos al otro tipo de lectura prometida.

La lectura literaria de un texto consistiría, en cambio, y adopto aquí la tradición crítica que me parece más relevante, en descifrar la literatura que trama –no su intriga, no su contenido diegético– sino su construcción y ello dentro de la tradición que lo hace posible y en cuyo contexto adquirió valor de referencia. Bajo tales términos, una lectura del texto freudiano, por ejemplo, revela que Freud, para pensar su objeto –como lo demuestra la lectura “archivológica” de Derrida– hace uso frecuente de una terminología (o metafórica) procedente de la filología (y de la arqueología) que asocia el trabajo del psiquismo a la escena inscriptiva y libresca, en los térmi-

nos arqueológicos ya referidos. La sustancia *mnémica* del psiquismo y la temporalidad implicada en la producción de sentido, son pues (según esa retórica) indiscernibles de la letra, la compaginación, la lectura, la edición, el trabajo de traducción retardada del sentido. Es retroactivamente como los hechos son inscritos en la memoria y adoptan su peso simbólico -es esta elaboración, dentro de nuevos tejidos, la que decide retroactivamente lo que "habrán sido". Cito un párrafo de Lacan (*Escritos I*, p.249), quien se tomó en serio ese giro verbal, en el que es evidente el recurso a la filología y que autoriza la presente consideración:

"El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber: -en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;

-en los documentos de archivos también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;

-en la evolución semántica: y esto responde al stock y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como el estilo de mi vida y a mi carácter;

-en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;

-en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis."

La investigación literaria no pregunta por el deseo que se realiza en la elaboración diegética del texto, sino que por la construcción misma del texto y su contexto de producción. Con recurso a Freud, cabe decir que la lectura literaria busca dilucidar el inconsciente literario del texto, no el inconsciente psicológico de su intriga. Y así podemos aplicarnos, por ejemplo, a la lectura del texto freudiano en términos morfológicos, tropológicos, es decir retóricos, de su escritura. Y en esos términos descubrir la tradición literaria de la que depende su condición de escritor; esto es, de lector que escribe: ésta es, como se sabe, la rica tradición de la ilustración en lengua alemana: Goethe, Schopenhauer (lector de Kant), la literatura romántica de corte fantástico que tiene su epítome en E.T.A. Hoffman. Téngase presente que en esa misma enciclopedia literaria -que cubre el período de fines del siglo XVIII y toda la primera mitad del siglo XIX- se forman como escritores, es decir como lectores, quienes harán parte de la generación postromántica, es decir, simbolista, en que la literatura y el arte alcanza su desarrollo autónomo, su modernidad. Desde Baudelaire (traductor y comentador de Poe) a Mallarmé a Valéry a Eliot, a Joyce, a Proust, todas referencias fundamentales de la poesía y la narrativa del siglo XX, la recurrencia al tópico del tiempo y del retorno del pasado en el presente (piénsese en Nietzsche,

formado en la misma tradición), es tan central como en ese lector que es Freud. El texto freudiano hace parte de esa misma cadena de textos y lecturas, la tradición romántica, postromántica, simbolista y postsimbolista. Y su motivo central es el padecimiento del sentido como tiempo –heredado de Schopenhauer, cuya obra es venerada por todos los autores nombrados-. En Freud encontramos en su teoría del psiquismo la explicación decisiva de la temporalidad paradójica que constituye al sujeto como padeciente del sentido, del nombre, en términos del retorno y del presupuesto de la condición hipermnésica del psiquismo, como se ha aludido. Así como en Heidegger, en 1927, hallamos el pensamiento fundamental del ser como tiempo, así como en Proust, leemos *En busca del tiempo perdido*.

Quiero decir algo sobre la importancia de otra referencia literaria decisiva (para el siglo XIX, piénsese en Marx, por ejemplo) en el pensamiento y en la escritura de Freud, a saber, la obra de Shakespeare. En ella insistirá el crítico Harold Bloom, aplicándole a Freud su teoría de la *angustia de las influencias*. Aludo a Bloom como caso relevante de una solución de compromiso de la problemática que expongo. Grosso modo, el crítico postula que la creación poética es una lucha, una agonía, por cumplir y desprenderse de la deuda contraída con las obras que hacen de patrón, de medida para el poeta. Bien se puede adivinar en la hipótesis de Bloom un eco de la teoría del Edipo, según la cual el paso de la prehistoria narcisística a la historia del sujeto se tramita por el deseo de eliminar al padre. Así la gran obra sería el cuerpo de una angustia, el resultado afortunado de la cancelación de una deuda, exactamente como el sujeto adulto sería aquel que ha conseguido hacerse de un nombre, venciendo su condición de hijo-de. El hecho es que Bloom aplica su hipótesis a Freud y postula a un Freud marcado por la angustia de la influencia respecto a su padre literario, a saber: Shakespeare. Bloom no advierte (o disimula) que tal hipótesis y su aplicación al texto freudiano, se realiza bajo la impronta dejada en él por la lectura que ha hecho de Freud.

Lo que quiero poner de manifiesto, aludiendo al caso singular de Bloom, es la mutua contaminación de psicoanálisis y literatura, en el lugar en donde esa relación importa, a saber en la teoría literaria, en el ejercicio sistemático de la lectura, tal como se ha practicado y pensado en el siglo veinte. La producción teórica de los últimos cuarenta años es principalmente una teoría de la lectura –en su versión fenomenológica (Estética de la recepción), en su versión estructuralista, sociológica y postestructuralista-. En cualquier caso, la relación oposicional entre literatura y psicoanálisis tiende a disolverse o por lo menos adopta una forma ambivalente y capciosa. Del mismo modo en que –así formulado por S. Žižek- la clásica oposición entre el objeto-texto y la lectura interpretativa externa de éste queda sustituida por una continuidad de un texto infinito que es siempre ya su propia lectura. En el texto de Freud, leído retóricamente, retorna transformada la litera-

tura leída por Freud. Podemos explicar psicoanalíticamente la literatura; podemos leer literariamente el texto psicoanalítico –principalmente el del escritor Freud: una espléndida manifestación de la recurrencia del motivo del eterno recurso. Una de las metáforas que recurren en la historia de la literatura.

3.- En el primer capítulo de *El Malestar en la Cultura* (1930) –cuyo primer título fue *Das Unglück in der Kultur*, tan schopenhaueriano-, Freud recurre a la ciudad de Roma –la cual, como ninguna otra, brinda a la mirada histórica vestigios de su larga historia urbanística y monumental- como caso ejemplar para ilustrar la singularidad memoriosa del psiquismo humano. Toda afección sufrida por éste –supuesto decisivo de la teoría freudiana- habrá dejado una huella y ninguna huella (aun cuando haya sido dejada antes de que la memoria naciera) va a pérdida. ¿Cómo probar fenoménicamente que el psiquismo es una memoria (archivo, *Mneme*) antes que devenga actividad rememorativa (*anamnesis*)? La comparación es puesta en marcha por la pregunta: “¿tenemos derecho a suponer la supervivencia de lo originario junto a lo posterior, devenido desde él?” En lo que se refiere a la vida anímica, Freud afirma categóricamente esa suposición e intenta, para efectos de exposición, dar con una figura que haga perceptible el singular fenómeno, a sabiendas de que la condición espacial propia de cualquier caso perceptible impiden, precisamente, visualizarlo: en términos espaciales es imposible la confluencia simultánea de todos los momentos temporales que preceden ese presente y de los que ese presente es efecto y consecuencia. La ciudad pone de manifiesto su pasado en términos de resto, vestigio o ruina, y ello únicamente para una mirada que reconozca esa condición de pasado en las calles, casas, cosas, monumentos. De modo que el recurso a la ciudad para ilustrar la sustancia *mnémica* del alma ya presupone una de sus consecuencias, a saber, el sentido de la historicidad de la mirada que la recorre y la hace presente en términos relictuales. El ser pasado –esa remisión que atestigua lo histórico de algo- le ocurre a las cosas y a los hechos sólo a condición de ser recepcionados por una mirada histórica y ser conservados por una memoria.

La pregunta citada más arriba, Freud la formula a propósito de una carta (de un “venerado amigo” que, se sabe, es Romain Rolland), en la cual se propone, aun aceptada la reducción freudiana de la religión a ilusión neurótica, un fundamento para el sentimiento religioso, a saber, el llamado “sentimiento oceánico”, propuesto como fuente de la religiosidad. “Es –me decía- un sentimiento particular, que a él mismo no suele abandonarlo nunca, que le ha sido confirmado por muchos otros y se cree autorizado a suponerlo en millones de seres humanos. Un sentimiento que preferiría llamar sensación de *eternidad*; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir *oceánico*.” Freud, tras el periplo un tanto forzado que desarrolla el capítulo, acaba por explicar el mentado sentimiento, y por

lo tanto la sensación de eternidad: se trataría de la actualización adulta de las huellas que el psiquismo conserva de su estadio arcaico (prehistórico, narcisístico) en el cual la separación entre lo interior y lo exterior, entre yo y ello, entre mismidad y totalidad, no se ha establecido o está en proceso de formación; retorno futuro, pues, de lo que es anterior a todo límite y a toda determinación, anterior, por tanto, a todo antes y después. El sentimiento oceánico, explica Freud, consistiría en la recurrencia (dentro del tiempo y el espacio) de la huella dejada por las sensaciones padecidas por la cría humana (antes del espacio y el tiempo) previamente a su ser consciente, es decir, a su individuación edípica. Antes, diría Lacan, de su fase de individuación a través del espejo. "Si nos es lícito suponer que ese sentimiento yoico primario se ha conservado, en mayor o menor medida, en la vida anímica de muchos seres humanos, acompañaría, a modo de un correspondiente, al sentimiento yoico de la madurez, más estrecho y de más nítido deslinde. Si tal fuera, los contenidos de representación adecuados a él serían, justamente, los de la ilimitación y la atadura con el Todo, esos mismos con que mi amigo ilustra el sentimiento *oceánico*." Conjunto de huellas y vestigios dejados por una catástrofe (inmemorial) que ocurrió sin ser nunca presente, aun cuando el presente (neurótico o psicótico) sea su consecuencia secreta. Si lo Simbólico es el reino del lenguaje, de la ley en tanto Nombre-del-Padre, lo Real será lo que escapa a la significación, lo que está más allá de la ley, antes de que el sujeto se erija como tal. Lo Real será la prehistoria del sujeto y también a lo que éste tienda.

Como se ve, la explicación propuesta es la de siempre, aquella que hace el núcleo de la teoría del inconsciente, a saber: el retorno de lo reprimido. El padecimiento del sentido y su origen es propuesto por Freud como el regreso diferido de la prehistoria del sujeto en la historia del sujeto, y eso que regresa es padecido en términos traumáticos, toda vez que adviene transformado por el efecto de una represión, corte, desalojo, que puso en marcha la historia del sujeto. El núcleo del texto freudiano puede ser pensado como *variación*, *repetición*, *perversión* que adopta, en el siglo del psicoanálisis, una de esas metáforas que, según Borges, hacen la historia de la humanidad, en este caso, la del eterno regreso de lo igual. La obra de Freud, así leída, sería la manifestación singular de esa eterna recurrencia del eterno recurrir (de Homero, de Shakespeare, de Nietzsche) en que consiste la tradición literaria: Edipo, Hamlet, el deseo incumplido, el padecimiento de la muerte, el olvido, la pérdida, "la intolerable opresión de lo sucesivo" (Borges), las experiencias fundamentales que definen la humanidad y cuya elaboración verbal y figural la debemos a la literatura y el arte, vuelven en la literatura de Freud apenas disimulada, bajo la forma retórica del discurso de ciencia, la metafórica de la que depende.

Freud después de ensayar (de alucinar, se diría) una figura "psíquica" de Roma, según la cual la ciudad conservara, simultáneamente, sin superpo-

sición, cada uno de los momentos que históricamente la hicieron posible (“en que no se hubiera sepultado nada de lo que una vez se produjo, en que junto a la última fase evolutiva pervivieran todas las anteriores”), acaba concluyendo: *“Es evidente que no tiene sentido seguir urdiendo esta fantasía; nos lleva a lo irrepresentable, y aun a lo absurdo. Si queremos figurarnos espacialmente la sucesión histórica, sólo lo conseguiremos por medio de una contigüidad en el espacio; un mismo espacio no puede llenarse doblemente. Nuestro intento parece ser un juego ocioso; su única justificación es que nos muestra cuán lejos estamos de dominar las peculiaridades de la vida anímica mediante una figuración intuible.”* Y después, de nuevo: *“Así llegamos a este resultado: semejante conservación de todos los estadios anteriores junto a la forma última sólo es posible en lo anímico, y no estamos en condiciones de obtener una imagen intuible de ese hecho.”*¹

Cabría responder a Freud que ese juego ocioso, al que, no obstante, él es tan dado a entregarse, define bien la actividad del artista, del *poietes*, a saber: dotar de figura perceptible algo que siendo pensable no es intuible; construir objetos verbales o visuales o audibles, en el que encuentre presentación una elaboración mental (una “idea estética”, dice Kant) sin fundamento en el mundo, un incondicionado. Como en el sueño. De hecho, la figura que Freud ofrece de la “ciudad eterna”, bien pudiera ser la imagen fantaseada o soñada de Roma, elaborada según los mecanismos de condensación, desplazamiento y sobredeterminación, que son los mecanismos primarios del psiquismo y que operan al margen del marco espacio temporal que estructura toda representación consciente. A la puesta en figura ofrecida por Freud, podemos devolver la pregunta analítica básica que éste enseñó, a saber: ¿cuál es el deseo secreto que encuentra satisfacción (sustitutiva) en esa determinada representación de esa soñada e imposible ciudad eterna? Y bien, la literatura y el arte encuentran (modernamente) su definición y su valor cognoscitivo en eso: darle forma perceptible a la visión de una cosa imposible: proponer una imagen para la condición presimbólica que sustenta el lenguaje y el universo: hacer retornar simbólicamente aquello sobre cuya exclusión y desalojo se erigió la posibilidad de un mundo (ordenamiento simbólico). Este fondo no es primordial, sino que es primario, doméstico, insignificante –irrepresentable. Das Ding, la Cosa: el vacío primordial que se encuentra fuera del lenguaje, y que, precisamente, por estar más-allá-del-significado, no puede ser simbolizado. Es ese real de la Cosa lo que sustenta al sujeto, el centro ausente en torno al cual éste gira sin cesar, aquello que aquél persigue, el objeto causa del deseo, el lugar del goce supremo a la que aspira el sujeto. Es el vacío insalvable frente al que

¹ Se recordará que antes, en un opúsculo de 1917, *La pizarra mágica*, Freud había ensayado el mismo intento de ilustrar el aparato psíquico, recurriendo en ese momento al determinado artefacto que da nombre al escrito: *superficie de inscripción construida de tal manera que es capaz, por una parte, de una conservación ilimitada, al precio de la ininteligibilidad, y, por otra, de la ilimitada disponibilidad, a costa de la renovación (la borradura, sustitución) permanente, de la constante pérdida.*

el sujeto siempre está demasiado cerca o demasiado lejos: en estado de inminencia. La obra de arte como representación de ese inmemorial irrepresentable (Lyotard); ese antes de todo antes y después, ese inolvidable olvidado, esa prehistoria sólo conjeturable desde la historia que se levanta sobre su borradura. ¿No se trata, acaso, de lo que exigió ser excluido para que la vida recibiera estructuración y quedara abierta al sentido: el resto que se resiste a toda simbolización y cuyo retorno provoca que el mundo se nos venga abajo: lo Real?

Concluyo con una cita de Borges, que habría soñado encontrar en el texto de Freud: *“¿Cómo pude no sentir que la eternidad, anhelada con amor por tantos poetas, es un artificio espléndido que nos libra, siquiera de manera fugaz, de la intolerable opresión de lo sucesivo?”*

DE LIBROS

Parejas Lésbicas

Tramas del sufrimiento y emergencia de nuevos imaginarios en la subjetividad femenina, Kena Lorenzini, Editorial Cuarto Propio, 2013.

El presente libro corresponde a la Tesis presentada por la autora para optar al grado de Magister en Psicología Clínica, Mención Psicoanálisis, dictado por la Universidad Adolfo Ibáñez y por el Instituto Chileno de Psicoanálisis-ICHPA.

Los textos utilizados para su análisis provienen de la revisión de setenta y dos consultas de mujeres que presentan problemas en la relación de pareja y que recurren al espacio psicológico en línea "El Diván", el cual es parte del sitio web www.rompiendoelsilencio.cl, dedicado a trabajar con la temática lésbica.

La autora nos lleva con delicadeza al cruce de fronteras de la subjetividad y la sociedad donde habitan las mujeres con problemas de pareja. Desde su investigación se abren grandes preguntas acerca de aquello que institucionalizan las prácticas de las relaciones de pareja; acerca del papel de lo material en la generación de sus conflictos, es decir, el registro de la dimensión histórica-social y sus producciones. Asimismo, los materiales seleccionados por la autora exponen en lo manifiesto la vivencia cotidiana y el lugar de los bordes que a manera de imágenes imponen con certeza el sufrimiento de esta comunidad de mujeres.

La autora reconoce que las organizaciones sociales en Chile han permitido que los problemas del mundo de lo privado transiten a lo público, y que la lucha por la consecución de sus derechos lentamente ha autorizado que las prácticas de la sexualidad comiencen a manifestarse. También los movimientos sociales han generado el reconocimiento en Chile de una diversidad sexual, de

la cual la femenina hace parte.

La lectura contextual de Lorenzini deja líneas de visibilidad para pensar aquello que instituyen las relaciones de pareja, lo que es efectivo y lo que no lo es, lo que tiene sentido y lo que no lo tiene. Nos llega el imaginario social chileno establecido, manifestándose en la articulación de voces que hablan desde el miedo, el dolor, la soledad, la exclusión. Aparece el sufrimiento a modo de cicatrices de la memoria desde los mitos que transitan el cuerpo sexuado, en su materialidad y en su historia. También se ven expresados los pactos denegativos en sus afectaciones sobre las historias del desamor; en el sentirse traicionadas en las tradiciones que se convierten en sus traiciones, en los mitos que se han secado, en las ilusiones donde faltan piezas para armar.

La autora toma cada fragmento del sufrimiento de las parejas y sus lógicas establecidas, ligando y proponiendo rutas para pensar y aproximarse a los diferentes nudos a través del análisis de la separación, sexualidad, parentesco, triángulo amoroso, identidad sexual, y violencia. Desde estos nudos propuestos para el análisis, logramos contactarnos con los apuntalamientos del miedo agazapado, operando entre cuerpos en captura a fin de salvarse de la marginación de sus existencias. Buscando desesperadamente la utopía del amor y el logro de la felicidad. Es un ejercicio de búsqueda realizado una y otra vez hasta la extenuación. Saben que lo más aterrador es la soledad, el aislamiento, las marginaciones sociales. Es por ello que las mujeres reclaman, buscan ternura y amor, aunque se encuentren con la intensidad asfixiante que convoca a

sometimientos, a pactos sangrientos y aún de muerte.

La pregunta persistente es cómo evitar el dolor, el desamor, el engaño, la herida y la afrenta social; se desgarran por encontrar cómo salir de allí. Saben que no hay destino, o al menos sienten que algo les falta para tener lo que desean, sin lograr darle forma, es decir, pensarlo.

A veces como un acto de sobrevivencia las voces claman por sentirse mejor, ser felices, tener pareja, tener hijos. Tener las mismas posibilidades que las y los demás, acceder a la posibilidad de desplegar la ilusión, de salir de la catástrofe propia y social que les resulta mortal.

No cuesta nada reconocernos con ellas cuando la lógica del amor y la seguridad se vuelven inaccesibles. Cuando inventamos historias, lugares e ilusiones sagradas que al menos nos devuelvan el equilibrio precario del encuentro, y la huida como forma de reconocimiento del lugar al que no se puede renunciar a costa de sucumbir.

El cuerpo de narraciones es el espacio de lo íntimo apasionado, de las ligas a la madre, de la fusión fascinante y mortífera, del embeleso de los cuerpos en riesgo de caer en el abismo. Es el vértigo que reconocemos en los intercambios de los lazos en el destrozado tejido social que no consigue sostener y ofrecer algo.

Así nos muestran sus cicatrices de mujeres en la cadena femenina. Parecen denuncias. Parece la memoria obstinada a través de sus voces que nos llevarán al registro del cuerpo femenino marcando algo. Entendemos que es la marca de la especificidad en los tiempos, la historia, pero en las parejas lésbicas son sus cuerpos los testimonios dolorosos de la exclusión, de un tiempo, espacio.

Las devastaciones psíquicas que viven estas parejas aparecen como lógicas inteligibles, ya que son procesos de violencia histórica, del erotismo que distorsiona la realidad y que imposibilitan el pensar en la recuperación. Ello se manifiesta en la sensación de vacío interior, de atrapamiento en los cuerpos, al sentir con dureza que algo se muere y que falta el aire.

Es lo impensable que el Estado y sus instituciones sean las que vacían de sentido, quien despoja de la identidad. Que esto impensable solo se inscriba en los golpes, automutilaciones, censuras, castigos. En el vacío que se llena con alcohol, pastillas para dormir. En la desconfianza de ellas mismas y de las otras. La incertidumbre, la sensación de muerte no impiden que se desee continuar con la vida, aunque siempre existe algo de lo que no se tiene certeza para operar en la realidad, y allí está la derrota y el atrapamiento.

La espiral de violencia las hace encontrarse con el monstruo de sí mismas que tanto aterra, ellas dicen: "golpeo con palabras, que es peor o igual de doloroso, no lo sé, sé de dónde viene mi mierda, pero no sé, intento e intento, pero no sé cómo manejar las palabras, las heridas y el constantemente amenazar." mierda, pero no sé, intento e intento, pero no sé cómo manejar las palabras, las heridas y el constantemente amenazar". "Hay días que siento una soledad y un vacío inmenso, pero ya me acostumbré, claro también hay noches de desesperación pero trato en lo posible de mantenerme ocupada o cansada para dormir y no pensar."

Cala hondo lo histórico-vivencial de las mujeres lesbianas en la lucha para que aquello que era inscripción atemporal en el inconsciente llegue a convertirse en temporalización; pero solo les alcan-

za para ligarlo con sus propias historias de sufrimiento y vacío.

La dinámica social de la exclusión tiene una gran fuerza que dificulta que "lo no dicho" salga de sus referenciales traumáticos. Pero aun así, se filtran en las voces a manera de denuncias de las prácticas profesionales que funcionan a manera de control y dominación del saber y el deseo expropiado de los cuerpos.

Es por eso que la autora convoca a los psicólogos a indagar desde donde se arma el sentido para comprender los procesos de la sexualidad; preguntarse

por los deslindes de hombres y mujeres en función de la envidia del pene, las relaciones de objetos, la falta y la claudicación en el deseo ya que esto tiene profundas implicaciones de orden teórico, ético e ideológico.

La autora con su creatividad instaló El Diván, acogió, reunió los fragmentos, articuló aquello que se trazaba en el sufrimiento y la contingencia para abrirnos paso a otros modos de subjetividades y prácticas. El viaje ha terminado y no somos las mismas, las parejas lésbicas y sus conflictos nos han remitido a los orígenes, a lo femenino y sus encrucijadas.

Martha Elva López

CARTAS A GRADIVA

La presente carta se suma al ánimo festivo de aquella que nuestra colega Ruth Gaggero mandó para el Nº2, 2013 de la revista *Gradiva*. Este nuevo formato de la revista me sugiere cierta reflexión.

El acto de escribir es seguramente eso mismo, a saber, un acto. Como sugiere Lacan, el acto no se define a través de la motricidad ni la descarga, sino implica inscripción, levantar un acta (Seminario 15), donde quien habla se hace cargo de sus propios dichos. El acto define a quien lo hace y lo ubica frente a sus otros, implicación que como acta o registro, incluye una referencia temporal.

Soy un convencido que la publicación, tal vez en el sentido en que Bion lo expone en, *Volver a pensar*, es un pilar fundamental de la formación psicoanalítica entendida esta última como el esfuerzo constante de poner en tensión el propio y solitario saber teórico-clínico. Publicar, más allá del formato utilizado, implica el riesgo de hacer pasar el propio pensamiento por el cedazo del lazo social. Un pensamiento no publicado está más expuesto a ser devorado por un pensar en negativo, ligado al narcisismo, por el contrario, un pensamiento publicado se vuelve social-ista.

En este sentido, entiendo que *Gradiva*, como acto de sostener una publicación institucional, no sólo es un instrumento deseable, sino profundamente necesario.

Llama la atención que en estas últimas entregas de *Gradiva*, se ha tomado la decisión de volver al "Nº1". Hay un retorno que, como sabemos, no ha de considerarse lineal sino más bien en un movimiento de espiral, es decir, volver a pasar por las primeras huellas pero con un recorrido ya establecido. En esta oportunidad, no hubo fundación ni refundación, sino relanzamiento, lo que recuerda al incesante movimiento del deseo que nos hace caminar, avanzar hacia lo que desconocemos. *Gradiva*, "la que avanza", hoy relanza su caminar reiniciando su propia serie.

Este relanzamiento es un Acto, acto donde no se corta relación con la historia sino más bien donde se re-anudan los cabos sueltos, partiendo nuevamente, como señala Ruth, "con el pie izquierdo", marcando una diferencia en la continuidad. Relanzamiento como acto elocuente, donde algo queda zanjado, donde hay puntuación, creando novedad sobre lo ya escrito.

No me resta más que desearle mucha suerte al equipo editorial, hartos trabajos y mucha camaradería haciendo explícitas mis felicitaciones por este acto de relanzamiento que no es otra cosa que una renovación del deseo de construir un texto común, darle soporte a un modo de lazo social que, creo, es fundamental a la hora de pensar la formación como un trabajo constante y con otros.

Franz Díaz Brousse

AUTORES

Willingthon Acuña Echagüe.

Licenciado en Psicología de la Universidad Bolivariana (promoción 2011)
pablo.acuña@aol.com

Daniela Carrasco D'Aquilla.

Psicóloga, Psicoanalista. Académica Escuela de Psicología. Universidad Diego Portales.

Jaime Coloma Andrews

Psicólogo. Psicoanalista. Magister en Psicología Clínica Universidad Diego Portales. Profesor Titular de Universidad Católica de Chile. Miembro Titular y Docente de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.
jaime.coloma1@gmail.com

Carmen Gloria Fenieux Campos.

Psicóloga Universidad de Chile. Psicoanalista ICHPA. Supervisora Acreditada por la Sociedad de Psicología Clínica. Directora Centro Chileno de Sexualidad.

Martha Elva López.

Psicóloga. Universidad Autónoma de México (División de Estudios Superiores) Psicoanalista, Miembro Titular, Docente y Directora del Instituto de Formación de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa. Estudios de Maestría en Sociología en FLACSO, Santiago de Chile. Maestría en Clínica de la Universidad Adolfo Ibañez, (en trámite de titulación). Estudios de Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Adolfo Ibañez. Miembro del equipo Técnico de la Escuela de Psicología Grupal y Análisis Institucional Pichón -Rivière.
marthalopez2006@gmail.com

Liliana Messina Schwartz.

Psicóloga U. de Chile; Psicoterapeuta Psicoanalítica Ichpa. Coordinadora de la Unidad de Psicósomática del Programa de Estudios Psicoanalíticos de la Universidad de Chile. Psicóloga de staff del Centro de atención psicológica (Caps) de la Facultad de Ciencias Sociales de U. de Chile.
l-messina@hotmail.com

Alex Oksenberg Schorr.

Médico Psiquiatra Universidad de Chile. Psicoanalista en función didáctica APCH. Director del Centro Chileno de Sexualidad.

Carlos Pérez Villalobos.

Doctor en Literatura y Licenciado en Filosofía. Profesor en Departamento de Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Profesor Titular de la Universidad Diego Portales. Director del programa de investigación: *Archivo, Imagen-tiempo, Ciudad* en la Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño (U. Diego Portales). Miembro Honorario de Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa. Publicaciones: *Dieta de archivo. Memoria, crítica y ficción* (2005); *Borges, agonismo y epigonía* (2007); *Días Contados* (2012). Documentales: *Pesquisa sobre J.E.B.* (2008); *Para Parra* (2009); *Santiago a veces* (2010); *La novia de Duchamp* (2011); *En Busca del piano perdido* (2012).
carlos.perez@udp.cl>

Hugo Rojas Olea.

Psicólogo, Doctor en Psicología de la Universidad de Chile. Psicoanalista. Miembro Titular, Docente y Presidente de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa. Docente de la Universidad de Chile.
hugorjasolea@yahoo.com

DIFUSION



Formación de Analistas

Requisitos y Programa 2013

REQUISITOS:

A. Título de Psicólogo o Psiquiatra

B. Psicoanálisis personal

Presentar certificación, otorgada por un analista reconocido por ICHPA, de haber comenzado un proceso analítico tres veces por semana.

C. Entrevistas de selección

PROGRAMA

A. Psicoanálisis personal

B. Seminarios

- Hermenéutica y Psicoanálisis: la Cuestión del sujeto.
- Orígenes del Psicoanálisis.
- Sueños y formaciones del Inconsciente.
- Tiempo y Lenguaje.
- Pulsión y Sexualidad.
- Metapsicología Freudiana.
- Edipo y Castración.
- Los Textos Culturales.
- Teoría Clásica de la Técnica.
- Pensamiento Kleiniano.
- Concepciones Psicopatológicas en Freud I.
- El Inconsciente Estructurado como un Lenguaje.
- Introducción al Psicoanálisis de Niños.
- Concepciones Psicopatológicas en Freud II.
- Winnicott: Fundamentos Metapsicológicos.
- Desarrollos Post-Kleinianos.
- Transferencia e interpretación.
- Grupo Operativo: Formación y transmisión.
- Constitución Psíquica
- Concepciones Psicopatológicas en el Modelo de las Relaciones Objetales.
- Clínica con Lacan.
- Clínica y Psicopatología Infantil.
- Conflicto e Impasse.
- Winnicott: Fundamentos Clínicos.
- Bordes del Psicoanálisis
- Dirección y Sentido de la Cura.
- Concepciones Psicopatológicas de la Escuela Francesa.
- Psicoterapia de Familia y Pareja.

C. Supervisiones

Grupales

Una vez aprobados seis seminarios del programa, el estudiante se integra a un grupo de supervisión de pacientes, derivados por el consultorio del ICHPA, optando por la supervisión de pacientes adultos o de niños y adolescentes. Las supervisiones grupales se realizan durante tres años, equivaliendo a 144 horas.

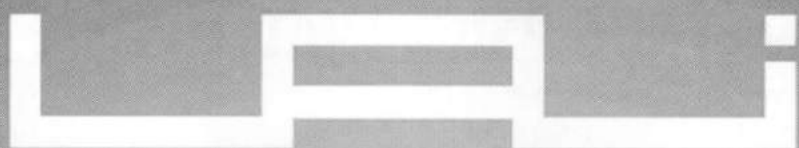
Individuales

Habiéndose aprobado doce seminarios, se realizarán además, supervisiones individuales, cuya duración es de dos años, equivalentes a 64 horas.

Los seminarios del programa de formación son comunes a ambas menciones (Adultos o Infanto-Juvenil), las que se diferencian en el ámbito de la supervisión.

D. Certificación

Al finalizar los seminarios y las supervisiones, se presenta un trabajo clínico final. Si el trabajo es aprobado se entrega la *Certificación de Formación en Psicoanálisis*, acreditada por la Comisión Nacional de Acreditación de Psicólogos Clínicos, por la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP) y por la International Federation of Psychoanalytic Societies (IFPS).



UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

INGRESO 2013



**MAGISTER EN
PSICOLOGIA CLINICA**
MENCIÓN PSICOANÁLISIS

**ESPECIALIZACION :
ADULTOS E INFANTO JUVENIL**

ESCUELA DE PSICOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ,
EN COLABORACION CON

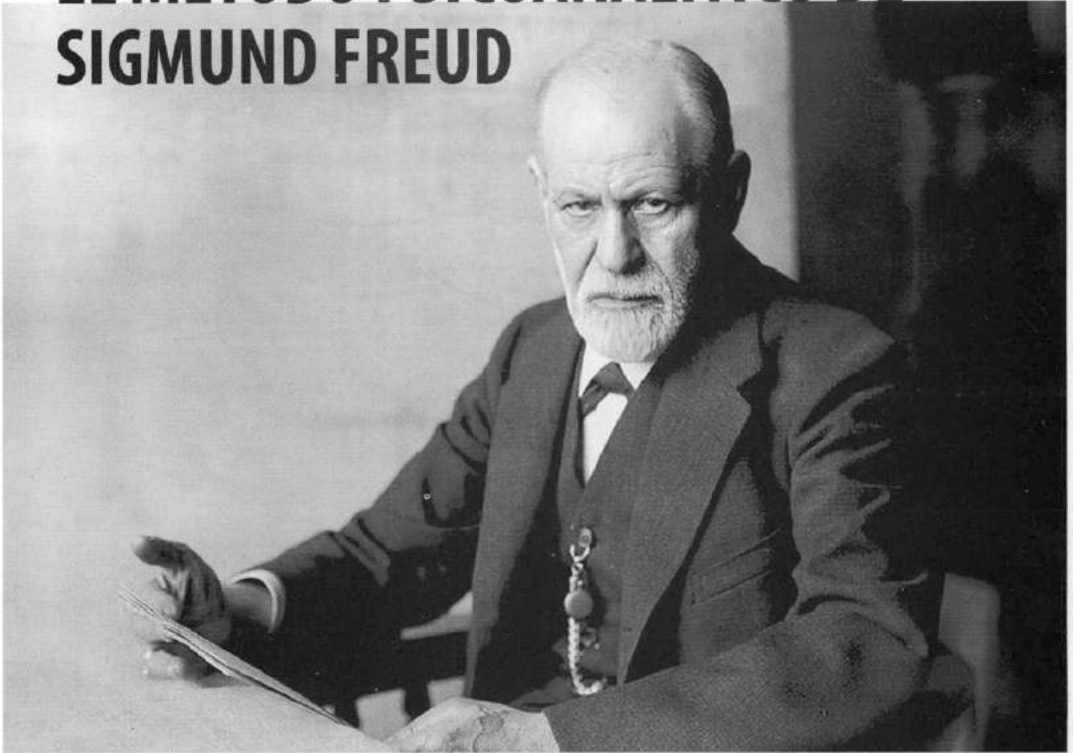
**LA SOCIEDAD CHILENA
DE PSICOANALISIS - ICHPA**

**PROGRAMA RECONOCIDO POR LA COMISION NACIONAL DE
ACREDITACION DE PSICOLOGOS CLINICOS**



ICHPA
SOCIEDAD
CHILENA DE
PSICOANÁLISIS

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO DE SIGMUND FREUD



La obra freudiana que se ocupa de los más diversos problemas que plantea el tratamiento psicoanalítico, que en general conocemos como los escritos técnicos, muestra en su desarrollo a lo largo del tiempo un significativo paralelismo con la evolución de aspectos tan importantes del conocimiento producido por Freud, tales como la psicopatología y la formulación de las hipótesis metapsicológicas que, investigar el desarrollo de este método psicoterapéutico, siguiendo cronológicamente la elaboración de sus conceptos, es también un modo de acercarnos a la comprensión de su objeto.

Docente: Hugo Rojas Olea

Psicólogo-Psicoanalista / Dr. en Psicología Universidad de Chile / Profesor Depto. de Psicología Facultad de Ciencias Sociales U de Chile / Miembro del claustro académico del Programa de Doctorado en Psicología y del Programa de Magister Psicología clínica de adultos de la U. de Chile / Profesor Magister Psicología clínica mención psicoanálisis U Adolfo Ibáñez-ICHPA / Profesor Instituto de formación ICHPA / Miembro titular de la Soc. Chilena de Psicoanálisis ICHPA / Presidente de la Soc. Chilena de psicoanálisis ICHPA.

Duración. 6 Clases de 4 horas c/u

Sábado de 9.00 a 13.30 hrs.

1 de junio, 22 de junio, 13 de julio, 3 de agosto, 23 de agosto, 14 de septiembre

Lugar

Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA
Holanda 255, Providencia

Inscripción

Sede ICHPA: Holanda 255, Providencia. Teléfonos: 335 3339 / 918 9705
Via Mail: info@ichpa.cl / Via web: www.ichpa.cl

Valores

Profesionales: \$ 216.000.-
Estudiantes: \$ 120.000.-



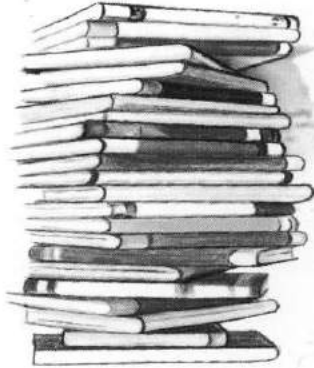
Miembro de:
IFPS International Federation of Psychoanalytic Societies
FLAPSP Federación Latinoamericana de Asociaciones de
Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis

SEMINARIO DE EXTENSIÓN 2013

TALLER DE CUENTOS

Un mediador para el trabajo psicoterapéutico en la infancia

Dirigido a: Psicólogos y otros profesionales que trabajan con la infancia.



Descripción:

Frente al desafío que constituye trabajar con niños, en quienes la expresión de su subjetividad no se logra exclusivamente a través del lenguaje, el trabajo por medio de cuentos tradicionales, abre la posibilidad de acceder a sus conflictos y apoyarlos en su resolución. El dispositivo se basa en la propuesta de que los cuentos contienen las principales variaciones de temas esenciales dentro de una cultura, cristalizados dentro de una tradición, de modo que traducen conflictos propios al proceso de subjetivación, proponiendo alternativas de abordaje de estas problemáticas.

Objetivos:

General:

Conocer y analizar el dispositivo del taller de cuentos, comprenderlo en tanto mediador terapéutico, con el fin que los participantes puedan aplicarlo en el ámbito clínico con niños.

Específicos:

Comprender y analizar conceptos psicoanalíticos necesarios para el análisis de este dispositivo y su efecto, específicamente, en lo relativo al proceso de simbolización en la diferenciación del sujeto.

Conocer las características de los cuentos tradicionales desde el punto de vista de la estructura así como elaborador de sentido.

Analizar los procesos de diferenciación del desarrollo psíquico del niño a través del proceso de representación de conflictos que se encuentra en los cuentos.

Analizar la dinámica en el taller en relación a los procesos de transferencia e identificación entre los participantes.

Desarrollar habilidades de observación y escucha de lo simbólico a través del discurso de los participantes en el taller.

Metodología:

Clases expositivas, análisis de sesiones registradas de talleres realizados con niños, realización y análisis de sesiones de taller con los mismos participantes.

Duración:

8 clases de 2 hrs. de duración.

Fechas: Martes de 19 a 21 hrs

Mayo 28 / Junio 4 - 11 - 18 - 25 / Julio 2 - 9 - 23

Cupo limitado a 12 participantes.

LUGAR: Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA
Holanda 255, Providencia

INSCRIPCIÓN: Sede ICHPA: Holanda 255, Providencia
Teléfonos: 335 3339 / 918 9705
Vía Mail: info@ichpa.cl
Vía web: www.ichpa.cl

VALORES:
Profesionales: \$160.000.-
Estudiantes: \$128.000.-

Docente:

Laura E. Ruiz Fernández

Master en Psicología Clínica U. Montpellier III

Analista en Formación ICHPA



Miembro de:
IFPS International Federation of Psychoanalytic Societies
FLAPSPIP Federación Latinoamericana de Asociaciones de
Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis

Inconsciente y Pulsión:

Sus acepciones y derivas clínicas.

Inconsciente y pulsión son dos conceptos fundamentales que han tomado diversas acepciones en las escuelas del psicoanálisis. Estas definiciones crean un marco desde donde se opera clínicamente. El conocimiento de dichos marcos resulta indispensable a la hora de preguntarse por la ética en el quehacer del clínico. Se realizará una revisión crítica de dichos conceptos que permita introducirse a la enseñanza psicoanalítica, para luego discutir algunas derivas clínicas y psicopatológicas. Se contará con la participación de Valeria Thomas y Benjamín Silva como profesores invitados quienes enriquecerán la mirada desde su trabajo en adicciones en contextos públicos e institucionales.

La revisión se realiza siguiendo los siguientes ejes temáticos:

- Modos de lo inconsciente y circuito pulsional.
- Articulaciones del goce y el sentido.
- Inconsciente, ser, pensar y hacer.
- Metapsicología y actitud profesional.
- Inconsciente, trabajo con el trauma y estados psicóticos.
- Goce y toxicomanía.
- Adicción y conflicto estético.

Los principales autores que guiarán la reflexión son Freud, Lacan, Winnicott, Bion y Matte-Blanco.

Número de clases: 6

Horario: Sábado de 9:30 a 13:00

6 de julio / 27 de julio / 17 de agosto / 07 de septiembre / 28 de septiembre / 19 de octubre

Dirigido principalmente a estudiantes tanto universitarios como de formación analítica.

Docente: Franz Díaz Brousse

Psicólogo UC,
Psicoanalista y miembro titular ICHPA,
Magister en Psicología Clínica mención Psicoanálisis, UAI.
Coautor y editor del libro: Introducción al pensamiento de J. Matte-Blanco.

Profesores invitados:

Benjamín Silva:

Psicólogo UC, Magister (C) en Psicología Clínica Adultos,
Universidad de Chile. Miembro de la Asociación Lacaniana de Psicoanálisis de Chile,
ALP-Chile. Psicólogo Programa Adicciones, COSAM Conchalí.

Valeria Thomas:

Psicóloga UC. Formación en Terapia Psicoanalítica, IPPSA;
Estudiante en formación, ICHPA; Ha trabajado en Hospital Psiquiátrico el Peral,
Unidad de Drogas y Patologías Complejas; Programa Adicciones, COSAM Conchalí;
Comunidad Terapéutica Rayun y Clínica Alfa.

Lugar

Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA
Holanda 255, Providencia

Inscripción

Sede ICHPA: Holanda 255, Providencia. Teléfonos: 335 3339 / 918 9705
Via Mail: info@ichpa.cl / Via web: www.ichpa.cl

Valores

Profesionales	\$ 147.000	Estudiantes Ichpa	\$ 84.000
Profesional joven	\$ 126.000	Estudiantes pre-grado	\$ 50.000
(5 Años titulado)			

Miembro de:
IFPS International Federation of Psychoanalytic Societies
FLAPFIP Federación Latinoamericana de Asociaciones de
Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis



Grupo de Observación de bebés

(método Esther Bick)



Experiencia indispensable para los especialistas dedicados a la clínica con niños y adolescentes. Su objetivo principal es el estudio de la relación del bebé con sus progenitores. El material de las observaciones permite vislumbrar el modo de constitución del psiquismo del infante, la formación de su personalidad y las fuerzas y debilidades particulares del ambiente. Es un método que promueve un incremento de la capacidad de observación, estimula el reconocimiento y contención de las emociones y donde se posterga la acción en función de facilitar un proceso reflexivo.

Metodología

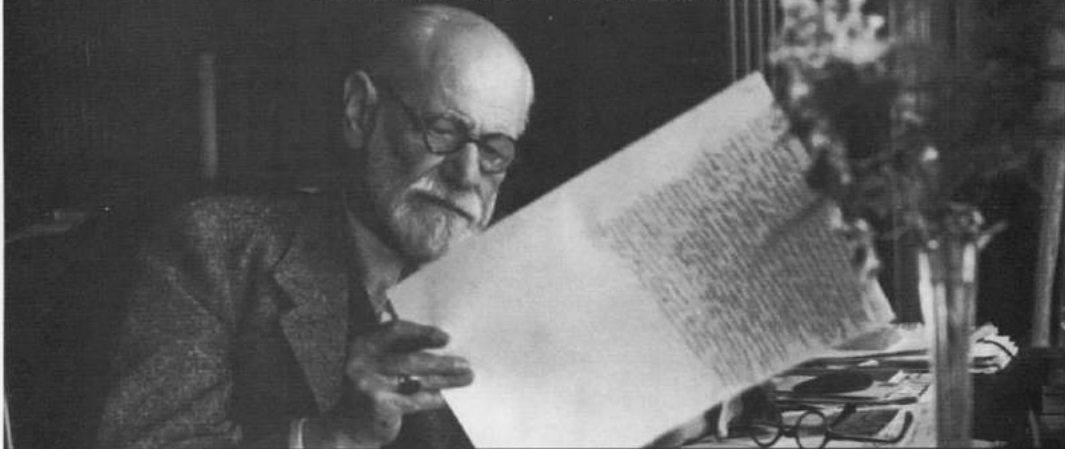
Grupo de trabajo de 6 a 8 integrantes.
Lugar: Navarra nº 3851, Las Condes.
Martes de 19:30 a 21:00 hrs., de Mayo - 13 a Enero - 14.

Valores
Estudiantes: \$ 45.000/mes
Profesionales: \$ 58.000/mes

Dr. Eduardo Jaar Hasbun
Médico Psiquiatra, Psicoanalista ICHPA
Docente Instituto Chileno de Psicoanálisis
Fundador CETI (Centro de estudios de la temprana infancia)
Tel: 22286852, jaar.eduardo@gmail.com



EL LUGAR DE LA LITERATURA EN LA OBRA DE FREUD



Año 1895. Freud deja sin terminar el proyecto de realizar una psicología científica para neurólogos porque considera inconciliable explicar con constructos neuronales los fenómenos clínicos que observa.

En consecuencia, además del trabajo con sus pacientes, cobra relevancia su autoanálisis y el trabajo con los sueños. Sin embargo, al no ser suficientes estos antecedentes para ampliar la comprensión psicopatológica, acude al discurso literario para continuar su investigación.

En este sentido, la literatura opera no sólo para ejemplificar los aspectos de una teoría psicológica en pleno proceso de formulación, sino también para contrastar, confirmar y modelar las hipótesis que permiten articular y explicar el devenir de los deseos inconscientes, problemática central de la investigación psicoanalítica.

Contenidos:

1. Antecedentes del discurso literario en la obra de Freud.
2. Puntualizaciones metodológicas en la investigación freudiana.
3. Aproximaciones al concepto de figurabilidad en Freud.
4. Aproximaciones y perspectivas estéticas: Lo ominoso, lo cómico, lo grotesco.
5. Dialogismo antimonológico o sobre la problemática de los géneros discursivos, Bajtín.

Dirigido a quienes deseen establecer un diálogo entre el psicoanálisis y la literatura (7 sesiones)

Horario: Martes de 19:30 a 21:30 hrs

23 julio / 30 julio / 06 agosto / 13 agosto / 20 agosto / 27 agosto / 10 septiembre

Docente: **Carolina Pezoa**

Poeta. Psicóloga, U. de Chile, Magíster en Literatura, U. de Chile. Psicoanalista (ICHPA), Docente U. Andrés Bello.

Docente invitado: **Manuel Jofré**

PH.D. Profesor titular de la Universidad de Chile, autor de *Estética y Literatura de Mijail Bajtín* (España, 2012)

Director Fundación Pablo Neruda.

Autor de libros sobre Borges, Cortázar, Parra, Bosch, Neruda, teoría Literaria y comunicaciones.

Lugar:

Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA. Holanda 255, Providencia

Inscripción:

Sede ICHPA: Holanda 255, Providencia. Teléfonos: 335 3339 / 918 9705

Via Mail: info@ichpa.cl / Via web: www.ichpa.cl

Valores

Profesionales	\$ 112.000	Estudiantes ICHPA	\$ 56.000
Profesional joven (5 Años titulado)	\$ 84.000	Estudiantes pre-grado	\$ 35.000



Miembro de:
IFPS International Federation of Psychoanalysis
FLAPPSP Federación Latinoamericana de Asociaciones de
Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis

Revista Gradiva

Normas de Publicación

1. Gradiva es el medio de expresión de los analistas de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis, Ichpa, institución abierta a distintas orientaciones psicoanalíticas y a la cultura, con difusión internacional. En sus páginas se publican contribuciones inéditas de analistas de diversos países y de pensadores ligados al ámbito cultural. Ocasionalmente se podrá solicitar autorización para editar trabajos publicados previamente.
2. Los trabajos se enviarán al e-mail: revista.gradiva@gmail.com; con copia a la Directora Editorial de la revista, Eleonora Casaula al e-mail: casaula@gmail.com.. En el asunto debe decir "Envío de trabajo para posible publicación en Revista Gradiva".
3. Será responsabilidad de los autores preservar la identidad de los pacientes en el caso de que las contribuciones sean clínicas.
4. En cada trabajo deberá especificarse:
En negritas el **título** y debajo de éste, en el extremo derecho, el **nombre y apellido del autor**.
A continuación, bajo el subtítulo **Resumen** se incluirá una síntesis redactada en tercera persona sobre lo que se desarrollará en el trabajo (entre 5 y diez líneas).
Luego, bajo el título **Palabras Clave**, se detallarán las palabras que condensan el tema a tratar (entre tres y diez palabras en negritas, separadas entre sí por un guión).
Se solicita Letra Times New Roman, cuerpo 12, espacio de párrafo sencillo. El trabajo podrá tener una extensión mínima de cuatro páginas y una máxima de 10.
5. En hoja aparte enviar los datos referenciales del autor (títulos profesionales, funciones o pertenencias institucionales en caso de tenerlas, dirección postal completa, correo electrónico y teléfonos incluyendo códigos de área).
6. Las **notas al pie de página** deberán señalarse en el texto con números crecientes e incluirse al final de cada página. Todo modismo local debe aclararse con igual formato.
7. En caso de que el trabajo haya sido presentado anteriormente en Jornadas o Congresos, o haya sido publicado anteriormente, deberá figurar detalladamente la ocasión o el medio, con asterisco al pie de página.
8. Las **citas bibliográficas** dentro del texto deberán ser exactas e incluir, entre paréntesis y a continuación de la cita: autor, fecha y número de página. Ej.: (Freud, 1915, p.92)
9. Las referencias bibliográficas irán al final del trabajo y deberán titularse con el nombre de **Referencias**, en negritas. Además se ordenarán según las normas de la American Psychological Association, por orden alfabético.

A) En caso de libros:

- 1- Autor/es: Apellido que inicia con mayúscula, coma e inicial del primer nombre del autor con mayúscula seguida de punto. En caso de ser dos autores agregar el signo & y luego el apellido del otro autor seguido de coma más la inicial del segundo autor más punto.
- 2- Año de edición entre paréntesis. Punto.
- 3- Título del libro, en *letra cursiva*. Punto.
- 4- Sólo en casos de reediciones o reimpresiones se colocará a continuación y entre paréntesis (2ª Ed.) ó (2ª Reimpresión). Además hay que agregar el año de reimpresión del libro después del año de edición separado por Barra (/) entre paréntesis ambos años.
Ej: Rorschach, H. (1921/1970). *Psicodiagnóstico* (7ª Reimpresión). Buenos Aires: Paidós.
- 5- Ciudad de edición (no país), seguido de dos puntos.
- 6- Nombre de la editorial y punto final.
- 7- En caso de varias citas del mismo autor, éstas se sucederán por orden cronológico, comenzando por el más antiguo.
- 8- Aclaración: No se pone quién hizo la traducción, pues lo que interesa es la fuente y la traducción se obtiene por medio de la editorial referenciada.
Ej: Undurraga, C., Maureira, F., Santibáñez, E. & Zuleta, J. (1990). *Investigación en educación popular*. Santiago: Cide.

B) En caso de recopilaciones u obras completas:

1- Autor/es: Apellido que inicia con mayúscula, coma e inicial del primer nombre del autor con mayúscula seguida de punto. En caso de ser dos autores agregar el signo & y luego el apellido del otro autor seguido de coma más la inicial del segundo autor más punto.

2- Año de edición entre paréntesis. Punto.

3- El nombre del texto, libro o artículo debe ir sin cursiva y subrayado, seguido de punto.

4- Luego, se antepone "En" y se menciona el libro del cual se extrae la referencia del mismo modo en que se hace para los otros libros, y señalamos en A).

5- Luego se señala el vol. de las obras completas respectivas en caso de ser pertinente, y se agrega en números romanos el número de tomo, seguido de punto.

6- Agregar la ciudad, dos puntos y la editorial. Punto.

Ej: Freud, S. (1900). La interpretación de la infancia y recuerdos encubridores. En Sigmund Freud. (1976) *Obras Completas. Psicopatología de la vida cotidiana*. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Ej: Lacan, J. (1962). La angustia. *El Seminario Libro 10*. (2003). Buenos Aires: Editorial Paidós.

C) En caso de artículos de revistas ó publicaciones periódicas:

1- Apellido, coma e inicial del primer nombre del autor seguido de punto.

2- Año entre paréntesis, punto.

3- Título del artículo, punto. Con letra normal, no cursiva.

4- Nombre de la publicación en que apareció, con mayúscula la primera letra de cada palabra y en cursiva.

5- Volumen en cursiva seguido de coma, y número de volumen.

6- Página inicial y terminal del artículo en letra normal (no cursiva) separadas por guión y sin que anteceda la abreviatura Pág. o similar. Punto.

Ej: Bigelow, A. (1986). The development of reaching in blind children. *British Journal of Developmental Psychology*, Vol 4, 355-366.

D) En caso de referencias extraídas de internet:

1- Apellido, coma e inicial del primer nombre del autor de la página, punto.

2- Año, coma, y fecha de publicación o revisión de la página si está disponible.

3- Nombre de la página o sitio.

4- Medio utilizado [En línea].

5- Editor de la página si está disponible.

6- Página de internet con <http://www....>

7- Fecha en que la referencia fue tomada de internet.

Ej: Pequeroles, J. (1997, junio 28). Las grandes ballenas. [En línea]. Mare Nostrum. < <http://www.conexis.es/~mpontes/ballenas.htm> > [1999, febrero 9].

E) En caso de citas de documentos electrónicos

1- Se pone entre paréntesis el apellido del autor, coma.

2- El año de publicación, coma.

3- La palabra párrafo y el número de párrafo.

Ej: (Myers, 2000, párrafo 5)

En caso de materiales no expuestos aquí se sugiere revisar el resumen de los principales criterios de la American Psychological Association (5ta edición). Estos se encuentran disponibles en la sección dedicada a la revista Gradiva en la página: www.ichpa.cl. Las fotos se reciben sólo en formato J.P.G. y saldrán impresas en blanco y negro.

10. Gradiva se reserva el derecho de seleccionar los artículos recibidos, determinar el número y sección de la revista en que pueden ser incluidos, así como también de hacer los cambios y modificaciones formales, de redacción y referencias que estime necesarios para adaptar el texto a las presentes normas de publicación.

No se devolverán los originales ni se considerarán los trabajos que no cumplan con las normas precedentes.

11. Se deberá solicitar autorización a esta editorial para reproducir artículos publicados, y deberá indefectiblemente mencionarse su publicación anterior en Gradiva.

La reproducción parcial o total de la publicación no está autorizada por los editores, porque viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



INDICE

TEMATICAS

El superyó o la psicosis en la moral de uno mismo
Willingthon Acuña

Psicosomática y adolescencia: cuando el cuerpo habla
Daniela Carrasco

Diferencia y desigualdad en su relación con el psicoanalista
Jaime Coloma

Desórdenes del apetito: ¿Una forma de histeria post moderna?
Carmen Gloria Fenieux
Alex Oksenberg

El Cuerpo y el Síntoma no mienten
Liliana Messina

ESPACIO INSTITUCIONAL

Sobre la formación de los analistas
Hugo Rojas

EPISTOLARIO

G. Groddeck / S. Freud

CONVERGENCIA

Entre literatura y psicoanálisis
Carlos Pérez

DE LIBROS

Parejas Lésbicas
Martha Elva López

CARTAS A GRADIVA

Franz Díaz

Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Holanda 255 - Providencia
Fono 2335 3339-Fax 2918 9705
E mail: info@ichpa.cl
www.ichpa.cl